Carlos Barros

HISTORIOGRAFÍA FIN DE SIGLO

Segunda Edición

Imprime: TÓRCULO Artes Gráficas, S.A.L.
I.S.B.N.: 84-8408-039-0
Depósito Legal: C-1423-98

Índice

1. Siglo XX: los paradigmas compartidos

Antes de preguntarnos adónde va la historia que hacemos los historiadores habría que pararse a dilucidar de dónde viene. Más allá y más acá de las grandes escuelas historiográficas del siglo XX, nos cuesta reconocer lo qué tuvimos o tenemos en común historiadores de países y especialidades históricas tan dispares, especialmente en tiempos de fragmentaciones e incertidumbres como los presentes.

La actual crisis de identidad de la historia hace, pues, imprescindible un balance finisecular: urge recomponer el acervo común de los historiadores, valorando los éxitos y, sobre todo, los fracasos colectivos, con el fin de comprender el aparente callejón sin salida en que nos encontramos, y de entrar en el siglo XXI rearmados moral y científicamente. En resumen, hay que aplicar el método de la historia a la propia escritura de la historia, tarea sorprendentemente inusual, y hasta marginal, en el quehacer de los historiadores hasta hace bien poco.

La falta de estudios, reflexiones y debates, sobre historiografía, metodología y teoría de la historia, es precisamente una de las características del viejo, y hoy cuestionado, paradigma común que contribuyen a explicar tanto las dificultades que tenemos para su explicitación retrospectiva como su reciente caída irreversible. Convertir a los historiadores y sus obras, a las corrientes historiográficas y sus crisis, a los valores y las prácticas de la profesión, en objeto de investigación científica (y de debate), esto es, sabiendo que lo qué se dice no siempre coincide con lo qué se es y con lo qué se hace, contextualizando nuestra problemática, es una necesidad que empieza a tener adecuado reflejo en congresos, revistas y libros, síntoma de una creciente toma de conciencia de los historiadores acerca del punto crítico en que nos encontramos.

De la historia de la ciencia a la historiografía

La escasa inteligibilidad de las creencias, las prácticas y la evolución de la ciencia ha sido un problema general hasta que se desarrolló la historia (y la sociología) de la ciencia, que rivaliza con la filosofía de la ciencia en la redefinición del estatus epistemológico del saber científico. La historia de las ciencias sociales y humanas en general, y la historia de la historia en particular, dejarán de ser literatura accesoria en la medida que asuman críticamente los avances de la historia de la ciencia, que ha constatado hace ya bastante tiempo como los científicos "son poco mejores que los legos en la materia para caracterizar las bases establecidas de su campo, sus problemas y sus métodos aceptados"[1].

La invisibilidad de los paradigmas compartidos por los historiadores es, por tanto, un problema asimismo compartido con las demás ciencias que Thomas S. Khun ha resuelto brillantemente definiendo el concepto de paradigma y poniendo al descubierto el papel central de la comunidad científica en la validadación del conocimiento científico, cuyos paradigmas no son eternos sino que mudan a través de rupturas revolucionarias, diferenciando -demasiado netamente- los períodos de ciencia normal de los períodos de ciencia extraordinaria: crisis, debate y sustitución de paradigmas.

La aplicación de los descubrimientos de Khun a las ciencias sociales y humanas se infiere de sus propias deudas explicitadas con la historia, la sociología, la psicología social y la epistemología[2], a la hora de estudiar la ciencias naturales -el objeto principal de sus análisis-, de la propia experiencia de la historia de la historiografía, y, en definitiva, de la madurez como ciencia social adquirida por la historia a lo largo de siglo XX: su propia expansión implica la existencia de un vigoroso paradigma común.

---

[1] Thomas S. KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, 1975 (Chicago, 1962), p. 98.

[2] *La estructura*, p. 3; en los últimos treinta años han perdido fuerza las afirmaciones de Kuhn acerca de que la peculiaridad de las ciencias sociales respecto de las ciencias naturales consiste en su mayor relación con la sociedad a la hora de eligir temas de investigación, (*ídem*, p. 254): ramas de la biología y de la química relacionadas con la salud y el medio ambiente están hoy, por ejemplo, tan o más conectadas con las necesidades sociales que las ciencias sociales.

Kuhn es un físico que deviene historiador para tratar de comprender las ciencias de la naturaleza: "Asombrado, me di cuenta de que la historia podía serle útil al filósofo de la ciencia"[3]; presume de ser miembro de la Asociación Norteamericana de Historia y no de Filosofía, y de que sus estudiantes desean ser historiadores y no filósofos[4]. Cuando menos debemos plantearnos devolver a la historia, con intereses, lo que Kuhn aprendió de la historia. A sus críticos asegura Kuhn que ejerce de historiador para saber epistemología[5]; obviamente, es un historiador de nuevo tipo que -inclusive respecto de la nueva historia- no desprecia la teoría: considera está su meta final.

En un primer momento, la historia copió de la física clásica, determinista, para ser considerada ciencia, dejando atrás conceptos como el cambio y la subjetividad en el proceso de conocimiento; ahora, la física aprende con Kuhn de la vieja historia (y también de Darwin) que el desarrollo científico no es acumulativo sino que avanza gracias a "rupturas revolucionarias", se busca el paralelismo con las revoluciones históricas para entender las revoluciones científicas, episodios en los "que un antiguo paradigma es reemplazado, completamente o en parte, por otro nuevo e incompatible"[6], y se toma muy en consideración el papel de la mentalidad colectiva en el comportamiento de las comunidades científicas, tanto en los períodos acumulativos de ciencia normal como en tiempos de crisis y muda de paradigmas. Con todo, las influencias externas de los factores sociales y culturales en el devenir de las comunidades científicas (notorias en el caso de

---

[3] Ni que decir tiene que no todos los filósofos de la ciencia comparten esa opinión, es por ello que la teoría de Kuhn tiene un sentido para los historiadores que no tienen las aportaciones de Popper o, incluso, de Lakatos.

[4] *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, México, 1983 (Chicago, 1977), pp. 27-28.

[5] **Aunque mi identidad profesional es la de historiador de la ciencia , lo que pienso cuando me introduzco en el tipo de asunto de que me ocupo en el presente simposio es, en última instancia, epistemología. Deseo realmente saber qué cosa es el conocimiento,** *Segundos pensamientos sobre paradigmas*, Madrid, !978 (Illinois, 1973), p. 83.

[6] *La estructura*, pp. 149, 317.

las ciencias sociales y humanas) son por regla general desatendidas, aunque no negadas, por Kuhn en sus trabajos, concluyendo que la evolución de las ciencias desarrolladas se da con "relativa independencia del medio social"[7]. Su gran contribución es poner de relieve el rol de las comunidades científicas, por un lado, y de las revoluciones paradigmáticas, por el otro, el contexto y la sincronía debemos añadirlos nosotros, los historiadores generales de la sociedad y de la mentalidad.

Para reconstruir una historia de la ciencia que no sea lineal ni acumulativa, Kuhn se sirve de un concepto narrativo de la historia, pero rechaza la mera crónica y resalta su naturaleza explicativa ("mostrar no únicamente hechos sino también las conexiones que hay entre ellos"), incluso no descarta la existencia de leyes de conducta social aplicables a la historia, aunque éstas "no son esenciales para su capacidad explicativa"; a diferencia de la física que cuando se empieza a escribir ya se acabó el proceso de investigación, para la historia -según Kuhn- es fundamental el momento de la narración, que forma parte de la investigación[8]. Sin embargo, el paradigma dominante, en los años 60 y 70, entre los historiadores, no era el narrativo, sino el estructural-funcional, la innovación que propone Kuhn subvierte, pues, tanto al concepto establecido de historia como al concepto de ciencia en general. Por supuesto, no cabe confundir la historia narrativa con ambiciones explicativas y epistemológicas de Kuhn con el conocido enfoque positivista de "examinar textos, extraer de ellos los hechos pertinentes, y relatarlos con gracia literaria, más o menos en orden cronológico", idea decrépita de la historia que "no tomaba muy en serio" nuestro historiador de la ciencia[9]. Conque la historia narrativa-explicativa de Kuhn pertenece más al futuro que al pasado de nuestra disciplina, y viene a confluir con los esfuerzos de otros filósofos (Ricoeur) e historiadores (Lefebvre, Topolsky) por dar a luz una nueva historia narrativa.

---

7 *La tensión esencial*, p. 15.

8 *La tensión esencial*, pp. 10, 32-33, 39-42.

9 *La tensión esencial*, p. 10.

Nociones de paradigma

La palabra paradigma tiene un doble sentido para Kuhn, el específico de ejemplo y otro más genérico -y original- que se refiere a los compromisos compartidos por una comunidad científica dada[10]. Se ha ido imponiendo la segunda acepción sobre la significación primigia y literal que asimila paradigma a modelo y ejemplo (como las conjugaciones estandar de los verbos regulares). El intento del propio autor, en 1969, de sustituir el sentido amplio de paradigma por la noción de matriz disciplinar[11], para evitar confusiones y recoger el carácter plural de los elementos teóricos, metodológicos y normativos que gozan del consenso de los especialistas, no ha tenido éxito porque lo revolucionario de la aportación de Kuhn está precisamente en la amplitud con que aplica el término paradigma, a la vez matriz disciplinar y referencia ejemplar. Lo más claro es singularizar con el adjetivo "común" el paradigma plural -los paradigmas compartidos- que asume, más o menos explícitamente, la mayoría de los miembros de una especialidad profesional, científica.

Se sobreentiende entonces que el paradigma común, general, de una comunidad científica contiene por su parte paradigmas particulares relacionados entre sí, siendo muy importantes los modelos-ejemplares, realizaciones científicas que ofrecen soluciones a problemas concretos y que son aceptados universalmente (como el péndulo de Foucault para demostrar el movimiento de la tierra); los paradigmas-ejemplos actúan por semejanza y emulación, y son fundamentales en la enseñanza de una disciplina y en la iniciación a la investigación. Los modelos ejemplares compartidos en historia vienen a ser las obras clásicas de cada disciplina, subdisciplina o temática, si bien tendrían menos importancia que la resolución de problemas-tipo en física, por ser más abundantes entre los historiadores profesionales las reglas

---

[10] La pluralidad y complejidad del contenido conlleva algo que confunde a los no avisados: todo paradigma esté formado de otros paradigmas.

[11] *La estructura*, pp. 279-280.

compartidas[12]. En todos los casos, "es la posesión de un paradigma común lo que constituye a un grupo de personas en una comunidad científica, grupo que de otro modo estaría formado por miembros inconexos"[13]. Como cada científico no puede construir su campo de actuación desde los cimientos: sin paradigmas consensuados no hay verdaderamente ciencia como obra colectiva. El uso del concepto de paradigma según Kuhn se está generalizando en los últimos años del siglo, en las ciencias naturales y sociales, en los ambientes académicos y también en el lenguaje culto de algunos medios de comunicación.

Una comunidad científica está constituída por aquellos profesionales que práctican una especialidad, han recibido parecida educación y leído los mismos libros, enseñan colegiadamente a sus sucesores, mantienen cierta comunicación interna a través de sociedades, congresos, revistas y otras vías menos formales, sobre la base de una relativa -por su diversidad- pero efectiva unanimidad de juicios sobre el oficio[14]. Para Kuhn los miembros de una comunidad científica determinada proporcionan "el único auditorio y el único juez a los trabajos de dicha comunidad"[15]. Los paradigmas compartidos lo son de forma más tácita que explícita, más práctica que teórica; no están especificados con toda precisión ni, por descontado, exentos de desacuerdos y conflictos internos; se trata de creencias aceptadas (su estabilidad nos faculta para hablar de valores) que permiten a los miembros de la comunidad seleccionar, evaluar, criticar e interpretar; sus elementos provienen tanto de la teoría como de la práctica, de la propia disciplina como de otras, del conocimiento científico como del conocimiento corriente, etc[16]. Estos valores comunes a toda una especialidad científica no son idénticos de una

---

[12] *Segundos pensamientos*, p. 40

[13] *Segundos pensamientos*, p. 13.

[14] *Segundos pensamientos*, p. 14.

[15] *La estructura*, p. 318.

[16] *La estructura*, pp. 43, 81-82, 199.

comunidad a otra, de una época a otra[17], tienen su propia especificidad e historia que hay que examinar a fin de superar el síndrome académico del compartimento: la ilusión etnocéntrica -cuando no egocéntrica- de que no hay nada más allá de la torre de marfil de la escuela, del área de conocimiento, de la línea o del grupo de investigación, del "yo" particular, como si fuera del propio -y seguro- ámbito de actuación todo fuese discrepancia, confusión, ecléctícismo... El reconocimiento explícito de la existencia de activos paradigmas compartidos que son fueron -y en algún sentido aún son-, objetivamente, más importantes que la pertenencia a una determinada escuela, especialidad, tradición nacional, filosofía o ideología política, es hoy un ejercicio de modestia, intelectual y científica, que tenemos de practicar los historiadores.

Las comunidadades científicas no están aisladas entre sí, mantienen relaciones de inclusión e interdependencia: los historiadores contemporáneos se consideran parte de los científicos sociales, y éstos a su vez de los científicos en general (comandados por las ciencias de la naturaleza). El paradigma imperante en las ciencias naturales condiciona el paradigma de las ciencias sociales y humanas, que a su vez sobredetermina el paradigma común de los historiadores. Las líneas de influencia actúan también -cada vez más- en sentido contrario (la historia y la física: Kuhn, por ejemplo).

La existencia de un paradigma común no implica, ordinariamente, una teoría común. Sobre las teorías dice Kuhn: "tales construciones tradicionales son, a la vez, demasiado ricas y demasiado pobres para representar lo que los científicos tienen in mente cuando hablan de su adhesión a una teoría particular"[18]; y, además. pocas ciencias sociales disponen de una teoría bien articulada y ampliamente aceptada[19]. La teoría marxista de la historia ha sido, sin duda, la más admitida entre los historiadores del siglo XX, pero sería

---

[17] *La tensión esencial*, p. 22.

[18] *Segundos pensamientos*, p. 68.

[19] *La función del dogma en la investigación científica*, Valencia, 1979 (Nueva York, 1963), p. 18.

excesivo, y faltar a la verdad, considerarla la teoría común de algo tan amplio como los *Annales*, el materialismo histórico y el neopositivismo, las tres tradiciones que han convergido en la segunda posguerra para formar nuestro paradigma común diverso y plural.

Los valores pueden ser compartidos por hombres que difieren en su aplicación; el paradigma común comporta una grado de tolerancia hacia la desviación individual y colectiva[20]; la coincidencia en aspectos principales de cómo entender el oficio no es, por consiguiente, lo mismo que la identidad de criterios[21]; en suma, la diversidad es la norma y no la excepción de un paradigma científico realmente operativo, porque la ciencia normal no es una empresa única, monolítica y unificada: "viendo todos los campos al mismo tiempo, parece más bien una estructura desvencijada con muy poca coherencia entre sus diversas partes"[22]. Esta flexibilidad paradigmática no es un invento de Kuhn, resulta de cualquier aproximación sociológico-histórica a las comunidades científicas reales, las cuales no se rigen tanto por reglas y teorías rígidas como por paradigmas compartidos que, ciertamente, han de guardar el grado de coherencia y compatibilidad suficientes como para garantizar un marco común y eficaz de trabajo, que asegure que las inevitables polémicas no efectarán a la práctica en períodos de ciencia normal[23]. La historia y la sociología de la ciencia han echado abajo, en consecuencia, esa falsa y simplificadora alternativa, tan corriente, de rigidez teórica o eclecticismo vulgar. Bien entendido que la unidad, flexibilidad y diversidad detectadas no significan debilidad: no hay más que ver lo mucho que les cuesta a los científicos abandonar sus creencias paradigmáticas. Resumiendo, la existencia de un paradigma común no presupone una única lectura: "puede, por consiguiente, determinar simultáneamente varias

---

[20] *La estructura*, pp. 284, 318.

[21] *La estructura*, p. 113.

[22] *La estructura*, p. 89.

[23] *La estructura*, pp. 276-277.

tradiciones de ciencia normal que, sin ser coextensivas, coinciden"[24]. Comprenderlo es aprender a pensar de otra manera, es dejar de engañarnos a nosotros mismos, es rebasar una extendida "falsa conciencia" sobre cómo funciona verderamente nuestra disciplina.

Nuestro territorio común

El contenido complejo de unidad-pluralidad de la noción de paradigma, ¿cómo se aplica a la historia? Si consultamos las memorias de las oposiciones a profesores numerarios encontraremos, usualmente, referencias conjuntas tanto a la escuela de *Annales* como al materialismo histórico -con la oportuna muestra de respeto positivista por las fuentes-, citas rituales a significativos autores y obras, pretendiendo con frecuencia el concursante cierta diversidad que satisfaga al previsible variado tribunal fruto del sorteo correspondiente. Una manera, pues, de acceder al paradigma común de los historiadores son estos proyectos docentes. Pero el enseñante fue antes enseñado y aprendió los fundamentos de la disciplina en libros de texto[25], clases magistrales, lecturas obligatorias, seminarios, clases prácticas. Vocabulario de la disciplina, frases del tipo "la función del historiador no es juzgar los hechos históricos", reconocimiento de los profesionales más aceptados y de las investigaciones y síntesis consideradas maestras, calificación negativa o positiva de una interpretación, tema o método de investigación: todo ello se aprende en la facultades de historia, dentro y fuera de las aulas. El paradigma subyacente se refleja en los programas de las asignaturas y en sus manuales de apoyo: todos bastante parecidos. Los profesores difunden y defienden en las clases el paradigma establecido, aún en tiempos de crisis, más allá incluso de su opinión personal , que si acaso se

---

[24] *La estructura*, p. 90.

[25] Los libros de texto, con todo, juegan un papel más importante -casi exclusivo- en las ciencias naturales que en las ciencias sociales, donde el estudiante tiene pronto acceso a antologías de fuentes, investigaciones monográficas y obras clásicas, *La tensión esencial*, pp. 251-252; *La estructura*, pp. 254-255.

refleja más en la originalidad sus trabajos de investigación, y ello no siempre. Las múltiples traduciones de obras de síntesis y de estudios monográficos (mayoritariamente del francés y del inglés) han unificado a lo largo de los años el territorio común, nacional e internacional, de los historiadores alrededor (pero no sólo) de las principales escuelas y tradiciones. Con los escasos pero cruciales artículos o libros que tratan de historiografía, metodología y teoría de la historia (la filosofía de la historia viene siendo, a pesar de todo, más dedicación de filósofos que de historiadores), como la *Apologie pour l'Histoire ou Métier d'historien* de Marc Bloch (París, 1949) o *What is history?* de Edward H. Carr (Londres, 1961), reeditados una y otra vez en los idiomas principales de Occidente, se completan los mecanismos de homogenización y difusión del paradigma común de los historiadores del siglo XX, que, insistimos, es dado a conocer más a través de sus realizaciones prácticas que teóricamente, lo cual dificulta sobremanera su identificación pero no así su eficacia ejemplarizante y homologadora.

En los manuales de historia dirigidos a los estudiantes, y demás libros-síntesis de historia, el paradigma común está implícito, se muestra en ellos la obra final no las herramientas utilizadas, porque no se habla de conceptos, métodos y valores historiográficos, por consiguiente no suele haber referencias a las revoluciones historiográficas, ¿con el objetivo de que la historia de la historia parezca lineal-acumulativa, como denuncia Kuhn para las ciencias naturales?[26] Si bien la historia del siglo XX participa del paradigma ilustrado de una ciencia acumulativa que progresa linealmente, los textos de reflexión historiográfica tienden a lo contrario: destacan los cortes historiográficos y disimulan el hilo conductor, la continuidad sea diacrónica sea sincrónica entre las diferentes escuelas, la existencia en definitiva de un patrimonio común[27]. De ahí la falta de precedentes, y las dificultades con que nos encontramos, para la reconstrucción que queremos -sobre nuevas bases-

---

[26] *La estructura*, pp. 212-216.

[27] El propio Kuhn reconoce, en general, que los historiadores de la ciencia prestan mucha más atención a los cambios de paradigma, descuidando considerablemente los períodos de ciencia normal, que ocupan la mayor parte de la vida de los científicos, *La función del dogma*, p. 26.

de un activo largamente compartido, lo que denominamos usualmente como **la ciencia de la historia, la historia científica, la historia como ciencia social,** el paradigma establecido en los medios profesionales y académicos de los países occidentales desde mediados del siglo XX, que, dentro de cinco años, será ya el paradigma común de los historiadores del "siglo pasado".

La revolución historiográfica del siglo XX

La revolución historiográfica del siglo XX derrocó, en buena medida, de su pedestal a la historia heredada del siglo XIX: narrativa, acontecimental, política, biográfica; positivista, descriptiva, historizante; historia desde arriba, superficial, se dijo. Impuso cierta hegemonía conjunta de la escuela de *Annales* y del materialismo histórico[28], marginando pero no eliminando a la vieja historia[29]. Estableció un paradigma común y diverso que participaba, no siempre conscientemente, y sacaba su fuerza e inspiración filosófica, de un concepto objetivista de la ciencia, relanzado en esa época, lo cual facilitó a su vez la continuidad directa[30] y, más aún, indirecta del positivismo, influencia difusa y ciertamente ambigua pero mucho más aceptada en la práctica por los nuevos historiadores de lo que parece y, sobre todo, de lo que se dice[31].

[28] El Congreso Internacional de Ciencias Históricas de París en 1950 marca la asunción de la escuela de *Annales*, y el Congreso de Moscú en 1970, que batió el record de historiadores inscritos, la aceptación de la historiografía marxista como parte de la ciencia histórica, Eloy BENITO RUANO, *El Comité Internacional, el Comité Español y los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas*, Madrid, 1990, pp. 16, 20.

[29] La historia tradicional, empirista, continúo particularmente viva en Estados Unidos y en Alemania, por ejemplo, y, en cierto sentido, también en la práctica de la nueva historia.

[30] El progama del Congreso Internacional de 1950 es el de la nueva historia (demografía, historia económica y social,, historia de las mentalidades) más dos secciones dedicadas a la historia institucional y la historia política.

[31] *Annales* lo empieza a reconocer desde finales de los años 70; Jacques Revel y Roger Chartier: **Este empirismo voluntario, consciente, ha contribuido sin duda mucho al dinamismo de los "Annales"**, *La nueva historia*, Bilbao, 1988 (París, 1978) ; Jacques Le Goff: **Soyons justes. Ce renouvellement que s'est souvent fait contre l'histoire médiévale traditionelle a été en partie permis par les productions de celle-ci. Les méthodes erudites, les éditions de cartulaires et de textes, le**

¿Cómo se explica si no la facilidad con que han retornado en la última década los géneros historiográficos tradicionales? El empirismo no es sólo una peculiaridad anglosajona, es una tendencia general de la ciencia histórica, si lo contrastamos con la preocupación por la teoría de la sociología (desde Comte hasta los sociólogos históricos pasando por Weber), la antropología (Claude Lévi-Strauss) o incluso la psicología (Jean Piaget). El desinterés hacia la teoría y la preferencia por la inducción no es tampoco una particularidad de *Annales*[32] (causa pero también efecto de una revolución paradigmática que encontró obstáculos en su camino), sino un mínimo denominador común de los historiadores de profesión[33]. Sin reconocer este trasfondo positivista, inductivista y objetivista, no entenderíamos bien los fracasos y las limitaciones del paradigma conjunto *Annales*-marxismo y no valoraríamos justamente sus éxitos. Además, ¿no forman parte el positivismo, el materialismo histórico y la escuela de *Annales*, de un mismo proyecto progresista de la historia que empieza con la Ilustración? Es la contigüidad de los tres paradigmas lo que ha facilitado que funcionen como vasos comunicantes (y sus diferencias lo que ha posibilitado el trasvase de valores, hasta una situación de equilibrio).

Lo que a fin de siglo contemplamos justamente sólo como una victoria más bien parcial del primer gran paradigma común de los historiadores, constituídos en comunidad científica[34], fue en realidad un paso de gigante respecto a la situación precedente, decimonónica, cuando rivalizan sin ponerse de acuerdo historiográficamente el positivismo y el romanticismo nacionalista, el materialismo y el idealismo, los aficionados y los primeros

---

travail où s'est appuyée la nouvelle histoire médiévale, même si, pour changer notre connaissance et notre vision du Moyen Age, elle a dû s'en arranger, *L'histoire en France*, París, 1990, p. 57.

[32] Ciro F. S. CARDOSO, *Introducción al trabajo de la investigación histórica*, Barcelona, 1981, pp. 127-128.

[33] No es nada fácil encontrar relevantes historiadores de oficio que hubieran hecho aportaciones teóricas significativas al paradigma común de las ciencias sociales.

[34] Partimos de la base de que la primera definición de la historia como ciencia que debemos al positivismo, por falta de partenaires compatibles, no logró generalizarse, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en la misma medida que después la nueva historia.

profesionales de la historia[35]. Tiraríamos piedras contra nuestro tejado si no valoráramos la revolución científica que supuso el auge de la nueva historia[36]. A partir del fin de la II Guerra Mundial, la historia alcanzó su mayoría de edad como disciplina académica, concluyó su proceso de profesionalización, se sitúo entre las ciencias sociales en un lugar preeminente, ganó un extraordinario reconocimiento público a caballo del optimismo de la época hacia el progreso técnológico y económico y la transformación social subsiguiente, liberó grandes energías que hicieron crecer -hasta el día de hoy- la investigación histórica sobre la base de una alta valoración de la innovación temática y metodológica. Se puede decir incluso que la nueva historia que hemos practicado, si hoy agoniza, es por el éxito alcanzado. Su herencia es incalculable. No sabemos que sería más grave: dilapidar el patrimonio heredado haciendo tabla rasa, o negar como avestruces la crisis irreversible del paradigma común de la historiografía del siglo XX. Estamos convencido de que ambos riesgos son evitables si nos habituamos a pensar de manera renovada, esto es, compleja.

Hegemonía conjunta y limitada

De suerte que el paradigma común plural de los historiadores de la segunda mitad del siglo XX tiene tres componentes, simultanea y relativamente, paradigmas rivales: escuela de *Annales*, marxismo y neopositivismo[37]. La hegemonía conjunta de *Annales* y el materialismo

---

[35] La situación de una ciencia es pre-paradigmática cuando pesa más la rivalidad entre las escuelas que las creencias compartidas, Thomas S. KUHN, *La función del dogma*, p. 15.

[36] Estamos empleando aquí la expresión "nueva historia" como sinónimo del paradigma común del siglo XX, esto es, lo contrario de "vieja historia", renovación versus tradición; en un sentido más restrictivo se usa asimismo para caracterizar la tercera generación de los historiadores de *Annales*: la *nouvelle histoire*.

[37] Tal vez la corriente neopositivista más representativa sea la *New History* y la *Social Scientific History* norteamericanas.

histórico, siendo cierta[38], hay que naturalmente relativizarla bastante, ocupa el centro del escenario, pero no todo el escenario, su mediatización por un empirismo superviviente, amoldado magníficamente a las nuevas circunstancias, contradice de tal modo las intenciones antipositivistas de las dos grandes escuelas tendencialmente dominantes en el mundo, que sería un craso error no considerar su presencia, no siempre en la retaguardia de la profesión. Los valores compartidos en cuanto a novedades temáticas, metodológicas y teóricas son proveídos por *Annales* y el marxismo, por este orden; la contribución neopositivista tiene más que ver con el concepto general vigente de ciencia histórica y con el enorme prestigio que siguió teniendo el empirismo en la práctica docente e investigadora de todos los historiadores. El positivismo forma parte del consenso historiográfico actual gracias a esa parte inductivista que existe en todos nosotros y que nos lleva a decir, verbigracia, que lo que hay son "buenos y malos" historiadores. El propio concepto de paradigma común que usamos nos remite más a la práctica de la profesión que a su teoría, y en ese terreno es difícil prescindir de la dosis habitual de positivismo que, concentrado en técnicas y métodos, lo hemos visto, se adapta flexiblemente a paradigmas y teorías diversos, justamente por su desdén por los compromisos paradigmáticos y las teorías.

Los maestros de los jóvenes historiadores de los años 60 (y de los años 70 en España y en otros paises) fueron historiadores tradicionales y positivistas que inculcaron en sus discípulos, y éstos a los suyos (a la manera de antiquísima reprodución jerárquica del saber académico) el gusto por la erudición, la creencia en la imparcialidad del historiador, el recelo hacia las teorías y filosofías de la historia[39]. Todavía hoy, ¿cuántas veces oímos en las lecturas de tesis a miembros del tribunal de filiación *annaliste*, e incluso marxista, criticar al doctorando por carencias en las fuentes y la bibliografía

[38] Ciro F. S. Cardoso es uno de los autores que ha reconocido más claramente la confluencia del marxismo y *Annales* como la base de la reconstrucción de la historia como ciencia, *Introducción*, p. 115.

[39] Formación empirista que ayudó también a que los historiadores marxistas occidentales evitaran, en líneas generales, que sus investigaciones fueran ilustración dogmática de una teorización previa.

utilizadas, exigiendo erudición por encima incluso de originalidad y innovación, interpretación e historia-problema, con lo cual se deforma el significado verdadero de una "tesis"? La aportación del positivismo al paradigma historiográfico del siglo XX está en el interés por los archivos y las llamadas ciencias auxiliares de la historia[40]; por las fuentes y la crítica de las fuentes; por los datos y los hechos; por los casos y el análisis; por las técnicas y la especialización; y, además, el positivismo ha conferido legitimación académica a la nueva historia. No sólo el marxismo, también *Annales* tiene un origen marginal respecto del poder universitario, ¿habrían podido trasformarse ambos movimientos en escuelas hegemónicas en las universidades de muchos países sin la colaboración tácita de los sectores tradicionales del establecimiento académico? El academicismo, la pertenencia a la corporación universitaria supone actitudes, jerarquías y rituales, que son parte de los valores compartidos por los historiadores[41], más allá de escuelas e incluso ideologías[42].

El equilibrio paradigmático entre las tres corrientes historiográficas citadas implica influencias, reconocimientos y concesiones mutuas que raramente se explicitan. Pero son normales, hasta los años 70, manifestaciones favorables de los historiadores de *Annales* hacia el materialismo histórico[43], y de marxistas franceses[44] e ingleses[45] hacia *Annales*.

---

[40] Cuatro de las doce comisiones internas, hoy existentes, del Comité Internacional de Ciencias Históricas hacen referencia a la bibliografía, la diplomática, la metrología y la publicación de fuentes.

[41] La *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París todavía mantiene rasgos democráticos vinculados a sus orígenes, como no exigir el título de doctor para ser *directeur d'études* (Jacques Le Goff y muchos otros, entres sus miembros, no son doctores y forman sin embargo a futuros doctores), decidir en asamblea la entrada de nuevos investigadores, abrir esta posibilidad a investigadores extranjeros, etc.; normas igualitarias inconcebibles en la Sorbona y en cualquiera otra universidad; aunque debemos reconocer que, en otros aspectos, el paso del tiempo, su encumbramiento y la incorporación de profesores formados en la Sorbona, está imponiendo la jerarquización academicista en la EHESS.

[42] Sabemos que un académico de izquierdas puede ser tan conservador como uno de derechas.

[43] Marc BLOCH, *L'Étrange defaite*, París, 1946, p. 189; Lucien FEBVRE, *Pour une histoire à part entière*, París, 1982, pp. 350-366, 665-678; Fernand BRAUDEL, "Histoire et scienes sociales: la longue durée", *Annales*, 4, 1958, pp. 725-753; Emmanuel LE ROY LADURIE, *Le territoire de*

De hecho ambas escuelas se muestran en esos tiempos compatibles[46] y complementarias. *Annales* por ejemplo se ha interesado más por la metodología, las estructuras y la historia medieval y moderna, y el materialismo histórico por la teoría, las revoluciones y la historia contemporánea. *Annales* ha influído mayormente en los países del sur de Europa y la historiografía marxista en el norte[47]. El lazo más sólido entre los historiadores de ambas tendencias es, sin duda alguna, la oposición frontal a la vieja historia, positivista y conservadora[48]. La concesión mayor de los historiadores empiristas, que admitieron el predominio público de las grandes escuelas sin dejar de practicar una historia clásica y erudita (habiendo cambiado muchos de ellos, eso sí, la historia política y acontecimental por la

---

l'historien, París, 1973, p. 17; Jacques LE GOFF, Pierre NORA, Presentación de *Hacer la historia*, I, Barcelona, 1978 (París, 1974), p. 9; Jacques LE GOFF, "L'histoire nouvelle", *La nouvelle histoire*, París, 1988 (1ª ed., 1978), p. 61.

[44] Pierre VILAR, "Historia marxista, historia en construcción", *Hacer la historia*, I, Barcelona, 1978 (París, 1973), pp. 197-199, 204-205; Guy BOIS, "Marxisme et histoire nouvelle", *La Nouvelle Histoire*, París, 1988 (1ª ed., 1978), pp. 255-275; también hubo críticas marxistas, por lo regular dogmáticas, contra *Annales*: Jacques BLOT, "Le révisionisme en histoire ou l'École des *Annales*", *La Nouvelle Critique*, noviembre 1951; Jacques CHAMBAZ, "Le marxisme et l'histoire de France", *La pensée*, noviembre 1953; Michel GRENON, Régine ROBIN, "Pour la déconstruction d'une pratique historique", *Dialectiques*, nº 10-11; Cl. S. INGERFLOM, "Moscou: le procès des *Annales*", *Annales*, 1, 1982.

[45] Harvey J. KAYE, *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, 1989 (Cambridge, 1984), pp. 205-206; en 1978, Immanuel Wallerstein saluda de modo voluntarista la resistencia de *Annales* al modo cultural dominante en las ciencias sociales que separa lo político de lo económico, y lo económico de lo cultural, "*Annales* as Resistance", *Review*, 3/4, 1978, pp. 5-6; en 1985, todavía Hobsbwam defiende *Annales*, ou o que resta dela, como interlocutor necesario: **não abandonou o horizonte globalizante que partilha com os marxistas, se bem que os seus métodos e as suas posiçiões ideológicas sejam diferentes,** *Ler História*, Lisboa, 4, 1985, p. 136.

[46] De no ser así una de ellas hubiera desplazado y marginado a la otra, Thomas S. KUHN, *La estructura*, pp. 272, 274.

[47] Carlos AGUIRRE ROJAS, *Construir la historia: entre materialismo histórico y Annales*, México, 1993, pp. 9-27.

[48] Carlos AGUIRRE ROJAS, "Convergencias y divergencias entre los Annales de 1929 a 1968. Ensayo de balance global ", *Historia Social*, 16, Valencia, 1993, pp. 115-141.

historia económica y social), es no arremeter contra el marxismo, cosa que sin embargo si han hecho lo filósofos neopositivistas como Popper.

La interconexión de los tres paradigmas-tradiciones entraña que, como el todo está en cada parte, cada uno de ellos interioriza, adapta y representa, a su modo, el paradigma común. Ahora bien, es obligado advertir la mayor contribución de la escuela de *Annales* al acervo común de los historiadores occidentales de los años 50 y 60[49], que corresponden con la generación de los segundos *Annales*, liderada por Fernand Braudel, que culmina los esfuerzos de innovación y rupturas de Marc Bloch y Lucien Febvre, en el período entreguerras, con la historia tradicional. Francia va a ser el centro de la revolución historiográfica del siglo XX por la radicalidad, para bien y para mal[50], sin parangón en otros países, con que combate y arrincona a la vieja historia historizante[51]. Ni siquiera nuestra historiografía marxista fue tan dura y neta a la hora de cambiar paradigmas: siguió cultivando y/o aceptando, por ejemplo, una historia política que *Annales* negaba por principio[52]. La centralidad de *Annales* (a través de sus enfoques innovadores) en el paradigma historiográfico dominante facilita y vertebra la diversidad de éste, desde el neopositivismo al marxismo estructural. Con todo, en cada país la convergencia historiografica se produjo de forma distinta: en Gran Bretaña el rol vertebrador de la nueva historia acabó por corresponder a la nueva historiografía marxista.

---

49 Las fobias nacionalistas, a menudo inconscientes, no siempre lo facilitan; es habitual buscar y encontrar precedentes a la revolución de Bloch y Febvre, pero es conocido que ninguna de esas nuevas historias precursoras tuvo tanta influencia historiográfica internacional por una razón muy simple: no constituyeron una escuela de la envergadura de *Annales*, entre otras causas.

50 También en Francia es donde las limitaciones de la nueva historia se manifiestan con mayor radicalidad.

51 Por eso lo que diferencia a Francia del resto, es un arrinconamiento mayor de los historiadores tradicionales, aun reconvertidos, y por lo tanto una influencia sobre todo latente e indirecta del positivismo.

52 J. OBELKEVICH, "Past and Present. Marxisme et histoire en Grande-Bretagne depuis la guerre", *Le Débat*, nº 17, 1981, p. 97.

Pierre Vilar decía, en 1967, que después de cincuenta años de rechazo "la investigación histórica va en el sentido en que Marx la había encauzado", gracias a los historiadores como Labrousse y otros, imbuidos por el pensamiento de Marx aunque no siempre lo proclamen[53]. ¿Se puede generalizar este marxismo tácito a toda la escuela de los primeros y, sobre todo, de los segundos *Annales*? La respuesta es sí en el sentido de que los nuevos historiadores franceses consideran -la mayoría lo siguen sosteniendo hoy- que han asumido las enseñanzas científicamente válidas del materialismo histórico. Es un lugar común entre los historiadores contemporáneos, incluso entre algunos tenidos por conservadores, admitir la contribución del materialismo histórico a la construcción de la historia científica sin por ello considerarse políticamente marxistas. Es la prueba más evidente del componente marxista del paradigma común. El prestigio profesional de los historiadores marxistas corrobora el sentimiento general de estar en el mismo barco, aunque se investigue sobre distintos temas y con enfoques a menudo matizadamente diversos. La admisión del materialismo histórico en la academia historiográfica, donde ocupó y ocupa posiciones de poder en absoluto desdeñables (lo que obliga a tenerlo en cuenta científicamente), subraya la autonomía de la ciencia respecto de la política[54]. La pura verdad es que gran parte de la difusión de los conceptos marxistas alcanzada en nuestras universidades es indirecta, consecuencia de la coparticipación de la teoría y la práctica materialista de la historia en el paradigma común de las ciencias sociales y humanas; en contrapartida, el marxismo confiere credibilidad progresista al conjunto hegemónico, del mismo modo que *Annales* proporciona el prestigio de la renovación y los historiadores positivistas la imagen académica, sobre todo en el momento de acceder al *establishment* los nuevos historiadores de la economía y de la sociedad, en los años 60 y 70.

[53] *Althusser, método histórico e historicismo*, Barcelona, 1972 (París, 1968), pp. 20-21.

[54] Autonomía que explica, asimismo, que en los países anglosajones se hayan desarrollado potentes corrientes marxistas en las universidades sin el correlato de una influencia política (a diferencia de lo sucedido en la Europa meridional).

La historiografía española se caracteriza por no haber desarrollado una escuela propia, y por una recepción tardía[55] de la renovación historiografíca del siglo XX a causa del paréntesis franquista y de la consabida inercia académica, es por ello nuestro país una excelente ilustración del triple origen del paradima común implantado en los años 60 y 70, entre una y dos décadas después que Francia. A lo largo de 1975 un grupo de historiadores jóvenes, y menos jóvenes, escriben sobre la situación y perspectivas de la historia, en el *Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, delimitando claramente las tres contribuciones que protagonizan, por activa o por pasiva, la renovación historiográfica[56]: *Annales* (Antonio Eiras Roel, José Ángel García de Cortázar), marxismo (Juan José Carreras, Antonio Elorza) e historiadores tradicionales (Luis Suárez, José María Jover) que, en los textos que aportan[57], muestran cierto respeto y apertura hacia las dos corrientes internacionales de vanguardia . Con el paso de los años, a pesar de la crisis del marxismo, el materialismo histórico ha mantenido su influencia en el campo de la historia, al contrario de lo que sucedió con sociólogos, filósofos, economistas y politicólogos: "los historiadores siguen por lo general considerando las tesis principales del materialismo histórico como una buena herramienta metodológica"[58]. Dicho en España -en 1991- por un filósofo, parece excesiva esta afirmación en términos absolutos pero si es verdadera[59]

[55] Sobre el retraso español : Carlos BARROS, "Historia de las mentalidades: posibilidades actuales", *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993, pp. 59-61.

[56] *Once ensayos sobre la historia*, Madrid, 1976.

[57] *Once ensayos*, pp. 21-24, 227-228, 233, 236-238, 240, 244-245.

[58] Francisco FERNÁNDEZ BUEY, "Marxismo e historia hoy", *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993, p. 220.

[59] Así y todo, el materialismo histórico se ha aceptado más que se aplicado en la historiografía española, a decir de los historiadores próximos que han denunciado después "desiertos", "secanos" y "penurias teóricas", vacios que normalmente son ocupados por el empirismo; Perry Anderson cree que la debilidad teórica del marxismo español es consecuencia de la ausencia de una tradición filosófica general (*Consideraciones*, p. 40 n. 4), pero eso es sólo una parte del problema, habría faltado también la amplitud de miras que tuvieron, por ejemplo, Marx y Gramsci para inspirarse en "idealistas burgueses" como Hegel y Croce.

comparativamente, cabe preguntarse el porqué. La continuidad hasta el presente del mentado pardigma común tripartito como referencia historiográfica básica, a pesar de la fragmentación y crisis de la disciplina, es una parte esencial de la respuesta.

Mientras el epicentro renovador francés se consolida, en la década que sigue a la II Guerra Mundial[60], en el mundo anglosajón, y concretamente en Inglaterra sigue campando por sus respetos la vieja historia política[61]. Hasta los años 60 y 70 no se estabiliza, frente al positivismo dominante (que inclusive se agudiza desde 1900) y con la ayuda de *Annales*, una historia social de orientación marxista[62], si bien Peter Burke -en 1984- reconoce que todavía, a pesar del ascenso de la nueva historia económica, social y cultural, la historia política es el sector "más densamente poblado", comenzando a integrarse en la nueva historia al desarrollar precozmente una historia social de la política, una nueva historia política[63]. Habrá que esperar hasta finales de los años 70 para ver como la historia social anglosajona irradia su influjo internacional, al relevar al marxismo (estructuralista) en decadencia en Francia y en los países latinos[64]. El problema de los años 80 es la creciente debilidad del paradigma común, contestado interna (incremento multilateral de la rivalidad entre los tres componentes) y externamente, en este contexto, el fruto brillante (verbigracia, las obras de Thompson) pero tardío[65] de la

---

60 En 1946 se constituye la V^e^ *Section de l'École Practique des Hautes Études*, iniciándose la fase institucional de la escuela, y reanuda su publicación la revista *Annales* con nuevos bríos.

61 Peter BURKE, "La historiografía en Inglaterra desde la Segunda Guerra Mundial", *La historiografía en Occidente desde 1945*, Pamplona, 1985, p. 20.

62 Peter BURKE, "Reflections on the Historical Revolution in France: The Annales School and British Social History", *Review*, 1, 3/4, 1978, pp. 147-151; Xavier GIL PUJOL, *Recepción de la Escuela de Annales en la historia social anglosajona*, Madrid, 1983, p. 35.

63 "La historiografía en Inglaterra desde la Segunda Guerra Mundial", pp. 26-28.

64 Perry ANDERSON, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, 1979 (Londres, 1976), pp. 126-127; *Tras las huellas del materialismo histórico*, Madrid, 1986 (Londres, 1983), pp. 33-34, 43.

historiografía marxista anglosajona no pudo imponerse y suplir el reflujo de la influencia de *Annales* (que también acabó afectándole[66]), y menos en el ambiente desfavorable de los años 80 (neoconservadurismo, retroceso de las humanidades). La historia social inglesa, y norteamericana, maduró demasiado tarde para el viejo paradigma del siglo XX (en cuyo seno se desarrolló), y demasiado pronto para enlazar con el nuevo paradigma hoy en formación. El retraso, y tal vez la moderación, en la ruptura con la historia tradicional ayudan a entender que la historia social angloamericana no fuera capaz de ofrecer nuevas y estables soluciones a los problemas finiseculares, recomponiendo el paradigma común.

Al igual que *Annales*, sufre la historia social anglosajona (sobre todo *Past and Present)*, desde finales de los años 70, las preceptivas críticas cruzadas, también desde el marxismo: por perder el espíritu innovador, mostrándose conservadora ante la historia de la familia, la historia de las mujeres, la historia oral...[67]; por abandonar la historia política[68], los enfoques cualitativos y la historia-problema[69]; por ser débiles ante la tradición *whig* de

[65] Pensemos que *Annales* se fundó en 1929 y *Past and Present* en 1952, la *Apologie pour l'histoire* de Bloch se publicó en 1949 y *What is history?* de Carr en 1961...

[66] Y tanto, Thompson reniega, en 1978, de la historia como ciencia prefiriendo su inclusión dentro de las humanidades: **estoy dispuesto a admitir que la tentativa de designar la historia como "ciencia" ha sido siempre poco provechosa y fuente de confusiones. Si Marx y, más aún, Engels cayeron a veces en este error, entonces podemos disculparnos,** *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981, p. 68; Perry Anderson contesta acertadamente, apoyándose en la filosofía de la ciencia, en *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Madrid, 1985 (Londres, 1980), pp. 12-13.

[67] J. OBELKEVICH, "Past and Present. Marxisme et histoire en Grande-Bretagne depuis la guerre", *Le Débat*, nº 17, 1981, pp. 106-107, 111.

[68] **Al evitar la historia política evitan todo lo esencial para el desarrollo de la sociedad humana, a pesar de sus pretensiones radicales,** Elisabeth FOX, Eugene GENOVESE, "La crisis política de la historia social. La lucha de clases como objeto y como sujeto", *Historia Social*, 1, 1988, p. 106; otros ven en este marxismo político cierta continuidad de la historiografía tradicional, empirista y pragmática, o dicho de otro modo, el resurgir del componente positivista del paradigma común.

[69] Julián CASANOVA, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, 1991, p. 125; resalta este autor como una segunda generación de historiadores marxistas británicos y norteamericanos quiere tomar el relevo de una historia social que **se hace vieja**.

la historiografía británica, moralista liberal y positivista[70]. Tomando e consideranción éstas y otras críticas, a los movimientos que han nuclead tanto *Past and Present* como *Annales*, en total al paradigma común, y co pretensiones siempre constructivas, hemos esbozado ya en otro lugar nuestr alternativa[71].

Escisión objeto/sujeto

La revolución historiográfica del siglo XX se planteó -y ciertamente l logró, ya veremos a que precio- que la historia fuese admitida entre la ciencias sociales, que al mismo tiempo, desde Comte y pese a Kant, sacaba su cientificidad de las ciencias naturales, bajo el viejo criterio de la unidad de método científico. Este esfuerzo por la homologación científica de la histori con la sociología, la economía y demás nuevas ciencias sociales, encontr feroces resistencias de filósofos y pensadores que querían representar a la nuevas disciplinas, desde Karl R. Popper[72] hasta Claude Lévi-Strauss[73] pasando por Jean Piaget[74], que los nuevos historiadores conjuraron tratand de parecerse lo más posible a las ciencias sociales y, en último término, a la añejas ciencias naturales, potenciando una "imparcialidad" objetivista centrando las escasas reflexiones en la metodología, campo de jueg preferido del positivismo. Se perdió así la ocasión de representar "u correctivo benéfico frente al provincialismo regional, temporal y objetivo de

---

[70] *ídem*, p. 126.

[71] "La historia que viene", *Historia a Debate. I. Pasado y futuro*, Carlos BARROS (ed.), Santiago de Compostela, 1995.

[72] *La miseria del historicismo*, Madrid, 1984 (1ª ed., 1944-1945), p. 158.

[73] Barry HINDESS, Paul Q. HIRST, *Pre-capitalist modes of production*, Londres, 1975, pp. 308-313.

[74] *Tendencias de la investigación en las ciencias sociales*, Madrid, 1982 (1ª ed., 1970), pp. 47-50.

la investigación social dominante"[75]. Paradójicamente, Kuhn tiene que aplicar la historia para "despositivizar" la filosofía de las ciencias naturales, propiciando de este modo un cambio de paradigmas que ha llegado a las ciencias sociales y a la propia historia, al menos tal es nuestra intención.

En el camino que va del inductivismo ingenuo de Newton y Galileo a la ciencia positiva de Augusto Comte, hemos dejado atrás la teología y la metafísica, la superstición y el dogmatismo, como formas de conocer "auténticamente" el mundo objetivo, aquello que existe fuera de nosotros mismos. No es poca cosa. Para lograr esta meta prioritaria, la ciencia moderna e ilustrada -antes de convertirse a su vez en dogmatismo laico, cientifista[76]-, para conocer los hechos "tal como sucedieron" -diría el gran maestro de los historiadores positivistas, Ranke- sin acudir a lo sobrenatural, ha eliminado de un modo u otro el sujeto, y no sólo el sujeto transcendente, también el sujeto humano. A los científicos de los siglos XVII-XIX sería anacrónico pedirles más: la ciencia tenía que pasar por su fase objetivista depuradora. Ahora bien, ¿no se ha prolongado demasiado este concepto tradicional de ciencia a lo largo del siglo XX? ¿No es absurdo que la historia siga fiel -o infiel según se mire- al concepto mecanicista y positivista de la ciencia a finales del siglo XX?

La ciencia occidental al afirmar que los objetos (inmutables, autosuficientes) existen independientemente del sujeto (que perturba e induce a error), hizo posible la observación de la naturaleza y su explicación mediante la experimentación y la verificación, dió lugar a avances colosales del conocimiento humano. El divorcio cartesiano entre el saber objetivo y el saber subjetivo genera dos maneras, en su momento irreconciliables, de pensar la modernidad: materialismo pasivo e idealismo activo. Sabemos que el objeto y el sujeto son indisociables, pero la ciencia racionalista nos obliga

[75] Jürgen HABERMAS, *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, 1986 (Frankfurt, 1976), p. 183; la sociología histórica intenta últimamente satisfacer ese objetivo sin que la comunidad de historiadores haya mostrado demasiada receptividad.

[76] Alberto TREBESCHI, *Manual de historia del pensamiento científico*, Barcelona, 1977 (Roma, 1975), pp. 280-281.

a separar y eligir: o bien ciencia objetivista, o bien filosofía subjetivista (e historiografía, romanticismo en el siglo XIX y presentismo en el siglo XX Pensar juntamente objeto y sujeto requiere un giro de 180º en nuestr concepto de ciencia. Esto es, una radical puesta al día que mire a la nuev física, pero que también deshaga el camino andado y vuelva a reflexiona sobre las tesis de Marx sobre Feuerbach, donde se critica el materialism "que sólo concibe el objeto, la realidad, la sensorialidad, bajo la forma d *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, com *práctica*, no de un modo subjetivo. De aquí que el lado *activo* fues desarrollado por el idealismo , por oposición al materialismo, pero sólo d un modo abstracto"[77].

El énfasis en lo subjetivo del materialismo histórico, entendido com filosofía de la praxis, contrasta con el postulado objetivista del mismo Mar que dice que "el ser social determina la conciencia", lo que lleva a un filósof popperiano a situar a Marx, después de Popper y Lakatos, en un apartad sobre el objetivismo de la ciencia[78]. Puede sonar extraño, toda vez que conocemos las motivaciones antimarxistas de Popper, pero no lo es tanto s caemos en cuenta que ambos son consecuencia diversa de una misma tradición científica, la diferencia está en que el autor de la *Miseria del historicismo* no vacila, no permite una doble lectura como Marx, y así escribe consecuentemente, en 1979: "El conocimiento en sentido objetivo es un conocimiento sin conocedor; es conocimiento sin sujeto cognoscente"[79]. En 1973, era Lévi-Strauss quien aseguraba que las ciencias sociales y humanas, si "son verdaderamente ciencias", deben mantener el dualismo del observador y su objeto, postulado por las ciencias exactas y naturales, recalca el máximo

---

[77] *Obras escogidas*, 2, Madrid, 1975, p. 426; **El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema "práctico". Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad,** *ibídem*.

[78] Alan F. CHALMERS, *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Madrid, 1989 (1ª ed., 1976), pp. 169-171.

[79] *ídem*, p. 169.

teórico y difusor del estructuralismo[80], ajeno a las consecuencias epistemológicas para las ciencias sociales de los descubrimientos contemporáneos en física y en biología. Estamos ante una de esas anomalías de Kuhn -ejemplos en contrario- con que se encuentra el paradigma dominante, sin que por el momento haga demasiada mella en sus valedores[81]. Comprobamos, pues, la sorprendente vigencia del objetivismo del paradigma naturalista en los años 70, cuando el paradigma compartido por los nuevos historiadores estaba en su plenitud. En 1977, Kuhn se pregunta, y nosotros con él: "cómo es que los filósofos de la ciencia han descuidado durante tanto tiempo los elementos subjetivos"[82]. La verdad es que en la segunda mitad del siglo XX, antes de Kuhn, en filosofía de la ciencia el paradigma era Popper y sus epígonos -desde *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945)-, y en ciencias sociales se impuso el objetivismo estructuralista; si ha ello unimos el peso del economicismo marxista, potente en la segunda posguerra, tenemos una buena explicación de por qué perduró tanto tiempo el objetivismo de la ciencia propio del siglo XIX, con todas las matizaciones que se quieran, concretamente en la disciplina de la historia, condicionada por un empirismo latente de origen decimonónico en mayor grado que las nuevas ciencias sociales.

Otras características de este paradigma científico objetivista activo en la posguerra, que sobredeterminan asimismo el bienintencionado paradigma historiográfico *Annales*-materialismo histórico, son el sentido absoluto (no condicionado por un sujeto) de su noción de verdad y el principio metodológico de la simplicidad.

La máquina determinista de Newton es perfecta, está sujeta al orden absoluto, porque es obra de Dios; Kant sustituirá al Dios absoluto por la Razón absoluta, pero el resultado es el mismo: la verdad objetiva de la ciencia ilustrada es un atributo trascendente, un objetivo utópico, en su totalidad está

---

80 *Antropología estructural*, II, México, 1987 (1ª ed., 1973), pp. 276-277.

81 *La estructura*, pp. 100-111, 131-135.

82 *La tensión esencial*, p. 349.

fuera del alcance del sujeto congnoscente. Está dimensión idealista de la verdad científica ha contribuido grandemente a arruinar la puesta en práctica de un concepto paradigmático clave de *Annales* y del marxismo: la historia total. Para los depositarios de estas verdades absolutas, resulta lógicamente inconcebible la existencia de un paradigma común, un lugar donde se comparten valores, métodos, líneas de investigación y conceptos con escuelas rivales.

Este orden perfecto, objetivo y absoluto, hay que hallarlo debajo de la apariencia desordenada de la realidad, a través una metodología fundada en la simplificación[83]. No cabe dudar de la fecundidad del pensamiento científico que separa lo que está ligado (disyunción) y unifica lo que es diverso (reducción), selecciona y jerarquiza, clasifica y cosifica, una realidad que, conforme avanza, la propia investigación empírica entrevé más compleja, relativa y global en su contenido. El acto primigenio de la racionalización simplificadora de la ciencia moderna ha sido, pues, la escisión objeto/sujeto. El éxito de los nuevos paradigmas científicos dependerá, entre otras cosas, de su capacidad para superar la metáfora que encierra dicho corte conceptual y concebir la realidad -también la realidad histórica- como simultáneamente objetiva-subjetiva.

Sobredeterminación

Los condicionamientos objetivistas que los paradigmas científicos predominantes han ejercido sobre sobre la nueva historia, desde el viejo positivismo al estructuralismo de los años 60, acabaron potenciando sus tendencias más economicistas y cuantitativistas, y arrinconando gravemente la doble dimensión subjetiva de la historia (el sujeto como agente histórico y el historiador como sujeto epistémico) provocando, al filo del nuevo siglo, una formidable crisis de identidad.

[83] Edgar MORIN, *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, 1994 (París, 1990), pp. 75, 82, 89, 102, 144.

El marxismo influye contradictoriamente en el paradigma común de los historiadores, sólo muy tardíamente en el sentido antes citado de las tesis sobre Feuerbach. Los historiadores marxistas ingleses se interesarán por el sujeto social (el cambio y las revoluciones que, por la misma época, guiaron a Kuhn) y cultural (el materialismo cultural de Thompson) a contracorriente -y como reacción- de una generalizada lectura objetivista del marxismo cimentada en el positivismo evolucionista, primero, y en el estructuralismo althusseriano, después.

Tom Bottomore considera al Círculo neopositivista de Viena, que florece entre las dos guerras mundiales, y cuya labor continúa en gran medida Popper en la segunda posguerra, como "la tendencia más influyente de la filosofía de la ciencia del siglo XX", y explica como uno de sus representantes más prominentes, Otto Neurath, anima un marxismo positivista (que por lo demás flota en el ambiente) consistente en un simbiosis de sociología empírica, ideología tecnocrática y evolucionismo "por etapas" que sirve de apoyo teórico al revisionismo de la II Internacional[84] y que nutre, asimismo, al estalinismo con su tosco determinismo y el desarrollismo de los planes quinquenales[85].

La vía política vehicula el ascendiente, desde fuera, de este marxismo empirista en los nuevos historiadores: es conocida la militancia activa en los partidos comunistas de la posguerra, de la mayoría del grupo fundador de *Past and Present*[86] y de miembros prominentes de la escuela de *Annales* (Friedmann, Furet, Le Roy Ladurie), o en los partidos socialistas (Labrousse,

---

[84] "Ingenieria social" reformista que Popper rebautizará como "tecnología social fragmentaria", Angeles JIMÉNEZ PERONA, "Racionalidad y método de las ciencias sociales en la obra de Karl R. Popper", *Zona Abierta*, Madrid, 39-40, 1986, pp. 230-237.

[85] Tom BOTTOMORE (dir.), *Diccionario del pensamiento marxista*, Madrid, 1984 (1ª ed., 1983), pp. 596-597.

[86] En 1956 abandonan gran parte de ellos el Partido Comunista Británico, sin ese distanciamiento con el marxismo realmente existente, ¿podrían haber desarrollado una historiografía marxista no objetivista?; la verdad es que todos los grandes marxistas críticos occidentales (Lukács, Gramsci, Marcuse) fueron heterodoxos políticos respecto del marxismo soviético y aun del marxismo oficial de la mayoría de los partidos marxistas de la época, que no obstante siguieron encuadrando políticamente a muchos historiadores de a pié.

incluso Febvre); el reconocimiento moral de los intelectuales hacia los comunistas y la URSS por su aportación a la lucha contra el nazi-fascismo, también cuenta para comprender este influjo "desde fuera". Frente al poder político del marxismo positivista oficial poco pudo el marxismo crítico de la escuela de Francfort, desarrollado asimismo en los años 20 y 30, y continuado hasta hoy por Habermas. El optimismo económico y desarrollista de la posguerra favorece, en último extemo, un marxismo triunfal (que se va extendiendo desde el Elba hasta el Mar de China) que cree: en la determinación "en última instancia" de la superestructura por la base económica y tecnológica de la sociedad; en una ideología reducida a "falsa conciencia", reflejo distorsionado de la realidad objetiva; en la necesidad inexorable que conduce, etapa tras etapa, la humanidad hacia el comunismo pasando por el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo y el socialismo. En la práctica, más allá de las citas rituales en los manuales, se olvida el Marx subjetivo (la dialéctica; eso de que la historia la hacen los hombres; la lucha de clases). No olvidemos que los sujetos políticamente activos más importante son, en ese momento - y en cierto sentido eso dura hasta 1989-, los dos bloques enfrentados: 1946-1956, la guerra fría; 1956-1963, la coexistencia pacífica. Este es el contexto internacional, cuando se impone académicamente la nueva historia.

Este marxismo sin sujeto se beneficia del clima empiro-objetivista existente en los ambientes científicos, en los años 40 y 50 -es el momento de la ofensiva neopositivista en el campo de la filosofía de la ciencia-, contrarrestando las aportaciones más creativas de los historiadores marxistas al paradigma común que se generaliza por esos años entre la comunidad de historiadores. Corresponderá al marxismo estructural de Althusser en particular, y al estructuralismo en general, el honor de acabar de separar, tajantemente, a la nueva historia del sujeto, en los fundamentales años 60, con su determinismo intransigente, un auténtico paroxismo del objeto.

La sustitución paradigmática del marxismo positivista por el marxismo estructuralista fue, sea como sea, un relevo necesario. El fin de la parte más dura de la guerra fría, que todo lo tapaba, la desestalinización de Kruchev y la represión de la revuelta húngara, hacen del año 1956 la fecha clave para

comprender el desencanto político y anímico de los intelectuales próximos al marxismo: urgía sustituir la creencia positivista en el evolucionismo economicista por algo que reavivase la fe y la esperanza. Louis Althusser se inspira en el estructuralismo para, so pretexto de combatir el agotado positivismo y devolver al marxismo su carácter de ciencia, trasmutar la determinación concreta del dato empírico en la determinación abstracta de la estructura oculta: rebrota el orden simple, perfectamente objetivo, bajo la apariencia compleja ("ideológica") de la realidad. Las estrategias son diferentes, pero hay una base filosófica común entre el positivismo y el estructuralismo: el objetivismo.

A diferencia del positivismo, el estructuralismo es una filosofía de la ciencia que nace, se desarrolla y muere (cuando el sujeto retorna en el '68) en el seno de las ciencias sociales y humanas. Saussurre en lingüística, Lévi-Strauss en antropología, Lacan en psicoanális, Althusser en marxismo, todos dicen lo mismo: el objeto de la ciencia es descubrir la estructura subyacente y determinante (lenguaje, símbolos, incosciente, modo de producción). Nadie prescindió tanto del sujeto como los estructuralistas; el mayor antropólogo del siglo XX, Claude Lévi-Strauss, llega a escribir lo siguiente: "creemos que el fin último de las ciencias humanas no es constituir al hombre, sino disolverlo"[87]. La historia de los hombres es reemplazada por la historia de las estructuras, "la temporalidad bascula hacia la espacialidad"[88]: se impone la geohistoria y la larga duración de los segundos *Annales*[89].

Las partes más subjetivista -y también la empirista en su dimensión historicista- del paradigma común de los historiadores es agredida por el estructuralismo, que en último extremo niega la historia, lo cual provoca respuestas. En 1967, latente ya el reflujo del estructuralismo[90], Pierre Vilar

---

[87] *El pensamiento salvaje*, México, 1964 (París, 1962), p. 357.

[88] François DOSSE, *Histoire du structuralisme*, I, París, 1991, p. 431.

[89] Nunca nos asombraremos lo suficiente de la capacidad de Braudel para hacer que la historia no sólo sobreviviera en contexto tan desfavorable, sino que se situara en el centro del escenario, pagando un precio, claro está.

[90] *ídem*, p. 14.

participa en una mesa redonda con los althusserianos, critica el fondo antihistórico del estructuralismo pero de una manera tan moderada y sincrética que se demuestra así el arraigo alcanzado por el paradigma estructuralista en los nuevos historiadores de época; es Robert Paris y otros quienes defienden, más agresiva y explícitamente, el sujeto humano de la historia, acusando al estructuralismo, calificado de discurso academicista, de empobrecer la historia reduciéndola a estructuras inmóviles[91]. En los años 70, al estructuralismo le sucede el posestructuralismo, el marxismo francés entra en decadencia, y a finales de los años 70: sobreviene el relevo anglosajón. E. P. Thompson escribe un libro muy combativo, *The Poverty of Theory* (1978), contra Althusser[92], y sus epígonos ingleses Hindess y Hirst (y por elevación contra la revista *New Left Review*, editora de Althusser), denunciando la esterilidad abstracta del estructuralismo, pero es ya demasiado tarde, el estructuralismo marxista ya no es enemigo en los años 80[93], y si me apuran tampoco el marxismo, al menos si se compara con su influencia intelectual y política en las dos décadas anteriores.

En los tiempos de los primeros *Annales* (1929-1945), el factor virtualmente sobredeterminante es la influencia difusa y ambigua del viejo positivismo[94]: se lucha en Francia contra la historia episódica de Langlois y Seignobos, basada en la servidumbre a los textos, y contra la "ciencia pura" del positivismo, pero también se critica, en un contexto más internacional, el presentismo de Croce y Collingwood que exacerba el rol del sujeto-

---

[91] *Althusser, método histórico e historicismo*, Barcelona, 1972 (París, 1968), pp. 23, 39, 58, 61, 74.

[92] Lo justifica así el autor en 1979: **no fue un acto de agresión, sino un contraataque contra un decenio de rechazo althusseriano**, "La política de la teoría", *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, 1984 (Londres, 1981), p. 307.

[93] En 1974, Althusser había ya publicado su libro *Éléments d'autocritique*, traducido al español en 1975 y al inglés en 1976.

[94] En 1929 empieza a funcionar el Círculo de Viena, pero no detectamos en la nueva historiografía francesa la influencia del neopositivismo lógico, ni siquiera como adversario.

historiador y la metafísica cíclica de Spengler y Toynbee[95]; batallas que, se quiera o no, son continuación de las antes libradas por el positivismo (sobre todo alemán) en favor de un método científico, crítico. Es por ello que en los fundadores de *Annales* encontraremos llamadas al objetivismo metodológico[96], junto con las conocidas posiciones relativistas, humanistas y subjetivistas[97], todo ello muy propio de historiadores renovadores pero fieles al oficio: enemigos tanto de la simplificación abstracta como de la reificación del objeto-texto. Siempre es posible, en consecuencia, una doble lectura de *Annales*: objetivista (historia económica, demografía histórica, monografías regionales, historia serial) o subjetivista (historia de la mentalidades, historia humana, historia-problema, pasado/presente/futuro); Bloch y Febvre mantuvieron cierto equilibrio en sus obras entre la historia económico-social y la historia de las mentalidades (sin que desaparezca del todo el polo de la temática tradicional: verbigracia, la biografía de Martín Lutero de Lucien Febvre), pero conforme va ganando hegemonía la nueva escuela, se decanta: primero hacia la historia económica y social estructural (segunda generación, 1945-1968), y después hacia una historia de las mentalidades alejada de lo social[98] (tercera generación, 1968-1989). Cambios paradigmáticos tan radicales que, para explicarlos, no son suficientes los factores externos, hay que abordar las deficiencias internas del propio

---

95 Lucien Febvre cuestiona acervamente la filosofía oportunista de Spengler y Toynbee, relacionándola con el ascenso de Hitler, y termina reivindicando la necesidad de homologar la historia y sus métodos a las nuevas ciencias naturales para que así aquélla deje de ser la cenicienta de las ciencias humanas, *Combates por la historia*, Barcelona, 1975 (París, 1953), pp. 175-217.

96 **lo propio del método científico... es abandonar deliberadamente al contemplador, para no querer conocer sino los objetos contemplados,** Marc BLOCH, *Introducción a la historia*, México, 1952 París, 1949), p. 117.

97 **el objeto de la historia es esencialmente el hombre. Mejor dicho los hombres. Más que el singular, favorable a la abstracción, conviene a una ciencia de lo diverso, el plural, que es el modo gramatical de la relatividad,** Marc BLOCH, *ídem*, p. 25; al definir la historia-problema, Lucien Febvre propone: **Hacer penetrar en la ciudad de la objetividad el caballo de Troya de la subjetividad,** *Combates por la historia*, p. 43.

98 Carlos BARROS, "Historia de las mentalidades, historia social", *Historia Contemporánea*, Bilbao, 9, 1993, p. 117.

paradigma fundador *annaliste*, cuyas dificultades congénitas, epistemológicas y metodológicas, para garantizar la síntesis y un enfoque unitario de la disciplina, son por supuesto extensibles y comunes al materialismo histórico[99]. En ambos casos, la infravaloración o eliminación del sujeto, afecta naturalmente tanto al sujeto-agente (los hombres) como el sujeto-observador (el historiador).

El Marx de las *Tesis sobre Feuerbach* (1845), que define su pensamiento como la filosofía de la praxis, o del *Manifiesto Comunista* (1848), que postula que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases, contradice al Marx del prológo de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política*, que resume su filosofía afirmando que los hombres contraen relaciones económicas, independientemente de su voluntad, que determinan la vida social, política y espiritual, de modo que no es la conciencia lo que determina la vida social y económica sino el ser social lo que determina la conciencia[100]; el Marx joven y humanista de los *Manuscritos filosóficos* (1844) contradice asimismo al Marx economista maduro de los *Grundisse* (1857-1858) y el *El Capital* (1867-1875); etcétera. Políticamente el marxismo pasó, brevemente, a comienzos del siglo XX, del objetivismo positivista de la II Internacional al subjetivismo voluntarista de la III Internacional (para retornar, de otra forma, a lo anterior con Stalin).

En el plano intelectual, y más recientemente, está bien representada las doble lectura del marxismo mediante las posiciones de Althusser y de Thompson, por ejemplo.

Como en los primeros *Annales*, tenemos, pues, dos virtuales lecturas del marxismo, subjetivista y objetivista, de imposible conciliación en la práctica (a ella nos remitimos para verificarlo), problema que se extiende, con mayor razón, al componente positivista -la madre del cordero de este problema epistemológico- de un paradigma común plural que manifiesta, de este modo, su punto más vulnerable, el origen de muchas de sus derrotas.

---

99 Este defecto genético es la continuación de la ya analizada escisión objeto / sujeto de la ciencia del siglo XVII y del positivismo, una prueba más de los cimientos comunes de las tradiciones historiográficas del siglo XX, y un reto para todo nuevo consenso historiográfico.

100 Karl MARX, *Introducción general a la crítica de la economía política / 1857*, Córdoba, 1974, pp. 76-77.

En principio, la historia, ciencia del cambio, se debería prestar mal este renovado enfoque objetivista, sea economicista sea estructuralista, pero la práctica de la disciplina lo desmiente porque es decisivo es el afán -y la necesidad- de semejarse -de homologarse- a las otras ciencias, naturales y sociales. Por todo ello, estamos convencidos de que no habrá una visión más coherente y unitaria -menos bipolar y pendular- del marxismo, de *Annales*, del paradigma común de los historiadores, hasta que el paradigmá general del sistema de las ciencias no sea capaz de unificar y articular el objeto y el sujeto, lo simple y lo complejo, lo absoluto y lo relativo: los nuevos paradigmas científicos avanzan ya esta dirección.

Va a ser en los tiempos de los segundos *Annales* (1945-1968), al fusionarse la aportación marxista[101] y *annaliste*, cuando el influjo "exterior" sobre la escuela francesa será mayor. Podemos decir que la coyuntura desarrollista de la posguerra, el marxismo oficial y el estructuralismo antropológico, ayudaron a nacer una segunda generación de *Annales*, movimiento que esta ya marcado ya por el economicismo[102] y el cuantitativismo. Para librarse de la acusación de empirismo, lanzada contra la historia por Lévi-Strauss y Althusser, *Annales* se hace estructuralista (el paradigma-ejemplo, la obra maestra, es el *Mediterráneo* de Braudel, publicado en 1949), sacrificando la historia humana y el cambio social, por la geohistoria, la estructura económica y la larga duración; eso sí, sin caer en la modelización abstracta ni en el teoricismo, esto es, conservando el componente práctico-empirista de la historia, trabajando con hechos y documentos, diferenciándose en suma del estructuralismo ahistórico de Lévi-

---

[101] Hervé Coutau-Begarie: **Avec la deuxième génération, l'influence du marxisme cesse d'être indirecte et inconsciente pour devenir omniprésente,** *Le phénomène "Nouvelle Histoire". Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, París, 1983, p. 235.

[102] En 1946, Georges Lefebvre hace notar el impulso que estaba dando el marxismo a la historia económica, *Réflexions pour l'histoire*, París, 1978, p. 278; si bien ya en el período anterior a la guerra era tendencialmente mayoritario el contenido económico-social en la revista *Annales*, Charles-Olivier CARBONELL, "Evolución general de la historiografía en el mundo, principalmente en Francia", *La historiografía en Occidente desde 1945*, Pamplona, 1985, p. 8.

Strauss y Althusser. En 1980, Pierre Vilar hace girar todavía su concepto de la historia alrededor del concepto de estructura[103].

Los efectos más evidentes, después de 1945, del substrato positivista, la coyuntura economicista, la vulgata marxista y la sobredeterminación estructuralista, en los valores compartidos por los historiadores científicos son: (a) la marginación de la historia de las mentalidades (sujeto mental) en favor de una historia económica; (b) la marginación de los conflictos y revueltas (sujeto social) en favor de una historia social estructural; y (c) la marginación de los métodos cualitativos en favor de una historia cuantitativa, serial. De ahí el desarrollo tan tardío de la historia de las mentalidades de *Annales* y de la historia social de *Past and Present*. De ahí que detectemos evidentes desfases entre los comúnmente aceptados paradigmas-ejemplos y su puesta en práctica: ni siempre son seguidos, ni menos aún son eficazmente emulados los clásicos más complejos y más "venerados", como la *Sociedad feudal* de Bloch o *La formación de la clase obrera* de Thompson. Se podría decir que el paradigma común de los historiadores del siglo XX, a pesar de las apariencias, triunfó muy parcialmente, no pudo desarrollarse plenamente, por razones objetivas, pero entraríamos en contradicción con lo que venimos denunciando si nos quedamos ahí: el problema está también en nosotros mismos, existen razones subjetivas, anomalías que afectan a a los paradigmas fundacionales, debemos optar por intentar resolverlas con la vista puesta en el futuro inmediato, en el siglo XXI.

---

103 *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, 1980 (París, 1980), pp. 49-77.

2. La historia que viene*

La manera de escribir la historia implantada entre los historiadores profesionales a partir de la II Guerra Mundial, la historia entendida como ciencia, de cuya puesta en práctica resultó una historia económico-social, estructural y objetivista, que propugnó la ambición ideal de una historia total y la necesidad de estudiar el pasado para comprender el presente y construir un futuro mejor, ha sido fuertemente cuestionada a lo largo de la pasada década, al tiempo que entró en crisis el proyecto filosófico común que la sustentaba, la idea ilustrada del progreso.

Hasta aquí la evidencia. Resulta menos claro para todos, y la razón de ser de este trabajo es intentar explicitarlo, el hecho de que la comunidad de historiadores ha ido formulando, a la vez que la crítica, nuevos consensos sobre cómo ejercer la profesión, con frecuencia sin saberlo, porque el proceso de las nuevas convergencias se produce más en la práctica que como consecuencia de un debate explícito. Por algo se dice, y con mucha razón, que la crisis finisecular de la historia -pensemos sobre todo en el papel decreciente de los historiadores y de la historia en la sociedad- está acompañada de un formidable incremento de la producción historiográfica, que ha renovando enormemente temas y métodos, pero de una manera desigual, sin demasiada reflexión, sin orden ni concierto[1], lo que limita gravemente y aun puede dar al traste con los posibles resultados. Nuestras primeras propuestas quieren ser, justamente, sobre la forma en que las comunidades científicas, en general, reconstruyen, a través de procesos críticos, su acervo común.

Nos interesa más, en esta ocasión, saber qué historia se hace y, sobre todo, qué historia se debe hacer -con lo cual sobrepasamos, consciente y

* Ponencia presentada en la Congreso Internacional *A historia a debate*, celebrado en Santiago de Compostela (España) del 7 al 11 de julio de 1993, bajo la coordinación del autor.

[1] Los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas ya no juegan, como en la posguerra, un papel vertebrador y orientador de la disciplina histórica.

críticamente, la función notarial-, que las reprobaciones, en algunos frentes muy generalizadas, a las "nuevas historias" que han caracterizado las historiografías del siglo XX, y cuya vigencia en gran medida no dejamos de reivindicar, siempre y cuando aceptemos -desechando por tanto cualquier espíritu numantino- todo aquello que está superado por la práctica científica en general, y por la práctica de los historiadores en particular, así como las nuevas necesidades sociales, culturales y generacionales, a las que la historia y las ciencias sociales deben responder en este acelerado fin de siglo, iniciado en 1989, que en un principio impulsó tremendamente las críticas posmodernistas -y más aún las premodernistas- para en un breve plazo animar una racionalidad renovada, una nueva ilustración, una reformulación de la idea de progreso que tome en consideración errores y fracasos, esfuerzo intelectual con el que nos sentimos identificados.

Enunciaremos brevemente, mediante 16 tesis o proposiciones argumentadas, los criterios que nos parecen fundamentales para alcanzar el nuevo consenso historiográfico en proceso de gestación, con el fin de alentar el debate contribuyendo a centrarlo y promoviendo la disidencia, conscientes de que todavía estamos en el camino: no ha terminado la transición al paradigma historiográfico común del siglo XXI, ni siquiera es inevitable.

1

La historiografía avanza a saltos, y no por simple acumulación, según las decisiones consensuadas en cada momento por la comunidad de historiadores.

En cualquier libro de historiografía que se precie, se explica el progreso del conocimiento histórico jalonado por rupturas en la forma de escribir la historia[2]. Han sido particularmente importantes: el cambio traumático de la historia metafísica, sagrada o literaria, a la historia positivista en el siglo XIX,

[2] Al contrario que los libros de texto de las ciencias físicas, los libros de historia de la historia tienden a disimular los elementos de continuidad en beneficio de las diferentes escuelas y teorías historiográficas.

y la revolución historiográfica del siglo XX, protagonizada por la escuela de *Annales* y el materialismo histórico, contra el concepto positivista de la historia. Precisamente este modo de concebir la historia de la historia, a través de revoluciones disciplinares, es deudor de la concepción materialista de la historia.

Pues bien, Thomas S. Kuhn, un físico reconvertido en historiador de la ciencia, aplicando a su manera el método de la historia al devenir del conocimiento científico, singularmente referido a las ciencias de la naturaleza, ha revolucionado la filosofía de la ciencia a partir de los años 60[3], poniendo en muy graves aprietos a las, en aquel momento, dominantes concepciones neopositivistas (encabezadas por Popper) que han coartado, mucho más de lo que se piensa, el desarrollo del programa historiográfico inicial del materialismo histórico y de *Annales*.

A diferencia de los positivistas, viejos y nuevos, Kuhn sitúa el origen de las certidumbres científicas más en las decisiones sucesivamente consensuadas, tras períodos de crisis y de rivalidad de teorías, por la comunidad científica de cada disciplina, que en la verificación (o falsación) empírica, por lo demás indispensable. La aplicación a las ciencias sociales y humanas de los descubrimientos de Khun se infiere de sus propias deudas explicitadas con la historia -y también con la sociología, la psicología social y la epistemología[4]-, al estudiar la historia de las ciencias físicas, y más aún de la propia experiencia de la historiografía, que no por casualidad suscita hoy la atención creciente de los historiadores, que así y todo nunca ha llegado tan lejos, como

---

[3] Thomas S. KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, 1975 (Chicago, 1962); *La función del dogma en la investigación científica*, Valencia, 1979 (Nueva York, 1963); *Segundos pensamientos sobre paradigmas*, Madrid, 1978 (Illinois, 1973); *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, México, 1983 (Chicago, 1977).

[4] *La estructura de las revoluciones científicas*, p. 3; en los últimos treinta años han perdido fuerza las afirmaciones de Kuhn acerca de que la peculiaridad de las ciencias sociales, respecto de las ciencias naturales, consiste en una mayor relación con la sociedad al elegir temas de investigación, *ídem*, p. 254; ramas de la biología, la física y la química relacionadas con la salud y el medio ambiente están hoy, por ejemplo, tanto o más conectadas con las necesidades sociales que las ciencias sociales.

Kuhn, a la hora de sistematizar teóricamente la evolución histórica de la ciencia, en nuestro caso, la ciencia de la historia.

En las pasadas décadas, el interés de Kuhn y de otros científicos por la historia no se ha correspondido con un interés recíproco de los historiadores por la historia de la ciencia y la filosofía de la ciencia. La razón reside en la separación vigente, a menudo teñida de animadversión, entre ciencias y letras[5], entre ciencias "duras" y ciencias sociales y humanas, debido a la cual pasó desapercibido el ulterior "ablandamiento" de las ciencias físicas. Cuando, excepcionalmente, ha existido una relación entre historia y ciencia estricta, se ha establecido con la ciencia neopositivista -por ejemplo, para importar métodos cuantitativos-, pese a la hostilidad manifiesta de Karl Popper hacia todo historicismo. Por lo demás, el espontáneo desinterés del historiador de oficio hacia la teoría, viene a remachar este *décalage* entre investigación histórica e historiográfica y filosofía de la ciencia, últimamente la rama más productiva de la filosofía.

La salida a la actual crisis de identidad y de crecimiento de la disciplina histórica, pasa, en nuestra opinión, por la aplicación de la teoría de Kuhn sobre el desarrollo histórico de las ciencias.

2

Existe un paradigma común de los historiadores, hoy en plena crisis, cuya resolución plena no será posible más que con la sustitución por un paradigma nuevo.

Entendemos por paradigma común el conjunto de compromisos compartidos por una comunidad científica dada: aquellos elementos teóricos, metodológicos y normativos, creencias y valores, que gozan en un momento determinado del consenso de los especialistas. Un paradigma global está, a su vez, formado por paradigmas parciales. El funcionamiento de un paradigma común es consustancial con la existencia de una disciplina unificada, se

[5] C. P. SNOW, *Las dos culturas y un segundo enfoque*, Madrid, 1977 (Cambridge, 1959).

justifican mutuamente, y no excluyen la pluralidad de enfoques, incluso de escuelas, más bien lo contrario: nunca encontraremos plena homogeneidad teórica y metodológica entre los miembros de una comunidad establecida, ni tampoco es aconsejable en aras de la buena marcha de una disciplina científica. El concepto historiográfico de paradigma ha sido precisamente creado por Kuhn para explicar los mecanismos reales de aprendizaje y consenso, en el interior de cualquier comunidad madura de científicos, necesariamente más flexibles y abiertos que los propios de una escuela con su teoría, sus líderes y su jerarquía. La historia científica, más allá de las escuelas historiográficas y de las historiografías nacionales, no habría podido establecerse sin un paradigma común.

El reconocimiento subjetivo del paradigma común de los historiadores del siglo XX, tropieza de entrada con dos problemas. La relativa rivalidad de las dos grandes escuelas historiográficas, *Annales* e historiografía marxista[6], que han articulado -por vez primera- el paradigma común historiográfico a mediados del siglo XX, combatiendo exitosamente la historia tradicional: acontecimental, política, narrativa, biográfica. Y la persistencia de un tercer componente positivista, raramente admitido por los nuevos historiadores, que se refleja en el carácter manifiestamente empírico que ha seguido impregnando el oficio de historiador, con lo que tiene de positivo (crítica y uso de fuentes) y de negativo (desprecio por la reflexión y la teoría).

Con independencia del grado de conciencia que tenga tal o cual historiador, o del grado de aceptación de dicho consenso por parte de ésta o aquella escuela o historiografía nacional, el paradigma común de los historiadores existe y funciona. Entre los compartidos paradigmas parciales que constituyen el ahora ya viejo paradigma general del siglo XX, que conocemos como la historia científica, hay que contar con los siguientes: historia total, pasado/presente/futuro, historia-ciencias sociales, historia

[6] La primera, de origen francés, se desarrolla precozmente (*Annales* se funda en 1929) y está constituida principalmente por historiadores medievalistas y modernistas; la segunda, de base anglosajona, madura mucho más tarde (*Past and Present* nace en 1952) y es más influyente entre los historiadores contemporaneístas.

explicativa, historia económico-social, fuentes no narrativas, cuantitativismo, monografías regionales, multiplicidad de tiempos.

La puesta en práctica del paradigma *Annales*-marxismo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, ha sufrido, no obstante, severas limitaciones y desviaciones a causa de sus propios defectos, y de la pervivencia del positivismo en el método y la teoría, portador de un objetivismo muy pronto eficazmente reforzado por el economicismo marxista y por el estructuralismo (el paradigma estructuralista dominó ampliamente a las ciencias sociales, por lo menos hasta 1968).

Tres fracasos sucesivos e interrelacionados del paradigma común del siglo XX, han abierto y alimentado la crisis actual, y las reacciones puntuales de los historiadores a ella:

1) De la historia objetivista, economicista, cuantitativista, estructuralista, que da lugar en los años 70 a un progresivo retorno del sujeto, primero social (historiografía marxista angloamericana), después mental (historia francesa de las mentalidades) y por último tradicional (biografía, historia política).
2) De la historia total, abandonada como enfoque de la investigación, proclamada como algo imposible de alcanzar pero que es necesario mantener como "horizonte utópico" de los historiadores, renunciándose después a ella en el plano de la teoría, al tiempo que -ya en los años 80- la historia se desarrolla exactamente en sentido contrario: fragmentándose hasta el infinito en temas, géneros y métodos.
3) De la relación pasado/presente/futuro donde falló, por ejemplo, la sensibilidad del historiador hacia el feminismo, y hacia la relación hombre-medio ambiente, que para la nueva historia, geográfica y económica, se reducía al estudio del dominio de la naturaleza por medio del trabajo, o de los condicionamientos geográficos de la sociedad. La hoy vigorosa historia de las mujeres (y lo mismo podemos decir de la historia ecológica) se desarrolló, por tanto, al margen de *Annales* y del materialismo histórico, sobre todo en sus comienzos, y contra los hábitos pre-teóricos de la persistente influencia positivista.

Aunque donde la derrota de la historia, como parte de las ciencias sociales, ha sido más notoria es en la incapacidad para comprender, y tanto más para prever, las revoluciones de 1989-1991 y la transición del socialismo al capitalismo en el Este europeo, que han trastocado el sentido progresivo de la historia del siglo XX. La historia científica supo asimilar el marxismo historiográfico, pero resultó incompetente para analizar y explicar las realizaciones históricas del marxismo político.

Éstas y otras anomalías impugnan el paradigma común de la historia como ciencia social, y provocan reacciones diversas, internas y externas, que están contribuyendo, directa e indirectamente, desde los años 70, a perfilar un nuevo consenso historiográfico. Proceso de gestación, y también de dispersión e incertidumbre, cuyo buen final no está para nada garantizado. Existe también la alternativa de la marginalidad: una historia cada vez más alejada de las ciencias sociales -y naturales- y más próxima a la ficción o al interés erudito de una excelsa minoría, una historia con dificultades crecientes para hacer ver su utilidad social y su papel capital en la educación de los ciudadanos y en la investigación.

En el capítulo de las reacciones internas a la crisis del paradigma común, reseñaríamos como más llamativas: a) los retornos de los géneros tradicionales (historia política, biografía histórica, historia-relato), que desde el período de entreguerras creíamos ajenos a la historia científica, o sea, la "historia historizante" que parecían haber derrotado Bloch, Febvre y Braudel; b) el conservadurismo academicista de varia orientación, que quiere mantener el paradigma historiográfico del siglo XX, simulando que nada pasa o argumentando, defensivamente, que es mejor repetir indefinidamente el saber acumulado que la fragmentación y la nada; c) el revisionismo historiográfico, que, aprovechando la coyuntura ideológica de los años 80, pretende para dar la vuelta a la historiografía de las revoluciones sociales de la modernidad (francesa e inglesa, mayormente), y de las dictaduras implantadas en el período de entreguerras en Alemania, Italia y España.

Externamente, anotemos cómo la ideología posmoderna influye sobremanera en la historiografía actual. La crítica despiadada de la idea del progreso -base filosófica común del paradigma de los historiadores contemporáneos- y el "todo vale" metodológico animan a bastantes historiadores a instalarse cómodamente en la fragmentación actual de la historia, considerando incompatible la presente libertad de temas, géneros, métodos y teorías con la vigencia de cualquier "paradigma unificador". El carácter más destructivo que constructivo del posmodernismo frena sus efectos, y lo inutiliza como alternativa historiográfica[7].

Los acontecimientos de 1989-1991 parecieron, en un primer momento, darle la razón a los predicadores del fin de los intentos modernos de transformar el mundo, para, en cierto sentido, quitársela de inmediato con la paradójica vuelta al poder de los ex-comunistas en casi todos los países del Este mediante elecciones. Este rápido y contradictorio proceso se reprodujo con la proclamación del "final de la historia" que hizo en 1989, antes de la caída del muro de Berlín, Francis Fukuyama, asegurando que la modernidad había llegado a su destino con la generalización, como única alternativa, de la democracia liberal. La respuesta justamente airada de los historiadores de profesión a una propuesta que choca con nuestro conocimiento de la historia -y cuestiona asimismo la continuidad de nuestra profesión-, no ha de ocultarnos la mayor enseñanza del debate sobre el "final de la historia" (y que también es deducible de la crítica posmoderna): el agotamiento de la teoría progresiva de la historia, concepto fatalista de una historia que avanza hacia un final feliz previamente fijado.

[7] Denominar posmoderna a toda nueva historia es doblemente erróneo, olvida las implicaciones filosóficas últimas del posmodernismo, y pasa por alto la modernidad de la nueva historia, sea *annaliste*, sea marxista.

3

Es una falsa alternativa decir que la historia, como no puede ser una ciencia "objetiva" y "exacta", no es una ciencia.

El lento redescubrimiento, a lo largo de los últimos veinte años, del rol del sujeto en la historia y del libre albedrío del historiador en su trabajo, entre la cenizas de la vieja historia objetivista, economicista y estructuralista, sembró, una vez más, de dudas a la profesión acerca de la cientificidad de la historia como disciplina capaz de reproducir el pasado "tal como fue". La pervivencia de este concepto eminentemente positivista de la ciencia y de la historia según Ranke, entre los historiadores de formación *annaliste* y/o marxista, está por ende facilitando extraordinariamente el retroceso de la historia: bien hacia la literatura, exacerbando la subjetividad del historiador, bien hacia un nuevo presentismo sin pretensiones de cientificidad, que opone el compromiso social del historiador a su tarea como investigador.

La dudas prácticas del historiador sobre la vieja objetividad, sus certezas sobre el relativismo del conocimiento histórico, que en realidad lo aproximan a la última filosofía de la ciencia, son paradójicamente percibidas por la comunidad de historiadores -impregnada de positivismo- como un alejamiento de las ciencias naturales, como una vuelta a las humanidades clásicas, con lo que se hace tabla rasa de avances fundamentales de la historiografía del siglo XX. La contradicción se resuelve fácilmente -en teoría, porque es muy difícil trabajar guiados por conceptos relativos- reformulando la ciencia histórica de acuerdo con los últimos avances epistemológicos de las ciencias sociales y, singularmente, de las ciencias naturales.

4

La redefinición de la historia como ciencia y la nueva física.

¿El concepto de historia debe cambiar al mudar el concepto científico de la realidad? Pensamos que sí. El siglo XX ha supuesto el fin de la mecánica

newtoniana a manos de la física cuántica y de la teoría de la relatividad, sin embargo el objetivismo y el absolutismo de la vieja mecánica ha seguido condicionando largamente la joven ciencia histórica. El principio de indeterminación (Heisenberg), el principio de complementaridad (Born), la complejidad y el caos, reintroducen el sujeto en el proceso, y el resultado, de la investigación y relativizan de tal manera la verdad científica, que dejan en evidencia todas las prevenciones de los historiadores, y de otros científicos sociales, hacia el peso de la subjetividad en sus obras. El acercamiento real entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias sociales (y entre las ciencias físicas y las humanidades), ahora mucho más compatibles que a principios de siglo, ha sido por el momento más reconocido por los científicos "duros" (el éxito del objetivismo relativo de Kuhn se explica también por ello) que por los humanistas que desde los tiempos del positivismo (Comte) buscaron, y encontraron, en las ciencias de la naturaleza, una referencia epistemológica y metodólogica científica segura.

A finales de siglo se impone un concepto de ciencia que pone término a la separación positivista objeto/sujeto[8], ¿puede la historia permanecer ajena a esta revolución científica, cuando su propia práctica la llevado a concluir que no existe una verdad absoluta al margen del observador actual y del sujeto histórico? La historia es, o puede ser, tan objetiva como la nueva física. La nueva ciencia con sujeto no es menos sino más científica que la vieja ciencia (objetivista) del positivismo. Roto, hace ya tiempo, el consenso historiográfico sobre una definición y una práctica objetivista de nuestra disciplina, sólo se podrá recomponer asimilando los historiadores la nueva racionalidad científica, de signo relativista y transdisciplinar, que va a caracterizar el siglo XXI. La reconstrucción del paradigma común de los historiadores, sin el cual la historia será incapaz de superar el desmigajamiento actual y recobrar su papel en la sociedad, requiere tomar nota de los cambios paradigmáticos en el conjunto de las ciencias sociales, y en la concepción general de la ciencia, dictada ayer como hoy por las ciencias

[8] Para algunos se trata de una revolución paradigmática más importante que la del siglo XVII, Edgar MORIN, *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, 1994 (París, 1990), p. 156.

de la naturaleza (prueba de que la ciencia no ha abandonado sus bases de partida materiales, realistas). Conforme la epistemología y la metodología de las ciencias "duras" y "blandas" se aproximan, los consensos paradigmáticos devienen más inclusivos.

5

La historia de la humanidad no avanza hacia una meta fijada de antemano, pero tampoco tiene vuelta atrás.

El estudio del pasado, a partir de los problemas del presente, es un criterio compartido por los historiadores, que justifica la utilidad social de la historia en la lucha de la humanidad por un futuro mejor. Esta idea ilustrada, ingenua y optimista, del progreso indefinido, según la cual el desarrollo científico-técnico engendra una sucesión de formas sociales cada vez más avanzadas, ha chocado primero con las guerras mundiales y los horrores políticos (Auschwitz, Gulag), y más recientemente con una conciencia generalizada del deterioro irreversible del medio ambiente, y de la evidencia de que el bienestar económico sólo favorece a una minoría de países industrializados y condena al resto de la humanidad a la miseria. La religión laica del progreso indefinido ha sufrido su último golpe con la caída de los países del llamado socialismo real, que decían estar construyendo una sociedad final comunista y que ahora buscan en el régimen social pre-revolucionario, en el capitalismo, la solución a sus problemas económicos y sociales, sin demasiado éxito por lo demás.

No existe una meta preestablecida de la historia de la humanidad como se creyó durante siglos (el juicio final de la historia providencialista, la democracia liberal de Hegel-Fukuyama, la sociedad sin clases de Marx), igual que no existe una verdad científica fija y permanente. Tampoco está garantizado que la evolución social vaya de peor a mejor al desarrollarse la economía, la ciencia y la técnica. El sujeto de la historia es más libre, y el futuro está más abierto, de lo que podíamos sospechar. Lo cual no quiere decir que el progreso se haya acabado, que la humanidad no deba plantearse ambiciosos objetivos -móviles-, que el proyecto de la modernidad haya

llegado a su fin, sea porque ya se ha realizado plenamente (Fukuyama), sea porque nunca se va a llevar a cabo (posmodernismo), sea porque nos encaminamos hacia una sombría "Nueva Edad Media"[9].

La historia nos ha enseñado que los sentimientos de confusión e incertidumbre acompañan a los períodos de transición, y que éstos rematan tarde o temprano con la implantación de nuevas realidades (y de nuevos paradigmas). Por otro lado, el único progreso histórico que ha habido es el progreso relativo: ni absoluto ni lineal ni inexorable; medido desde el presente y no desde el futuro (salvo para viajeros del tiempo). Un futuro, pues, abierto a diversas alternativas. Y un pasado que nunca vuelve. Una nueva idea racional -no teleológica- del progreso que seguirá incluyendo rupturas y revoluciones -políticas y sociales, culturales y científicas-, que coloca al sujeto en el centro de la historia, que reconoce el papel movilizador de las utopías pero no las confunde con las ciencias.

6

Sin el sujeto, del pasado y del presente, no es posible una historia objetiva.

La redefinición de la verdad científica que, incluyendo al sujeto observador, realza la función del historiador en el proceso de la investigación histórica, viene a darle la razón a determinados paradigmas historiográficos del siglo XX, como la historia-problema de *Annales* o la función clave de la teoría en el materialismo histórico, cuya aplicación ha resultado obstaculizada por la pervivencia de la creencia positivista entre los historiadores. El nuevo concepto de objetividad relativa va incluso epistemológicamente más allá de la vieja historia explicativa, al restaurar el sujeto fuerte como fuente de objetividad (la comunidad científica de Kuhn como factor definitorio de lo

[9] Alain MINC, *La nueva Edad Media. El gran vacío ideológico*, Madrid, 1994 (París, 1993); el uso de la imagen peyorativa que sobre la Edad Media tenían renacentistas, humanistas e ilustrados, denuncia hasta que punto, pese a todo, seguimos pensando con los esquemas de la modernidad.

que es o no es objetivo), al fundir objeto y sujeto, postulando que no tienen vidas separadas. Corresponde científicamente al historiador, individual y colectivo, trabajar con los datos para explicar e interpretar, para buscar la causa y el sentido de los hechos históricos, para construir teóricamente su objeto e investigar empíricamente, como vienen haciendo los científicos "duros" y muchos científicos sociales. La continuidad de los malos hábitos del positivismo (que hace desaparecer ilusoriamente al sujeto-observador) contradice las aportaciones más audaces e inéditas de los fundadores del paradigma historiográfico del siglo XX, la práctica historiográfica vigente, la recuperación plena de la cientificidad de la historia.

La derivación de la escritura de la historia, desde los años 70, hacia una historia del sujeto mental, antropológico, cultural, y más recientemente hacia una historia del sujeto individual, ha hecho olvidar el sujeto colectivo, social, de la historiografía social angloamericana, relegado en la investigación histórica[10], a causa de la depresión ideológica pos-1968, primero, y de la "ola conservadora" de los años 80 después, hasta que fue rescatado para el debate historiográfico por los revisionistas, desde un punto de vista contrario, y también por la historia inmediata. 1989, es, de nuevo, la fecha clave, el año del Bicentenario de la Revolución Francesa y de las revoluciones democráticas en el Este.

El retorno de la revolución y del protagonismo político de las masas en Europa oriental, entre 1989 y 1991, vivido en directo a través de la televisión en todo el mundo, es el retorno del sujeto fuerte de la historia que la historiografía del viejo paradigma, sea *annaliste* sea marxista, había finalmente dejado de lado, al compás de la coyuntura intelectual, fiel a una historia económico-social estructural o a una historia de las mentalidades (y sucesores) ajena a la historia social[11].

[10] El desinterés por los conflictos, las revueltas y las revoluciones, ha sido mayor entre los historiadores medievalistas y modernistas, que entre los historiadores contemporaneístas.

[11] Carlos BARROS, "Historia de las mentalidades, historia social", *Historia Contemporánea*, Bilbao, nº 9, 1993, pp. 111-139; "Historia de las mentalidades: posibilidades actuales", *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, pp. 49-67; "La

Esta emergencia conjunta del sujeto fuerte de la nueva epistemología científica y del sujeto fuerte de la historia reciente, no es casual, avisa de que estamos entrando en la era del pos-posmodernismo, anuncia las pre-condiciones para una nueva ilustración. ¿Qué vincula la revalorización colectiva del investigador, de una parte, y del agente histórico, por la otra? La respuesta está en otro punto incumplido del programa *annaliste*-marxista, la "historia humana" de Bloch y de Gramsci, los hombres haciendo y decidiendo su propia historia, tanto la historia de la ciencia como la historia de los hechos.

Contemplar el sujeto y el objeto de la historia como una misma realidad, es un principio fácil de enunciar pero difícil de aplicar, según los esquemas metodológicos y ontológicos heredados. Todo un reto para los historiadores del futuro.

7

De la determinación económica simple a la determinación global y compleja, concreta y revisable, de los hechos históricos.

El paradigma objetivista y estructural en activo -según Kuhn, ningún paradigma deja de estar vigente hasta que es plenamente sustituido- ha primado el determinismo de la economía, incluso de la geografía, cuando se trata de explicar los hechos históricos, en detrimento de la causalidad subjetiva de la lucha social, orillando otras dimensiones que condicionan asimismo la realidad pasada como la mentalidad y la cultura, la política y el poder, los individuos y las instituciones; determinaciones con las cuales el historiador se encuentra todos los días en sus investigaciones.

contribución de los terceros Annales y la historia de las mentalidades. 1969-1989", *La otra historia: sociedad, cultura y mentalidades*, Bilbao, 1993, pp. 87-118.

La reacción subjetivista contra la prioridad de la historia económica, infraestructural, ha llevado -aunque no siempre[12]-, siguiendo la ley del péndulo, a subrayar la indeterminación de los acontecimientos históricos. Al punto que la historia sería el reino de la contingencia absoluta: un sujeto sin objeto. Así, en un primer momento, la historiografía se desinteresó por la investigación de las causas y de las explicaciones, para negar, más adelante, la posibilidad de conocerlas, al tiempo que volvían los enfoques más tradicionales de la historia y se renovaba otra idea de origen neopositivista: la imposibilidad de aprehender la realidad más allá del discurso (el *linguistic turn* en su versión más radical).

Nuestra propuesta es superar la polémica determinación/ indeterminación llevando a cabo "un análisis concreto de cada situación histórica concreta" con el fin de averiguar, sin rígidas posiciones previas, el grado posible de determinación de un hecho histórico que, como sabemos, depende de las fuentes conservadas, los métodos de investigación, los conocimientos no basados en fuentes, las hipótesis y teorías que utilice el historiador. El resultado es, obviamente ,revisable en la medida en que los factores subjetivos de la investigación varíen.

La búsqueda prioritaria de las causas de la historia en su base material, se ha revelado como un enfoque claramente insuficiente, y en ocasiones erróneo. Toda metodología no reduccionista ha de perseguir, pues, la determinación global de los hechos históricos, más allá de los esquemas simplificadores y separadores (objeto/sujeto, base/superestructura, economía/política/cultura) propios del impugnado paradigma objetivista, economicista y estructuralista. La investigación específica nos dirá, en cada caso, el grado de complejidad de la combinación de las determinaciones.

La realidad histórica suele ser más compleja que nuestras metáforas mecánicas, la imposición de éstas nos aleja, en consecuencia, del objeto de estudio; cierto, pero no siempre es así, los esquemas simples pueden hacer plausible en algunos casos una descripción, incluso una explicación, toda vez

[12] Otros colegas, deudores todavía del viejo esquema simplificador, proponen reemplazar la historia económica por la historia política, o por la historia cultural, como factores principalmente determinantes de la historia.

que la complejidad incluye la simplicidad[13]. Así es como mantiene cierta vigencia la determinación económica de la realidad social, política y cultural, no pocas veces demostrada por la historia y otras ciencias sociales en investigaciones concretas. El problema por resolver, en cada caso, es cómo articular globalmente la economía con las restantes dimensiones, que, además de estar en interacción con ella, viven en su interior: la política y la mentalidad también forman parte de la vida económica y material, y viceversa, de ahí la invariable incapacidad de la metáfora rígida del edificio de tres plantas (economía/política/cultura[14]) para comprender cabalmente, y aun para describir correctamente, la mayor parte de las veces, el mundo pasado. La determinación económica es también, habitualmente, una determinación global y compleja.

8

Lo que decide que un tema de investigación o un género historiográfico sea válido o no, es la aportación del historiador: los problemas planteados, los métodos aplicados, los resultados obtenidos.

El paradigma objetivista atribuyó al objeto, al tema de investigación, una función excesiva, incluso "mágica", en la legitimación de la cientificidad o de la utilidad social de una obra de historia. Las grandes innovaciones historiográficas del siglo XX fueron, en primer lugar, innovaciones temáticas. En cada época historiográfica se privilegió una forma de historia. A la historia política siguió la historia económica-social, y a ésta la historia desde el sujeto (mentalidades, antropología histórica, nueva historia cultural), cerrándose el círculo, y el siglo, con la vuelta de la historia política (en bastantes casos con nuevos enfoques). En general, se han obtenido buenos resultados en cada uno

---

[13] Un ejemplo es la mecánica newtoniana, todavía útil entre la microfísica y la macrofísica.

[14] Este sistema tripartito, surgido del desdoblamiento de la superestructura del sistema bipartito base / superestructura, tiene variantes: economía / sociedad / cultura, economía / sociedad / política...

de estos géneros temáticos de la historia, bajo la influencia de las correspondientes ciencias sociales: ciencia política, psicología, antropología, sociología, economía, etc. Ya no vale primar o descalificar a priori, sin antes analizar los problemas planteados, los métodos aplicados y los resultados obtenidos, un tema o un género historiográfico[15]. La mayor parte de los campos historiográficos que en este fin de siglo, a modo de recapitulación y resumen, están encima de la mesa del historiador, han obtenido ya su carta de naturaleza en el mundo de la historia profesional.

Esta amplitud de objetos sin precedentes es una conquista irreversible de la historiografía contemporánea. El ensanchamiento del tipo de fuentes utilizadas (de la documentación escrita a "todos los documentos", según la expresión de Febvre), fue seguido de tal alargamiento del territorio temático del historiador, que se hace, ahora, dificultoso descubrir nuevas parcelas historiográficas, y, si bien el presente -y el futuro- van a continuar sugiriendo nuevas materias de estudio, debemos de concluir que el centro de gravedad de la renovación historiográfica se desplaza hacia enfoques más metodológicos y teóricos.

El primer problema teórico por resolver con espíritu innovador es, justamente, el de la fragmentación de la historia en múltiples objetos[16] desconectados entre sí. La incompetencia de la historiografía del siglo XX para ofrecer una explicación de conjunto, unitaria, del pasado de los hombres, ha quedado patente donde sus avances son más manifiestos: la diversificación temática. La paradoja está en que bajo la variedad en aumento de especialidades y subespecialidades, subyace de alguna forma la búsqueda de una historia total (entendida como horizonte utópico), la idea de que hay que estudiarlo "todo"; el precio pagado fue quedarnos sin lo fundamental:

---

[15] Raphael SAMUEL, *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, 1984 (Londres, 1981), p. 64.

[16] Los grandes géneros historiográficos citados (historia económica, historia social, historia mental, historia política) son a su vez divisibles, y aún habría que añadir otros como la historia de los géneros, del medio ambiente o de la sexualidad; la transición historiográfica en la que estamos inmersos, el declive del viejo paradigma común y de las escuelas anexas, ha disparado todavía más esta dinámica de dispersión.

una investigación global de la historia de los hechos, períodos temporales o civilizaciones del pasado.

9

De la necesaria pluralidad de la innovación metodológica.

El paradigma historiográfico del siglo XXI está obligado a ser más global y transnacional que el paradigma historiográfico del siglo XX. Una mayor interrelación entre cultivadores de distintos tipos de historia, y entre historiografías nacionales, acabaría con ese prejuicio académico de descalificar las vías de renovación historiográfica ajenas a la propia. No se trata solamente de predicar la tolerancia -virtud intelectual cuya ausencia tendría que encender todas las señales de alarma-, la cuestión es que la pluralidad innovadora en el método es, en este momento, imprescindible para la recomposición del paradigma común de los historiadores, y para avanzar de nuevo, desde las múltiples variedades historiográficas, hacia un terreno común, única forma de conseguir que la disciplina reconstruya finalmente sus señas unitarias de identidad.

En tiempos de la hegemonía objetivista, la metodología cuantitativista venía siendo el paradigma de la exactitud[17] y de la cientificidad; ahora mismo, el retorno de los métodos cualitativos, corre el peligro de llevarnos al otro extremo; lo más avanzado sería, desde luego, una combinación de métodos cualitativos y cuantitativos si el tema, las preguntas y las fuentes, lo exigen y/o lo facilitan.

El método cualitativo por excelencia de los historiadores, es la narración. Denostada como paradigma de una historia tradicional tachada -no sin razones- de superficial, descriptiva y acontecimental, por la nueva historia *annaliste*-marxista, la historia narrativa vuelve, a mediados de los años 70, como índice de la crisis de la historia científica (Stone), siendo

---

[17] Hay con todo un cierto malentendido: la historia cuantitativa incorpora la incertidumbre al trabajar con series de las que, tratadas estadísticamente, sólo se pueden inferir conclusiones probables.

posteriormente asimilada por ésta a marchas forzadas. Autores representativos como Georges Lefebvre y Jerzy Topolsky han defendido, hace ya tiempo, una historia-relato explicativa[18], más allá de la infrahistoria vulgarizadora, y filósofos como Paul Ricoeur han argumentado, en la misma dirección, que toda historia es relato, incluido la *Méditerranée* de Fernand Braudel, obra paradigmática de la macrohistoria estructural de larga duración.

La verdad es que, prejuicios aparte, todos los historiadores empleamos de algún modo el relato, la conexión narrativa, para dar forma a nuestras investigaciones, ¿cuántas veces las conclusiones no adoptan su forma final hasta el momento de la redacción? La buena o la mala historia, tanto si nos referimos a la calidad como a la orientación, depende más del fondo que de la forma: es posible una historia narrativa no positivista, global y socialmente útil. No necesariamente una forma narrativa ha de conllevar un trasfondo de historia conservadora.

Una de las últimas vías de renovación historiográfica del paradigma objetivista, economicista y estructural, que no renuncia a la historia explicativa ni al relato histórico, está en la reducción de la escala de observación: la microhistoria (algo muy distinto de la vieja historia local). Pero, paralelamente, mediante la historia comparada -antiguo proyecto crítico alentado por Bloch, que no llegó a formar parte del paradigma común de la posguerra-, se nos propone otra manera de hacer macrohistoria. La conexión entre la microhistoria y una macrohistoria renovada, está por realizarse, así como, en general, las investigaciones históricas verdaderamente globales (más allá de la caricatura mecanicista de los tres niveles). El cambio de escala, micro/macro, la articulación de los espacios (y de los tiempos), pueden ser excelentes caminos para la globalización metodológica y teórica de la historia, para la rectificación de uno de los aspectos más negativos de

[18] No es casual que el concepto de la historia utilizado por Kuhn para revolucionar la filosofía de la ciencia sea narrativo-explicativo, véase "Las relaciones entre la historia y la filosofía de la ciencia", *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, México, 1983 (Chicago, 1977), pp. 32-33, 39.

la rica -por complementaria- evolución de la historiografía finisecular: la fragmentación de los objetos y de los métodos.

10

El éxito del nuevo paradigma dependerá de su capacidad para generar y aplicar estrategias globales de investigación.

La mayor anomalía con que se ha topado el consenso historiográfico del siglo XX, es la imposibilidad de llevar a la práctica el principio de historia total. Citada ritualmente por los historiadores, se ha ido convirtiendo en el paradigma compartido más abstracto: según se ha alejado de la práctica historiográfica, la historia total ha devenido más absoluta e inalcanzable, en suma, más idealista. Cortar este círculo vicioso es condición *sine qua non* para salir definitivamente de la actual crisis de crecimiento y desagregación de la historia.

Cada vez sabemos más de menos cosas. Esta tendencia general del conocimiento científico, junto con el fracaso de la historia total, ha encauzado la creatividad de los historiadores hacia una creciente especialización. Aunque, últimamente, emerge con gran fuerza la tendencia contraria, hacia una convergencia disciplinar y global (la investigación por parte de filósofos y físicos de una teoría unificada de las fuerzas físicas, es un notorio ejemplo), que también se hace sentir en la historia profesional. Muchas de las aportaciones recientes más novedosas son, si nos fijamos bien, fruto del mestizaje de géneros y metodologías[19]. El contexto presente de transición paradigmática nos ofrece, juntamente, el problema y la solución.

Se trata de dar la vuelta a la historia total, poniéndola sobre los pies, transformando su contenido (y tal vez su nombre). Hay que llevar este viejo concepto paradigmático de lo absoluto a lo relativo, de la idea a la práctica, de la teoría a la metodología, de la certeza a la experimentación, del punto de llegada al punto de partida de la investigación; para lo cual es preciso

---

[19] Por ejemplo, la fusión de la historia social con subdisciplinas "superestructurales" como la historia de las mentalidades, la historia cultural, la historia política.

promover síntesis de géneros historiográficos, convergencias de líneas de trabajo, aproximaciones globales, enfoques de conjunto, es decir, estrategias globales de investigación. Todo aquello que el fracasado paradigma compartido de la historia total ni ha impulsado ni ha permitido impulsar, a lo largo del siglo XX, salvo valiosos ejemplos que quedaron aislados, y que nunca fueron más que aproximaciones globales.

En este grandioso archipiélago en que se ha ido convirtiendo la historia del siglo XX, lo que faltan son puentes, vías de comunicación, y otras conexiones interhistóricas, que hagan posible juntar islas para hacer continentes historiográficos, que nos hagan olvidar la espera pasiva del advenimiento de una historia total sacralizada. La puesta en práctica, previo proceso de secularización y relativización, de una nueva noción de historia global, implicará un esfuerzo continuado de renovación historiográfica, que ha de atravesar la superespecialización académica. Sobre la base de una experiencia colectiva de aproximaciones globales al pasado humano, es menester reconstruir teóricamente un concepto de "totalidad" histórica liberado de toda carcasa kantiana, y de las divisorias, positivistas y mecanicistas, del tipo objeto/sujeto o infra/supraestructura, un concepto renovado y adecuado, por tanto, al nuevo paradigma científico general, más relativo, ergo más verdadero.

La historia como disciplina científica no puede permitirse el lujo de renunciar a la comprensión global del pasado. El papel de la historia en la sociedad, en la educación y en la investigación, es inversamente proporcional a su desmigajamiento disciplinar. Una piedra de toque del nuevo paradigma historiográfico será, en conclusión, su aptitud para crear y aplicar estrategias globales de investigación, y de divulgación, de los hechos de la historia.

11

Para reforzar la cooperación de la historia con otras ciencias, es preciso avanzar en su unificación interna como ciencia de los hombres en el tiempo.

No se puede prescindir de la interdisciplinaridad para discernir la potencia innovadora del paradigma historiográfico del siglo XX. De la geografía, la economía, la demografía, la sociología, la antropología, la psicología, la ciencia política, han salido muchos de los temas y métodos que han aplicado con éxito los nuevos historiadores de *Annales* y del marxismo occidental, sin por ello dejar de moverse en un paradigma historiográfico común (la interdisciplinaridad es uno de sus componentes más relevantes). Y algo parecido se podría decir de las mencionadas disciplinas, que han acudido a la historia para aprehender su dimensión temporal, engendrando subdisciplinas mixtas, a menudo con investigadores de doble procedencia: geografía histórica, historia económica, demografía histórica, sociología histórica, antropología histórica, psicología histórica[20], nueva historia política. La necesidad que hemos planteado, al inicio de este ensayo historiográfico, de que los historiadores vayan al encuentro de la historia/filosofía de la ciencia, prueba que tampoco en el terreno de la epistemología histórica, y de la relación con las ciencias físicas[21], la historia puede prescindir del diálogo inter y transdisciplinar, más bien ha de intensificarlo, como un signo de los tiempos, al igual que las restantes ciencias naturales y sociales.

Mantener y acrecentar la cooperación de la historia con las ciencias sociales (y aun naturales) es, por consiguiente, inexcusable, para luchar contra la marginación de la historia como disciplina académica y social. Los rápidos cambios de denominación, de lo interdisciplinar (cooperar) a lo pluridisciplinar (converger), de lo pluridisciplinar a lo transdisciplinar

[20] Historia de las mentalidades en Francia, psicohistoria en Estados Unidos.

[21] Verbigracia, la historia ecológica que precisa de los conocimientos que la física y la biología proporcionan sobre el medio ambiente.

(atravesar y transcender), ponen en evidencia una actividad científica que busca independizarse de los clásicos compartimentos académicos, sin por ello caer en la vieja ilusión positivista de una "ciencia unificada".

La historia no es insensible al clima transdisciplinar, consecuencia directa del auge finisecular del conocimiento científico, puro y aplicado. Así, la revista *Annales* elige como eje de su *tournant critique* (1989), la alianza renovada de la historia con las ciencias sociales, y recompone su comité de dirección, que recupera así el perfil inter y pluridisciplinar que tuvo en sus orígenes, incorporando a un grupo de jóvenes no historiadores. La nueva licenciatura de humanidades en España ilustra, en el terreno de la educación universitaria, esta propensión general al reencuentro de las disciplinas, contrapunto de las tendencias centrífugas de los años 80 (que todavía siguen actuando en el interior de cada disciplina).

En los años 80, la coincidencia de la dispersión, y del decaimiento, del paradigma historiográfico del siglo XX, con un incremento de la colaboración con las disciplinas vecinas, generó en algunos historiadores una reacción contra el peligro de la dilución de la historia en otras ciencias sociales, que condujo a los más radicales a rechazar la interdisciplinaridad, e incluso la definición de la historia como ciencia. El intercambio desigual historia-ciencias sociales no se resuelve, sin embargo, con la involución de la historia, retrocediendo a una historia pre-paradigmática de corte tradicional; se resuelve atacando la raíz del problema. La historia es débil frente a otras disciplinas, porque éstas han estado, y están, mucho más preocupadas por la teoría (la sociología, la antropología o la crítica literaria), y ello les ha permitido actuar de modo "imperialista" en el interior del sistema de las ciencias sociales y humanas, exportando métodos y conceptos, problemas y teorías, con intenciones asimiladoras. Este problema de la historia es tan antiguo como la propia disciplina, y sólo tiene una solución: que los historiadores desarrollemos las consecuencias teóricas y metodológicas de las investigaciones históricas, con los ojos puestos en el conjunto de problemas que tienen las ciencias y las sociedades actuales. Es tan sencillo como dejar de centrar la crítica en los demás (en sus teorías) y ser más autocríticos (desarrollando nuestras propias reflexiones). Hemos llegado a tal extremo

que la interdisciplinaridad que venimos practicando ya no podrá progresar más[22], si antes la historia profesional no recobra un mínimo de unidad interna y de globalidad en su quehacer.

Nada hace más vulnerable a la historia, en el conjunto de las ciencias, que su fragmentación interna. La interdisciplinaridad bien entendida habría de empezar, pues, por nosotros mismos. Una aportación mayor de la historia a las ciencias sociales y humanas, con las que colabora habitualmente -especialmente, en las investigaciones de vanguardia-, requeriría un reencuentro de las múltiples subdisciplinas históricas (de origen académico, temático y/o metodológico) en un terreno común, dicho con otras palabras, una recomposición del paradigma común de los historiadores que no oponga la imprescindible cooperación y convergencia con las ciencias sociales con la, si cabe más urgente, cooperación y convergencia entre las ramas sucesivamente desgajadas del tronco de la historia. Esta suerte de interhistoria que propugnamos, en el marco de la colaboración interdiciplinar historia-ciencias sociales, entraña una mayor preocupación de los historiadores, de todas los campos, por la metodología histórica, por la historiografía, por la teoría de la historia, en definitiva, por el acervo común de la historia. Las demandas crecientes de interdisciplinaridad solamente pueden ser satisfechas por una disciplina histórica consciente de su unidad y de su irreductible singularidad.

12

El futuro de la historia está condicionado por lo que se preocupe la historia por el futuro.

Siguiendo a la Ilustración, que confiaba en la razón para cambiar el mundo, y conseguir de esta manera el bienestar de la humanidad, la historiografía predominante en el siglo XX se autodesignó como objetivo: estudiar el pasado a fin de comprender el presente, y de construir un futuro

[22] Más bien puede retroceder, al perder el principio de interdisciplinaridad consenso como parte principal del paradigma común de los historiadores.

mejor. El materialismo histórico insistió más en la contribución de la historia a un proyecto de trasformación social, cara a un futuro que se sabía socialista, y la escuela de *Annales* puso más el acento en la conexión epistemológica pasado-presente (comprender el presente por el pasado, comprender el pasado por el presente, escribió Bloch), participando todos de la creencia general en la utilidad social de la nueva ciencia histórica.

La línea de progreso con que los miembros de la comunidad historiográfica, y en general los científicos sociales, unían el pasado con el presente y el futuro, se ha roto con los hechos de 1989, al iniciarse las transiciones europeo-orientales del socialismo real al capitalismo, al entrar por ello conjuntamente en crisis todas las vías de progreso histórico-social de origen ilustrado, previamente socavadas por los nocivos efectos que éstas causaron, a lo largo del siglo XX, en la supervivencia de la especie y de la naturaleza. Y lo que es peor: la historia científica no lo advirtió.

En la medida en que la evolución progresiva hacia la felicidad humana no está asegurada, la historia pierde interés público. Se empuja de este modo al historiador a los márgenes de la sociedad; pronto se pueden volver actuales las críticas, de hace cincuenta años, de los artífices de la revolución historiográfica del siglo XX a los historiadores-anticuarios, ajenos a la vida y a la actualidad (Bloch). El desencanto hacia el presente conduce a buscar refugio en el pasado de dos maneras: la ficción, desde el punto de vista del público (auge de la novela histórica), y la academia, desde el punto de vista de los investigadores (erudición). Para ambos viajes, se quiere "liberar" a la historia de la carga que supone su definición como ciencia preocupada -al igual que las restantes ciencias de la sociedad y de la naturaleza- por el presente y por el porvenir de los hombres.

Pero, mientras el posmodernismo ambiental lleva a los historiadores a la subalternidad, en los debates intelectuales que tratan de sacar conclusiones de los acontecimientos traumáticos de 1989-1991[23], se usan profusamente los datos de la historia, y de la filosofía de la historia, para arrojar luz y polémica sobre el confuso futuro de la humanidad. Es el caso de las controversias

[23] Focalizados más en Estados Unidos que en Europa, donde quizás no hemos superado aún la etapa "destructiva", nihilista, iniciada en los años 70 y acelerada la década posterior.

mundiales principiadas por Francis Fukuyama en *The End of History?* (verano de 1989), y por Samuel P. Huntington en *The clash of civilizations* (1993). El segundo ha desmentido brillantemente la finalista "paz capitalista y liberal" del primero, augurando una inminente guerra mundial de los fundamentalismos religiosos. No siempre son ensayistas -filósofos políticos en los dos casos citados- quienes acuden a la historia para intervenir en el futuro inmediato, también lo hicieron historiadores como Paul Kennedy que, en *The Rise and Fall of Great Powers* (1987), dedicó siete capítulos a analizar, durante cinco siglos, el auge y la caída de las potencias nacionales de cada época, para concluir con un capítulo, titulado "Hacia el siglo XXI", donde sugiere las "perspectivas más probables" de evolución de cada gobierno y del sistema de las grandes potencias en su conjunto.

Nos hallamos ante referencias al pasado y análisis históricos que pretenden incidir en el presente... a través del futuro, que es lo que realmente inquieta a los hombres de hoy. Se tiende, consiguientemente, a sustituir el viejo paradigma pasado/presente/futuro por otra formulación, pasado/futuro/presente, en la que pasa a primer plano aquello que está por venir. Frente al nuevo presentismo que nada quiere saber del futuro y que inmoviliza lo que ahora tenemos, frente a las incertidumbres sobre el mundo que nos aguarda a la vuelta del milenio, el intelectual diligente -el optimismo de la inteligencia- rastrea perspectivas alternativas echando mano del pasado, de los conocimientos que tenemos sobre la evolución -o involución- histórica de las sociedades y de las mentalidades.

Antes decíamos que la historia nos tiene que ayudar a vivir mejor, a transformar la sociedad, a emanciparnos, en una palabra, de un presente ominoso, pero hoy han variado dramáticamente los términos del problema, en especial para la nuevas generaciones: lo más abominable no es ya el presente sino la falta de futuro, de cualquier futuro. Se sabe que el desarrollo científico-técnico seguirá medrando hasta dominar todo el globo, pero también se sabe que de sus ventajas, en Occidente, está excluido el llamado Cuarto Mundo, y masas crecientes de jóvenes -muchos de ellos con formación universitaria, cada vez más- que no tendrán jamás acceso al trabajo; en el Sur, los excluidos son países enteros abocados al hambre y la

superpoblación; y, por doquier, la naturaleza se rebela contra el galopante dominio productivista, cuestionando el sentido de un desarrollo científico-técnico que, una y otra vez, entra en contradicción con los intereses humanos.

Es tarea de la historia, hoy en día, demostrar que siempre hubo futuros plurales; que nada es seguro, que todo cambia, a veces sorprendentemente; que la humanidad en varios milenios ha resuelto históricamente problemas tanto o más difíciles -y con menos medios- que los que ahora tenemos encima de la mesa. Hay pues futuro, porque hay historia. Además, son futuros alternativos. Hay esperanza porque hay historia. Claro que para hacerlo comprender a los demás, debemos antes convencernos nosotros mismos, abandonando el objetivismo mecanicista, con su secuela de fatalismo y conformismo, para encaminarnos hacia un sujeto histórico más libre (que no ha de olvidar sus condicionamientos), y por lo tanto más fuerte, en el pasado y en el presente.

Pensar históricamente el futuro, es luego transformar el presente, empezando por impedir que se repitan los grandes errores del siglo XX: el fascismo, que rebrota en Italia, y el racismo, en ascenso *par tout*; el socialismo sin libertad, que se hundió catastróficamente en 1989; el tribalismo, el nacionalismo agresivo y el fundamentalismo religioso, cuyos mitos e irracionalidades el historiador tiene la obligación de combatir, y que están en el origen de muchas de las guerras que hoy amenazan la paz mundial. Se demanda un nuevo racionalismo, una nueva ilustración, que nos permita seguir progresando, y la historia y los historiadores no podemos permanecer al margen de esa demanda intelectual y social.

Cuando, después de la II Guerra Mundial, se instituyó el paradigma científico de la historia, no era tan necesaria, como lo es ahora, su defensa frente a las disciplinas científico-técnicas, que, en diferente grado y ritmo -según cada país-, desplazan a los saberes históricos y humanísticos de la enseñanza y de la investigación; está en sus inicios un alarmante proceso de desprofesionalización de la historia. De manera que el primer compromiso del historiador preocupado por el futuro, es inquietarse por su propia disciplina: es menester volver a demostrar la utilidad crítica y social de la historia. Para hacer frente al pensamiento tecnocrático, filosóficamente

desfasado, pero políticamente activo, hay que distinguir la historia-ciencia de la historia-ficción, y guerrear por la recuperación de la presencia de la historia en el sistema educativo, en los proyectos prioritarios de investigación y en los medios sociales de comunicación. La aldea global que viene, sin la historia y las ciencias humanas, será el futuro de las cosas, jamás el futuro de los hombres.

13

El historiador del futuro reflexionará sobre metodología, historiografía y teoría de la historia, o no será.

Estuvo muy generalizado desde la epistemología (Piaget, Habermas), la sociología (Durkheim) o el estructuralismo, considerar a la historia como una disciplina no teórica, simple proveedora de datos empíricos para las ciencias sociales y la filosofía. División del trabajo que, aunque nos duela decirlo, el historiador suele aceptar de buen grado, alentado por una tradición empirista de larga duración, originada en el siglo XIX.

Pese a los esfuerzos del materialismo histórico, y de la escuela de *Annales*, la historiografía contemporánea siguió siendo positivista en un punto capital: el desprecio sincero por la teoría, y en menor medida por la historiografía y la metodología; actividades científicas tenidas por secundarias, y se puede decir que casi inexistentes en la obra de muchos de los historiadores que consideramos consagrados. La comparación no llegó a practicarse (hasta que la sociología histórica la retomó); la historia-problema se abandonó en favor de la innovación temática y la colaboración interdisciplinar; la elaboración teórica estuvo prácticamente ausente. Sólo algunos filósofos se han venido preocupado por la teoría de la historia, generalmente sin considerar las aportaciones de los historiadores, sin relacionar la teoría de la historia con la práctica de la historia, contribuyendo así al vigente diálogo de sordos entre la filosofía y la historia.

Las consecuencias del inductismo y del pragmatismo de los historiadores, de la falta de reflexión sobre la historia que se hace, de la carencia de debate sobre sus métodos, sus hipótesis e sus interpretaciones, las

hemos visto ya: fragmentación de temas, métodos y especialidades; retraso y dependencia respecto de otras ciencias sociales; desconexión de una sociedad a la que deberíamos estar ofreciendo, desde la historia: ideas, propuestas y perspectivas a sus problemas.

Este Congreso Internacional *A historia a debate*, es, no obstante, un vivo ejemplo de que algo está cambiando. El interés de los historiadores por la metodología, la historiografía y la teoría de la historia, crece en este complicado fin de siglo. Tal vez porque "conforme crece la ciencia, disminuye el poder de la evidencia empírica"[24], y aumentan unos interrogantes que ninguna otra disciplina, por muy avanzada que esté, nos puede resolver, porque son específicos de la historia. Una historia profesional que, en todo caso, aborda con más facilidad la reflexión sobre el método, o sobre la historia de la historia, que la fabricación y el empleo de hipótesis y de tesis, y de síntesis y de generalizaciones, en las investigaciones, a causa, sin duda, de la formación recibida y del fracaso parcial del paradigma marxismo-*Annales*, ambas cuestiones muy entrelazadas. Sólo la introducción de asignaturas de metodología, historiografía y teoría de la historia[25], desde los primeros cursos de las licenciaturas de historia, para acostumbrar a los futuros historiadores a la reflexión sobre su materia, permitirá equiparar la historia al resto de las ciencias.

La disyuntiva del historiador del futuro es: o dedicar una parte del tiempo[26] de trabajo a conocer y producir obras de metodología, de historiografía y de teoría histórica[27], en competencia (y colaboración) con las

---

[24] Imre LAKATOS, *La metodología de los progamas de investigación científica*, Madrid, 1983 (Cambridge, 1978), p. 33.

[25] En España, en los nuevos planes de estudio, ha comenzado a hacerse, pero no en lo relativo a la teoría de la historia, que sigue considerándose más tarea de filósofos que de historiadores.

[26] Por supuesto que, como en cualquiera otra disciplina científica, la mayor parte del trabajo está y estará relacionada con las fuentes y los datos; los historiadores no corremos el riesgo de olvidar ésto.

[27] El que vayan juntos -método, historiografía y teoría-, es una garantía frente a las recaídas empiristas, y a las huidas hacia adelante del teoricismo abstracto.

disciplinas vecinas; o sucumbir definitivamente a la marginalidad en el seno de la ciencia y de la sociedad. Que sea difícil para el historiador alternar el trabajo empírico con el trabajo teórico, no quiere decir que sea una cosa del otro mundo: la mayor parte de las ciencias sociales y humanas[28] vienen practicand, desde hace mucho tiempo, esta combinación teoría/práctica. Agotada en buena medida la innovación temática, a la historia le queda la metodología, la historiografía y sobre todo la teoría, continente persistentemente ignorado, para seguir progresando y para cumplir con sus responsabilidades científicas y sociales.

Una mayor reflexión sobre lo que hace el historiador redundará en un alza del nivel de la investigación histórica, en una mayor compresión global del pasado, en una mejor interrelación con las restantes ciencias (intercambio igual), en un incremento de la contribución directa de los historiadores a la teoría de la historia (y por consiguiente de la sociedad) que demandan los acontecimientos del siglo XX y los interrogantes del siglo XXI. Solía decirse que si un historiador hacía teoría dejaba de serlo. Si no se desmiente este lugar común, la historia nunca superará la subalternidad respecto de otras ciencias sociales, no sobrevivirá al siglo XX como disciplina científica tal como la hemos conocido, sobre todo, tal como la hemos querido.

14

Por una historia continuamente a debate.

De entrada, el debate no es un uso académico. Los nuevos historiadores, *annalistes* y también marxistas, han reproducido el sistema vertical de la tradición universitaria que transmite el saber jerárquicamente; las lecturas de las tesis doctorales son un buen ejemplo de lo que queremos decir. Sin embargo, en sus orígenes revolucionarios, *Annales* predicaba que el debate y la heterodoxia eran consustanciales con la definición científica de la historia: "en el origen de toda adquisición científica existe el no-

[28] Pensemos, por ejemplo, en la lingüística de Saussure, base de la teoría estructuralista.

conformismo. Los progresos de la ciencia son fruto de la discordia. De la misma manera que las religiones se refuerzan con la herejía de que se alimentan"[29]. Es preciso recuperar este espíritu inconformista, crítico, resucitar la historia-debate, para superar la crisis finisecular de la historia, y también para, después de ello, alimentar el nuevo paradigma común, aprendiendo de la historiografía pasada.

A la comunidad de historiadores le toca decidir sobre los problemas historiográficos que tenemos y sus posibles soluciones, pero ¿cómo hacerlo si las dificultades y las alternativas no se exponen libre y polémicamente? Sin potenciar el debate, es imposible llegar a nuevos consensos[30], y las situaciones críticas -enseña la historia- pueden llegar a pudrirse.

Kuhn ha planteado que, en toda ciencia, el cambio de paradigmas -las crisis, las revoluciones científicas- lleva aparejado un debate[31], pero como no se pueden estar replanteando eternamente los fundamentos de una disciplina, en los períodos que él llama de ciencia normal, cede la rivalidad de teorías, dejan de explicitarse reglas y presupuestos, disminuye el interés por la teoría, y se discuten solamente aquellas cuestiones que no son principales para la práctica de los investigadores[32]. El mismo Kuhn excluye, por descontado, a las ciencias humanas y sociales, de estos períodos "normales" de ciencia sin debate, reconociendo la función creadora de la confrontación y de la crítica permanente, por ejemplo, en filosofía y en historia[33], en lo cual, por cierto,

---

[29] Lucien FEBVRE, *Combates por la historia*, Barcelona, 1975, (París, 1953), p. 34.

[30] Controversias y consensos se están produciendo ya, aunque sus efectos historiográficos están frenados por las propias restricciones de un debate, implícito y fragmentado, que no ha conseguido todavía interesar al conjunto de la profesión.

[31] Thomas S. KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, 1975 (Chicago, 1962), p. 87; *La función del dogma en la investigación científica*, Valencia, 1979 (Nueva York, 1963), p. 22; *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, México, 1983 (Chicago, 1977), p. 297.

[32] Thomas S. KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*, pp. 143, 276-277; *La función del dogma en la investigación científica*, pp. 9, 19, 21.

[33] *La tensión esencial*, p. 34.

coincide con su adversario Popper[34]. Aun en las ciencias naturales, treinta años después de las obras principales de Kuhn, tenemos muy serías dudas de que sea aplicable, en lo relativo a la controversia, una separación tan neta entre ciencia normal y ciencia extraordinaria[35]; la crítica interna que toda disciplina viva tendría que institucionalizar, es hoy, además, una obligación, considerando la velocidad con que los descubrimientos científicos se suceden, al menos en algunas ciencias.

En el caso de la ciencia histórica, la perentoriedad de un debate constante, la historia-debate como parte del paradigma por establecer, más allá por tanto de la urgencia de la crisis actual, surge de la expansión de la historia como disciplina, de su peculiaridad como ciencia de un pasado humano, que es interrogado e interpretado desde un presente y desde un futuro que son móviles -y hacen móvil al pasado investigado-, y de la propia experiencia de los historiadores durante los últimos veinte años. La falta de un debate explícito y suficientemente centrado ha prolongado excesivamente una deplorable situación de equilibrio inestable, donde lo nuevo no acaba de imponerse y lo viejo no acaba de desaparecer, donde las posiciones se polarizan o se dispersan, sin que nadie efectúe y divulgue síntesis sucesivas que aseguren la reformulación del consenso. El desfase entre la práctica plural de los historiadores (fragmentada pero fructífera, innovadora pero recuperadora de viejos géneros) y una teoría, que por inercia sigue remitiendo al paradigma marxista-*annaliste* del siglo XX, es más que evidente. Para corregirlo, hay que debatir a tumba abierta, reconociendo la crisis -sin engañarnos a nosotros mismos con jeremiadas o con dosis extremas de voluntarismo-, y llegar a conclusiones que nos ubiquen en nuevas coordenadas paradigmáticas. Lo cual supone la reimplantación de hábitos de tolerancia hacia las posiciones contrarias, cuyas aportaciones a la

---

[34] *ídem*, p. 296.

[35] Separación que, en cualquier caso, es vital para entender el progreso de la ciencia; lo que queremos decir es que, siendo de distinta entidad, el debate durante las crisis paradigmáticas y el debate durante los tiempos de estabilidad, no cabe subestimar o eliminar el segundo, entre otras cosas porque es la garantía del primero.

recomposición de un paradigma común hay que saber aceptar[36]. La dinámica de rivalidad y cooperación, entre la escuela de *Annales* y el materialismo histórico, que ha hecho viable la victoria del paradigma historiográfico del siglo XX, es la mejor prueba de lo que estamos defendiendo: las divergencias fructíferas son una elemental exigencia de una historiografía sana.

15

La madurez de un paradigma está en las escuelas que lo animan.

La crisis de crecimiento y, juntamente, paradigmática, por la que atravesó la historiografía mundial en los años 80, desagregó su paradigma común y provocó tendencias centrífugas que disgregaron sus componentes, divorciando las historiografías nacionales y las grandes escuelas del siglo XX.

Junto con el debilitamiento y el cuestionamiento de los paradigmas compartidos que les concedían funcionalidad, relaciones mutuas y autoridad conjunta, la escuela de *Annales* y la escuela marxista de historia social, siguiendo -y animando- la tónica general, se diversificaron internamente durante la última década, fueron objeto de una acerba crítica externa e interna[37], y se distanciaron entre sí, de suerte que hoy muy pocos mantienen, o aceptan, que sigan siendo escuelas historiográficas con cabezas de fila, programas unificados de investigación, disciplina y órganos de expresión.

En la dirección colegiada de la revista *Annales* reina en la actualidad una diversidad -rica- de líneas historiográficas, que tienen su punto de encuentro en la relación con el exterior: la interdisciplinaridad. Esta falta de nexo interno, es más evidente conforme ampliamos el círculo al *Centre de Recherches Historiques* de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, y, por último, a las universidades francesas. El fraccionamiento de la escuela de

[36] El miedo a caer en el eclecticismo se puede superar leyendo -o releyendo- lo que Hegel y Marx nos enseñaron en cuanto a lógica dialéctica, hoy reflotada por la teoría de la complejidad y los repetidos fracasos de los determinismos estrictos.

[37] Carlos BARROS, "La 'Nouvelle Histoire' y sus críticos", *Revista d'Història Moderna. Manuscrits*, nº 9, 1991, Barcelona, pp. 83-111.

Annales, nacida en 1929, no es más que una consecuencia -y una causa- de la dispersión general de la historioa en el último tercio del siglo, que afecta también, sobremanera, a los historiadores próximos al marxismo. El nacimiento en 1976 de *History Workshop*, las polémicas entre E. P. Thompson y Perry Anderson -y otros- sobre el estructuralismo (1978-1980), y entre Lawrence Stone y Eric J. Hobsbawm sobre el retorno de la narrativa (1979-1980), marcan las tensiones de una diversificación que pronto se convertirá en críticas a la historia social que representa *Past and Present*[38], revista que, a fin de cuentas, nunca tuvo un carácter de escuela tan delimitado como *Annales*. En ambos casos, el resultado es el mismo, un *big bang* inicial y una expansión posterior que terminó por fragmentar y enfrentar a las partes.

Se ha generalizado, en total, entre los historiadores, la creencia de que las grandes escuelas del siglo XX son ya cosa del pasado, tradiciones de referencia[39] pero ya no escuelas activas[40]. La mejor referencia que tenemos de una tradición historiográfica no organizada como escuela, es el positivismo. El marxismo y *Annales*, en este momento, en los años 90, se parecen más a las viejas tradiciones pre-paradigmáticas, suerte de tendencias difusas, que a verdaderas escuelas de pensamiento y acción historiográfica. Es curioso observar como, a medida que la rivalidad se impone a la cooperación entre ambas escuelas, muy pocos se dan cuenta -de ahí la importancia de las dos primeras tesis de nuestra propuesta- de que las crisis sufridas por la historiografía marxista y por *Annales*, guardan una íntima relación, van paralelas en su fase final y remiten ambas a una crisis general del paradigma

[38] Desde finales de los años 70 se la critica, incluso desde el marxismo, por perder el espíritu innovador, mostrándose conservadora ante la historia de la familia, la historia de las mujeres, la historia oral; por abandonar la historia política, los enfoques cualitativos y la historia-problema; por ser débiles ante la tradición *whig* de la historiografía británica, moralista, liberal y positivista....

[39] "Conversaciones con Roger Chartier", *Manuscrits*, 11, 1993, p. 39.

[40] En su nueva etapa, *Annales*, acusando la críticas recibidas, ni siquiera se define como una escuela sino como un lugar de experimentación: "Histoire et sciences sociales: un tournant critique", *Annales*, 6, 1989, p. 1317.

común, a su vez influida por los cambios del paradigma científico global, y por las trasformaciones socioculturales y políticas finiseculares.

El decaimiento del paradigma común y de las grandes escuelas que lo sostenían, en un contexto de desarrollo de la historiografía mundial, ha engendrado fenómenos hasta cierto punto contradictorios: 1) El individualismo historiográfico, alentado por la necesidad y/o el gusto por el currículum académico, y por el auge del individualismo como mentalidad colectiva en los años 80. 2) Un mayor peso de las tradiciones historiográficas "naturales", que identifican a los investigadores por encima de cualquier anterior referencia paradigmática o de escuela: a) el área de conocimiento, conforme a los esquemas convencionales de clasificación universitaria (en Europa occidental: historia antigua, medieval, moderna y contemporánea); y b) las historiografías nacionales. 3) La tendencia a la mundialización de la historiografía, sobre la base de una intensificación de los contactos internacionales; proceso de interrelación que afecta a un minoría, pero que tiene a su favor la aceleración del mundo presente hacia la "aldea global", en todos los ámbitos de la vida.

La revitalización de la historia como ciencia social reclama un rol activo de la comunidad de historiadores alrededor de un programa historiográfico, reclama proyectos colectivos más allá de los marcos académicos y también nacionales -por supuesto, ambos ineludibles-, reclama *combates por la historia* del estilo de las escuelas historiográficas que hemos heredado. Por mucho que la realidad se está encargado de rebasar ampliamente a las viejas escuelas, el "espíritu de escuela" historiográfica, tan específico del siglo XX, es, aquí y ahora, más necesario que nunca.

Hemos escrito "escuelas" en plural y no "escuela" en singular, porque creemos que, ni en el pasado ni en el futuro, "paradigma común" equivale -equivaldrá- a "escuela única" de teoría y práctica historiográficas. El tono crítico y autocrítico, la historia-debate, la vitalidad de un paradigma, están, en una palabra, mejor garantizados con una diversidad de escuelas, grandes y pequeñas, internacionales y nacionales, interdisciplinares y disciplinares... La diversidad académica, nacional, ideológica, generacional, de la comunidad

de historiadores -o de otra ciencia social- obliga, pues, a combinar eficazmente pluralidad con consenso.

La primera tarea de la historiografía del siglo XXI es reformular y revitalizar los aspectos válidos -unos ya aplicados, otros todavía inéditos- de las grandes escuelas del siglo XX, lo que implica nuevos focos de intervención historiográfica, dentro y/o fuera de dichas tradiciones, que además de buscar la divergencia procuren la convergencia, aquellas síntesis sucesivas que nos permitan avanzar y salir del pantano de la transición paradigmática. Teniendo muy claro que el paradigma común que viene no será, no está siendo ya, una repetición del paradigma común, de raíz *annaliste*-marxista, del siglo XX.

Para "asimilarlo a lo nuevo, lo antiguo debe ser revalorado y reordenado"[41]. Es menester un balance finisecular de la historiografía *annaliste* y marxista (sin omitir el positivismo), por separado y conjuntamente, que tome nota de los éxitos y de los fracasos, de las limitaciones internas y externas, de los objetivos realizados y de los puntos incumplidos. La mejor aportación de las escuelas del siglo XX al nuevo consenso historiográfico, urgido por nuevas necesidades científicas y sociales, sería una autocrítica que, incidiendo en la renovación y el abandono de sus partes muertas, no se prive de defender sus aspectos más actuales, o más imprescindibles. Seamos radicales en ambos sentidos, en la innovación y en la vigencia. Enfrentémonos al pensamiento simplificador que veda llevar a cabo en paralelo las dos operaciones, y al posmodernismo que proporciona la crítica pero nos niega la síntesis, esa tensión esencial entre tradición y cambio, entre pensamiento divergente y pensamiento convergente[42], que es la base, en resumidas cuentas, del progreso científico y social.

La revista *Annales* ha dado ejemplo lanzando a finales de 1989 un *tournant critique*[43] que, cuatro años después, ofrece unos frutos restringidos

---

[41] Thomas S. KUHN, *La tensión esencial*, p. 249.

[42] *ibídem.*

[43] Carlos BARROS, "El 'tournant critique' de Annales", *Revista de Història Medieval*, Valencia, nº 2, 1991, pp. 193-197.

-ilustración de las grandes dificultades existentes para promover el cambio desde el centro de las grandes tradiciones-, esto es, una significativa renovación generacional, pero muy pocas propuestas programáticas. La escasez de debate en las páginas de la revista y la desconexión francesa con la evolución reciente de la historiografía marxista, principalmente anglosajona, han coadyuvado al restringido eco del *tournant critique* de *Annales*, que señala, así y todo, una nueva etapa para la corriente fundada por Bloch y Febvre, cuyo perfil final está todavía por decidir.

Desde la historiografía marxista no se ha intentado, hasta ahora, nada parecido. Hay actitudes reinvidicativas y defensivas, y también otras realistas y severamente autocríticas, ambas útiles e irremediables, pero teñidas de pesimismo, faltas de alternativas cara el futuro. El mayor obstáculo es "externo" a los historiadores: la parálisis que atenaza al pensamiento crítico marxista desde 1989. Estamos convencidos de que la reacción no se hará esperar, porque sin la contribución del materialismo histórico es imposible saldar cuentas -no sólo historiográficamente- con el siglo XX y entrar en el siglo XXI, donde nos seguiremos encontraremos con realidades sociales que, en bastantes aspectos, son peores que las que dieron origen al marxismo en el siglo XIX, y contextualizaron las actuales ciencias sociales y humanas. Todo ello sin dejar de lado, claro está, los desmentidos dramáticos que el siglo XX está dando a las previsiones marxistas acerca de la inevitabilidad de la transición histórica del capitalismo al socialismo.

Así como los paradigmas generales, economicista y estructuralista, que han sobredeterminado el paradigma común de los historiadores del siglo XX, matando el sujeto, han sido desechados en general por los historiadores, no ha ocurrido lo mismo con el paradigma neopositivista, de influencia más clandestina pero no menos eficaz. Romper con el positivismo "malo" (antiteórico y antihistoricista) sin abandonar el positivismo "bueno" (rigor crítico documental) es, en nuestra opinión, un paso obligado para entrar en el siglo XXI historiográfico, y poder así desarrollar -en otro contexto- aquellos elementos paradigmáticos de *Annales* y del materialismo histórico que, teniendo el consenso de la comunidad historiográfica, acabaron sepultados por el objetivismo cientifista de raíz positivista, economicista y

estructuralista. Por todo ello, es recomendable remontarse a los orígenes de las dos grandes escuelas historiográficas del siglo XX, para ganar en perspectiva y poder así evaluar mejor lo que sirve y lo que no sirve, lo que hay que reflotar -y reformular- y lo que hay que desechar, con los ojos siempre puestos en el futuro.

Si decimos que no hay metas fatalmente pre-fijadas sino objetivos continuamente revisables, es que no podemos saber con certeza la configuración final del paradigma historiográfico en formación, ni el rol que en él jugarán las tradiciones del siglo XX, o las nuevas escuelas que puedan constituirse en los años próximos. Es la comunidad de historiadores quien decide, en última instancia, el camino a seguir, que nos puede llevar a un nuevo paradigma común con escuelas (como en la segunda mitad del siglo XX), a varios paradigmas contradictorios con escuelas (romanticismo versus positivismo en el siglo XIX), o a otra configuración específica del siglo XXI. Nuestra opción es clara: paradigma común con escuelas -posiblemente más numerosas y de menores dimensiones- que promuevan una ciencia histórica con sujeto: tolerante y con debate; innovadora y tradicional; empírica y teórica; unificada, interdisciplinar y global; beligerante contra el futuro inhumano que dicen que nos espera.

16

Los cambios socioculturales de los años 90 favorecen a la historia y a las ciencias del hombre.

Reinvidicamos un nuevo paradigma común que haga salir de las catacumbas a la historia y a las humanidades. La coyuntura mental de los años 90 es, en este sentido, más favorable que la coyuntura de los años 80, caracterizada por el "yupismo", la adoración del dinero y del poder, la ola conservadora de Thatcher y Reagan, que parecía culminar brillantemente, hacia 1989, devolviendo el Este a un capitalismo que de inmediato se manifestó especulativo, corrupto y mafioso. La reacción de los años 90 contra ese capitalismo salvaje e inhumano en el Este de Europa, y contra la

corrupción política y financiera en el Sur de Europa, el movimiento *politically correct* en USA, las huelgas generales obreras y estudiantiles europeas contra el paro y los recortes sociales del Estado de bienestar, la revuelta de Chiapas, el auge de las Organizaciones No Gubernamentales y de la solidaridad con el Tercer Mundo, la búsqueda de un nuevo compromiso ético en las ciencias físicas, biológicas y de la salud, la contestación al posmodernismo -cuyas críticas es capital considerar- desde una nueva racionalidad, están creando un clima mental, intelectual y moral, muy diferente, menos individualista y más humanista, a medida que nos acercamos al año 2000. O la humanidad devuelve al hombre, y a su medio ambiente, al centro de interés de la actividad política y económica, o el descalabro final -ecológico, demográfico, ético, social-, a manos de la tercera revolución tecnológica y de la prepontencia del Primer Mundo, está asegurado. La historia y las ciencias humanas tienen algo que decir, y van a decirlo, siempre y cuando el paradigma historiográfico culmine satisfactoriamente el cambio en curso, que no tiene meta pre-establecida: depende de nosotros.

3. La historia que queremos*

Compromiso y realidades..., ¿es qué realmente los historiadores podemos influír en "la historia que viene"? La respuesta a esta pregunta es doble: poco, si nos referimos a la historia de los acontecimientos, pero mucho si estamos hablando de la historia que se escribe, de la historia que hacemos los historiadores. Nuestra forma de incidir en la historia de la gente que nos rodea es, pues, escribiéndola.

Los historiadores y la voluntad

Frecuentemente el historiador se interroga sobre las formas de ejercer su trabajo: ¿Adónde va la historia? Con toda evidencia, se trata de una cuestión pertinente. La historia que se escribe es, en alto grado, resultado involuntario, incluso impredicible, de infinidad de iniciativas de historiadores individuales, de historiografías especializadas y nacionales, de influencias externas de tipo cultural, social, político. Para saber adónde va la historia de los historiadores hay que aplicar, no obstante, la voluntad, colocando la historiografía en el centro de nuestra atención. El auge de aquélla en los últimos años denota que los historiadores tratamos de controlar nuestra historia, de saber más sobre nuestros orígenes y evolución como profesionales de la historia. El próximo paso es atreverse a plantear lo siguiente: ¿Adónde queremos que vaya la historia? (justificamos de este modo el título de la conferencia). Lo cual nos lleva a hacer propuestas, a plantear alternativas, tentando reconvertirse en actores de nuestro destino, a sabiendas de que siempre, entre nuestros grandes objetivos historiográficos y su plasmación práctica, van a existir diferencias. Sabemos ésto precisamente porque somos

* Desarrollamos en este texto la primera parte del guión que hemos utilizado en la conferencia de clausura de las Jornadas "La historia en el horizonte del año 2000: compromisos y realidades" (Zaragoza, 11 de noviembre de 1995).

historiadores, y cada vez somos más los que negamos que la historia sea un proceso al margen de la voluntad humana, y menos todavía en el campo de la historiografía: es, desde luego, más fácil variar la manera de escribir la historia que la historia misma. Sería, por consiguiente, innecesario esperar a que cambie la sociedad para que cambie la escritura de la historia, que es hija de su tiempo pero antes de eso es -o, mejor dicho, debe ser- hija de sí misma. Proponemos, en resumidas cuentas, que la comunidad de historiadores ponga en juego su voluntad colectiva para reorientar su práctica; para lo cual es antes menester recomponer cierto consenso o consensos, huyendo tanto del voluntarismo que no tiene en cuenta la realidad como del *attentisme* de aquél que aguarda pasivamente a ver por dónde van los vientos historiográficos para situarse. La verdad es que hoy en día el problema está más en lo segundo que en lo primero. En la presente tesitura, es más "peligroso" para el futuro de la profesión esperar a Godot, "sumidos" en la incertidumbre y/o el eclecticismo, haciendo tiempo con la esperanza[1] de que el eclipse de los paradigmas del siglo XX sea provisional[2], que comprometerse a avanzar proposiciones, soluciones, objetivos, que después la realidad, y nosotros mismos por medio del debate, se encargarán como es natural de juzgar, de verificar, en suma, de modificar.

Como consecuencia de la crisis de los grandes, y ampliamente compartidos, paradigmas historiográficos del siglo XX, el historiador -en los años 80- ha venido replegando su voluntad -colectiva y crítica- de progreso historiográfico a la aportación individual, y con frecuencia al academicismo,

---

[1]**Estado de ánimo en el cual se nos presenta como posible lo que deseamos,** *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, 1992; el principio esperanza, que Ernst Bloch teorizó, queda reducido a puro voluntarismo y teleologismo sino implementamos nuestros objetivos-deseos, en el caso de la crisis historiográfica finisecular, sino analizamos crudamente los errores y los fracasos del materialismo histórico y de la escuela de *Annales* al tiempo que demostramos la necesidad, y la coherencia, de sus postulados vigentes -previa reformulación- en relación con las nuevas formas de hacer historia que se están abriendo paso.

[2] En las primeras líneas de *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (Barcelona, 1968, p. 11), Marx corrigió a Hegel aceptando que la historia se repite, pero la segunda vez como una farsa, nos mantendría a salvo -añadimos nosotros- pretender no tanto la repetición como la construcción de algo nuevo, con viejos y nuevos materiales.

retrocediendo en no pocos casos a las vetustas certezas positivistas de que la "historia se hace con documentos", y punto. Que estemos aquí y ahora volviendo a plantear, a finales del siglo de los extremos, el papel de la voluntad en el devenir de la historia, es decir, la historia que queremos[3], no es más que un síntoma-efecto del retorno del sujeto histórico e historiográfico, del regreso del historiador como sujeto colectivo. Retorno que habremos de impulsar al máximo sin olvidar la realidad historiográfica, que sin embargo se mueve...

Consensos inadvertidos

Los juicios sobre la situación de la historia profesional a finales de siglo se suelen polarizar alrededor de dos posturas: bien se insiste en la crisis de identidad, epistemológica, de la historia científica; bien se hace hincapié en que vivimos una etapa de crecimiento que se refleja en la proliferación de publicaciones y revistas. En nuestra opinión, ambas apreciaciones tienen su base objetiva. ¿Quiere decir ésto que estamos ante la típica crisis de crecimiento? A finales de los años 70 y principios de los años 80, pueda que sí, pero no después: la crisis pronto comenzó a afectar a los fundamentos científicos de nuestra disciplina[4]. Pensamos que la explicación es otra: crisis y crecimiento coexisten porque estamos en un proceso de transición historiográfica, de cambio de paradigmas[5]. La vitalidad de la disciplina tiende a sustituir[6] la viejos paradigmas por otros nuevos. De forma que la nueva

[3] Complementamos de esta forma un trabajo anterior-a la vez que lo acercamos más a la situación en España y al contexto extrauniversitario-: "La historia que viene", *Historia a debate. I. Pasado y futuro*, Santiago, 1995, pp. 95-117.

[4] Una de las primeras voces de alarma fue Lawrence Stone en "The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History", *Past and Present*, nº 85, 1979.

[5] Empleamos el término "paradigma" no tanto en el sentido original de 'ejemplo' o 'modelo' como en el nuevo sentido aportado por Kuhn: los valores compartidos por una comunidad de especialistas.

[6] El reemplazo nunca es total, de la misma forma que la nueva historia socioeconómica contunuó siendo positivista más de lo que se suele confesar, los nuevos paradigmas

historia (inducida por escuela de *Annales*, el marxismo y aun la cliometría norteamericana) no desaparece, mas se hace vieja (y la vieja historia se quiere hacer pasar por nueva). Veamos algunos ejemplos de los consensos que, más allá de la nueva historia, están emergiendo con fuerza:

1) Antes, la historia económico-social era la historia científica por antonomasia, y se denostaba sin piedad los otros enfoques temáticos. Hoy, se generaliza la aceptación de (casi) todas las especialidades historiográficas. Desde la historia de las mentalidades o sociocultural hasta la historia política, pocas temáticas -ó coordenadas espaciales y temporales- quedan al margen de un potencial tratamiento científico. Si nos paramos a pensarlo, concluiremos que estamos ante un cambio paradigmático auténticamente radical, que toca la raíz del origen de la nueva historia, de la revolución historiográfica del siglo XX.

2) Los géneros tradicionales (biografía, historia política, historia narrativa, historia de las instituciones, historia militar, historia diplomática, etc.) están retornando "triunfalmente" en la historiografía internacional después de ser combatidos, durante décadas, por los nuevos historiadores de la economía y de la sociedad. Si bien, para unos, los retornos significan la muerte de la historia-ciencia y el renacer de la historia como disciplina literaria[7], para otros, los retornos -en determinadas condiciones- pueden significar un progreso historiográfico[8], lo cual nos lleva al punto anterior. Las bolsas de resistencia a un nuevo consenso sobre los temas y estilos de la historia tradicional se están reduciendo, sobre todo cualitativamente.

---

conservarán una parte -substancial- de la nueva historia; más adelante adelantaremos nuestras ideas al respecto.

[7] Maria de Fátima BONIFÁCIO, "O abençoado retorno da vella história", *Historia a debate. III. Otros enfoques*, Santiago, 1995, pp. 151-156; Francisco PUY, "Discurso histórico, discurso forense", *Historia a debate. Galicia*, Santiago, 1995, pp. 51-60.

[8] Jacques LE GOFF, "Les retours dans l'historiographie française actuelle", *Historia a debate. III. Otros enfoques*, Santiago, 1995, pp. 157-165; Jerzy TOPOLSKY, "El relato histórico y las condiciones de su validez", *A. Al-Azmh. Historia y diversidad de culturas*, Barcelona, 1984, pp. 147-163.

3) Frente al determinismo simple de los hechos históricos por la instancia económico-social[9], existe desde hace bastente tiempo una reacción historiográfica que ora complejiza esa determinación, revalorizando los factores mentales o políticos, ora cae en el indeterminismo simple, abandonando por consiguiente toda pretensión explicativa causal, posición extrema de menor influencia y de poco futuro (al menos en historiografías como la española). Reacción general anti-determinista que aclara, asimismo, la base de los dos consensos emergentes ya citados.

4) El auge reciente de la reflexión historiográfica y metodológica -y en menor grado de la história teórica- anuncia, igualmente, una notoria variación paradigmática. En el pasado hubo aportaciones cualitativas sobresalientes, pero ahora el interés por el pensamiento historiográfico tiende a extenderse, a "democratizarse", dejando de ser actividad puntual de historiadores "excepcionales". Y no creemos que esta apertura a la historia de la historia, al autoexamen de los historiadores, sea provisional y mero efecto del presente estado crítico de nuestra disciplina, sino un fenómeno permanente, un componente vital del nuevo paradigma en formación.

Pero, el mayor problema con que nos enfrentamos es que este cambio de paradigmas se está dando sin debate, más bien espontáneamente -es por eso que tenemos que seguir preguntándonos adónde va la historia-, siguiendo por tres vías no excluyentes: A) Rendimientos decrecientes de determinadas líneas de investigación que nos empujan a indagar nuevas temáticas, nuevos enfoques; tal fue el caso de la cliometría y, en general, de la historia económica. B) Influencia -a menudo invisible- de la sociedad, de los valores sociales imperantes en cada momento, sobre los historiadores; por ejemplo, el ascenso del individualismo y el reflujo de los movimientos sociales, ¿no animó, en los años 80, el retorno de la biografía -o de la historia de la vida cotidiana y privada- y el desinterés por una historia social de conflictos,

[9] No vale decir que las historiografías hegemónicas del siglo que termina jamás redujeron la determinación histórica a la economía, la práctica lo desmiente: la prioridad absoluta recibida durante décadas por el estudio de lo económico-social (marginando los enfoques globales) es un claro reflejo de la íntima creencia de los historiadores acerca de cómo la clave de la historia estaba en el estudio de la base material.

revueltas y revoluciones? C) El influjo de unas historiografías nacionales sobre otras -mayor incluso que el influjo de una área de conocimiento histórico sobre otra-, que es especialmente efectivo en países, como España, con una fuerte tradición de dependencia historiográfica del exterior. Sobra decir que si las transformaciones historiográficas están pasando por lo regular inadvertidas, si resulta que semejan procesos objetivos que avanzan al margen del historiador individual (que con la -relativa pero real- decadencia de las grandes escuelas, deviene el sujeto activo principal), es también por causa de la pervivencia de arraigados hábitos positivistas que todavía divorcian al historiador de la introspección, de la reflexión y del debate.

Nuestra propuesta es que hay que intervenir colectivamente en la transformación de paradigmas que está en marcha, esto es, hacer más consciente el proceso de transición de la historiografía del siglo XX a la historiografía del siglo XXI. Estamos convencidos de que puede resultar de todo ello un rearme de la historia como proyecto científico y como proyecto social, una recuperación del compromiso del historiador con la disciplina y con la sociedad.

¿Es el retorno del sujeto el nuevo paradigma?

La constitución de un nuevo paradigma no es fenómeno exclusivo de la historia, afecta al conjunto de las ciencias sociales y se ha detectado, en primer lugar, en las ciencias físicas. Existe una tendencia a identificar este nuevo paradigma con el retorno del sujeto[10], ¿se corresponde ésto con la realidad? Sí, en cuanto a que el redescubrimiento del sujeto está permitiendo sobrepasar el anquilosado paradigma objetivista, pero para nada genera el nuevo subjetivismo un consenso generalizado entre los historiadores, una nueva etapa de "ciencia normal", no es más -ni tampoco menos- que un golpe de péndulo, necesario pero no suficiente para resolver las anomalías que pusieron en crisis las concepciones de la ciencia histórica del siglo XX.

---

[10] François DOSSE, *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*, París, 1995.

La conciencia de las insuficiencias del paradigma estructuralista y economicista dominante llevó -de manera clara, en los años 70- a las escuelas históricas francesa e inglesa a recuperar el sujeto como tema de investigación: mental, en el caso de *Annales*, y social, en el caso de *Past and Present*. La historia, poniendo en práctica tempranamente estas líneas de investigación de fuerte carga subjetivista, se anticipó pues a la sociologia y a la filosofia. Con todo, hay que decir claramente que jamás una historia meramente subjetiva podrá definir el nuevo paradigma historiográfico, es decir, un paradigma que sea tan compartido por la comunidad internacional de historiadores como, por ejemplo, la historia económico-social (el paradigma más seguido de todos los que constituyeron la nueva historia) después de la II Guerra Mundial.

El historiador profesional nunca aceptará que los resultados de su investigación no son más que proyecciones de su subjetividad, sea mental, política o social[11]; otra cuestión es que, en el proceso objetivo de conocimiento, se conceda un papel importante al conocimiento no basado en fuentes, al historiador como sujeto epistemológico. Tampoco se puede-mejor dicho, se puede pero opinamos que no existe la posibilidad de que sea asumido por la mayoría- confundir la realidad histórica con su representación mental o social, por lo demás una parte muy activa de aquélla. Lo mismo diríamos del discurso textual que conforma de alguna forma lo real pero no lo sustituye, como afirman los partidarios más radicales del "giro lingüístico". En total, que el historiador abierto -el que no lo es suele rechazar de plano las innovaciones tachándolas de "modas"- añade sistemáticamente la objetividad de lo social a los aportes de la historia más subjetiva, busca la síntesis objeto-sujeto: la opción más segura y probable cara a la conformación del nuevo paradigma.

El retorno del sujeto constituye, por consiguiente, un momento esencial de la transición paradigmática, es la respuesta radical -destructiva- de las ciencias sociales al absolutismo del objetivismo y cientifismo largo tiempo

[11] El presentismo, derrotado en su momento por la convergancia del materialismo histórico/escuela de *Annales*/neopositivismo, está volviendo por sus fueros, incluso a través de antiguos defensores de esas tendencias.

hegemónicos, pero no es la estación final de la de la marcha hacia el nuevo paradigma. La fase decisiva de la síntesis, la verdaderamente constructiva, ha comenzado ya, y no sólo en historia.

¿Qué pasa si no con la evolución reciente de la historiografía de tipo subjetivista? La historia de las mentalidades, "abandonada" por sus creadores franceses en favor de sus -hasta cierto punto- prolongaciones, la antropología histórica y la nueva historia cultural, si tiene un futuro es por supuesto como historia social de las mentalidades[12]. La nueva historia cultural se presenta como una historia sociocultural. La microhistoria se está difundiendo, fuera de Italia, más en la línea de investigar redes sociales (Giovanni Levi) que de estudiar microcosmos individuales (Carlo Ginzburg: Menocchio, Piero della Francesca). La historia de las mujeres, a nuestro juicio, será asumida por el conjunto de la comunidad de historiadores en la medida en que se fusione con la historia social y global[13]. Otro tanto podríamos decir del "giro lingüístico"[14]. Por otro lado, los últimos retornos subjetivos, los géneros tradicionales, van en la misma dirección: la nueva historia política (y de las instituciones) integra la historia social como historia del poder. La nueva historia narrativa rechaza el descriptivismo, quiere ser científica y explicativa. La nueva historia biográfica pretende distanciarse de lo puramente individual, incluye los contextos sociales y mentales como parte primordial de la investigación.

Desde la segunda mitad de los años 80, conforme se difunden entre los historiadores las innovaciones subjetivistas nacidas de la crisis de la historia

---

[12] Carlos BARROS, "Historia de las mentalidades, historia social", *Historia Contemporánea*, Bilbao, nº 9, 1993, pp. 111-139; "Historia de las mentalidades: posibilidades actuales", *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, pp. 49-67; "La contribución de los terceros Annales y la historia de las mentalidades. 1969-1989", *La otra historia: sociedad, cultura y mentalidades*, Bilbao, 1993, pp. 87-118.

[13] Hemos planteado ya esta cuestión, el 27 de octubre de 1995, en la Universidad Complutense, en una conferencia organizada por la A. C. Al-Mudaina: "La historia de la mujeres y el nuevo paradigma".

[14] María del Mar GARRIDO, "¿La historia intelectual en crisis? El giro lingüístico y la historia social frente a la historia intelectual", *Historia a Debate. II. Retorno del sujeto*, Santiago, 1995, pp. 201-212.

económica y social clásica, se engendran nuevas síntesis con aquellos paradigmas más compartidos y difundidos por la escuela de *Annales* y el materialismo histórico[15]. Esta tendencia es la decisiva, ya lo hicimos notar anteriormente, cara la formación del nuevo paradigma historiográfico[16].

En esta triple convergencia de la nueva historia de la posguerra con sus últimos desarrollos, que la contradicen en cierto sentido[17], con una historia tradicional renacida[18], y con la redefinición del propio concepto de ciencia (gracias también a los avances de la historia de la ciencia), ¿qué aporta el ya viejo paradigma común de los historiadores del siglo XX?, ¿qué necesita el nuevo paradigma para iniciar otro periodo de "ciencia normal", para cerrar -por el momento- la crisis de identidad de nuestra disciplina, para reconstruir sobre nuevas bases la comunidad de historiadores?, ¿son suficientes las confluencias parciales que, de modo más bien espontáneo, se producen entre la historia social -estructural- y la historia subjetiva? Sostenemos que no, queda por hacer la síntesis general entre las corrientes que protagonizaron la revolución historiográfica del siglo XX y las nuevas-viejas tendencias que anuncian el siglo XXI, para cuya puesta en práctica es forzoso una intervención consciente, un debate general que clarifique las alternativas y los caminos a seguir.

---

[15] Incluso un autor de entrada tan poco amigo de la historia de las mentalidades como Josep Fontana busca esa síntesis en *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, 1992, pp. 101-112.

[16] También en las ciencias "duras" se tiende últimamente a la síntesis objeto-sujeto; ejemplos: la búsqueda de una teoría unificada de las fuerzas físicas; el descubrimiento del orden en la teoría del caos; la rehabilitación de los factores biológicos, genéticos, físicos, en el comportamiento humano que obligan a tener en cuenta tanto la psicología cognitiva como conductiva; etc.

[17] La historia francesa de las mentalidades y la historia social inglesa, y con más motivo sus desarrollos más recientes, están contenidas en las matrices de sus respectivas tradiciones, pero son, simultáneamente, una reacción contra el objetivismo, el economicismo y el estructuralismo en los años 50 y 60.

[18] Para España, véase Juan Pablo FUSI "Por una nueva historia: volver a Ranke", *Perspectiva Contemporánea*, nº1, 1988.

Tres son los paradigmas, de la escuela de *Annales* y del materialismo histórico, que -previa reformulación radical- el nuevo paradigma precisa, según nuestro criterio, para constituirse como tal, para ser hegemónico -y no sólo vanguardista-, para que a través suyo la historia renueve su credibilidad científica y social:

a) El concepto y la experiencia acumulada de la historia social. Ciertamente una nueva historia social que asuma el rol de la mentalidad y de la política, del género y del lenguaje, del acontecimiento y del individuo, y que conecte con la historiografia marxista inglesa, sin duda alguna la aportación más sobresaliente de la historia social a la historiografía del siglo XX[19], paso obligado para algo tan indispensable hoy como volver a estudiar los protagonistas colectivos de la historia[20].

Pongamos un ejemplo actual, cercano, de cómo la historia si prescinde de lo social pierde, lamentablemente, rigor y credibilidad. Estamos viviendo un inusitado interés de los medios de comunicación por la transición democrática española, que ha levantado no pocas críticas entre historiadores -me remito al respecto a la intervención de ayer de un colega que, desde el público, pregunta dónde estaban los agentes sociales en la imagen de la transición que se nos está ofreciendo- y protagonistas descontentos con el tratamiento dado por los periodistas -en especial Victoria Prego en TVE- a un hecho histórico que se describe como la obra de cuatro o cinco grandes individuos -una suerte de gran conspiración-, desapareciendo en consecuencia de la escena el millón y medio de personas que pudieron haber participado -al mismo tiempo- en movilizaciones de masas contra la dictadura[21],

---

[19] En tres sentidos: por la inclusión de la mentalidad y la cultura en las investigaciones sociales básicas (Rudé, Thompson), por la "historia desde abajo", y por la importancia concedida al estudio de conflictos, revueltas y revoluciones, crisis y transiciones; véase Harvey J. KAYE, *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, 1989.

[20] Las revoluciones en el Este europeo en los años 1989-1991, la revuelta de Chiapas de 1994 y las movilizaciónes francesas de Diciembre de 1995, han devuelto a la actualidad el tema.

[21] Según Santiago Carrillo, una de esas grandes individualidades, en *Memoria de la transición*, Madrid, 1995, p. 35.

quedando fuera de la historia la gran mayoría de la sociedad, las clases sociales, la coyuntura económica, la lucha ideológica y cultural, etc. Volvemos, así pues, a la historia de las grandes batallas y las grandes personalidades, sólo nos falta el tambor, la corneta y la "unidad de destino en lo universal", ¿es necesario inventar así -sin los historiadores sociales- la tradición democrática?, ¿es bueno para la joven democracia española dar una versión tan elitista y tan ajena al pueblo -al pueblo que luchó- de su consecución?

El nuevo protagonismo de los periodistas -al que no es ajeno el repliegue de los historiadores, y de otros sectores intelectuales, a la academia- en la escritura de la historia inmediata y en la divulgación de la historia, junto con el retorno académico de la historia acontecimental y biográfica, abren nuevas posibilidades a la historia a condición de que ésta no se convierta, otra vez, en historia superficial, en la "historia historizante" que Bloch y Febvre ya habían derrotado en la primera mitad del siglo que acaba. Para conjurar lo anterior y para que los retornos no nos lleven al siglo XIX[22], sigue siendo imprescindible por consiguiente la historia social, una historia social renovada que, por lo demás, ya está en marcha, a partir de la mejor tradición angloamericana (Thompson, Samuel, Genovese, Davis, Stedman Jones...)[23] y, últimamente, de los propios resultados del *tournant critique* de *Annales*[24].

b) El principio de globalidad frente a la fragmentación galopante de nuestra disciplina.

Dijimos al principio que no cuestionábamos la vitalidad de la historia profesional, e hicimos notar el caracter paradójico de la situación presente - crisis y crecimiento-, pues bien, otro ejemplo, frente al fenómeno de la superespecialización y del desmigajamiento de métodos y de temas, estamos

[22] De la misma forma que el retorno del capitalismo en los países del Este retrotrajo a estas sociedades a los tiempos del capitalismo salvaje decimonónico -añadiendo el Chicago de los años 20-, provocando una reacción electoral que llevó al poder a los comunistas, más o menos reformados, inclusive en Rusia.

[23] Julián CASANOVA, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, 1991.

[24] Bernard LEPETIT, dir., *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, París, 1995.

asistiendo a un movimiento en sentido contrario -aunque todavía débil- de reunificación de géneros, como ya hemos comentado más arriba, al hablar de la propensión de las historias subjetivas a concurrir con líneas más objetivas de investigación, con la historia social más que con la historia económica.

El fracaso de la historia total como paradigma compartido -el más ambicioso y el menos aplicado- de la escuela de *Annales* y del materialismo histórico[25], causado tanto por el concepto subyacente (idealista) de totalidad como por la inadecuación de los medios (metáforas mecanicistas) a los fines, deja una problemática herencia a la historiografía del siglo XXI. La credibilidad científica del nuevo paradigma (salvo que retrocedamos al positivismo de Ranke o, más atrás aún, a la historia-ficción) dependerá, entre otras cosas, de su capacidad para articular un pacto entre la inevitable especialización y la globalización de su objeto de investigación; lo cual a su vez exige una mayor atención a la metodología, la historiografía y a la teoría de la historia: "el historiador futuro reflexionará..., o no será"[26].

c) <u>La función social de la historia, o el compromiso del historiador con un presente sin futuro.</u> El retroceso de la historia -concretamente, en España- en los planos de la educación y la investigación es una consecuencia de la falta de conciencia -fuera e incluso dentro del ámbito historiográfico- sobre la utilidad social de historia. Retomar el viejo paradigma es hoy una tarea inaplazable para contribuir, desde la historia, a que la sociedad de la información que Bill Gates nos anuncia no sea el deshumanizado mundo de Orwell. Ahora bien, el presentismo ambiental, la idea de que el mañana será igual al presente, y que el pasado no interesa, de que la historia llegó a su fin, nos obliga a variar el orden de los factores en la vieja relación pasado/presente/futuro: hay que estudiar el pasado para conquistar el futuro y comprender así mejor el presente, a fin de transformarlo. La crítica esencial al presente es demostrar aquí y ahora, como historiadores, que existe el

---

[25] La prueba del fracaso de la historia total está en la fragmentación actual, la inexistencia de la historia total como línea específica de investigación y el abandono explícito de este paradigma por parte de sus anteriores valedores.

[26] Tesis 13 de "La historia que viene", *Historia a Debate. I. Pasado y futuro*, Santiago, 1995, pp. 111-112.

futuro. Y no se trata de que que los historiadores tengamos que ser profetas o adivinos, ni siquiera de coadyuvar en una tranformación social, sino de algo mucho más simple: ayudar a que el hombre y la mujer de hoy en día vean claro que hay futuros alternativos, que el futuro existe porque existe el pasado, y nosotros lo sabemos mejor que nadie.

4. Inacabada transición de la historiografía española*

Tres aspectos principales nos interesa desarrollar aquí: el virtual papel de la historiografía española en la transición internacional al nuevo paradigma[1], la relación entre transición política y renovación historiográfica en España, y el problema del relevo generacional.

El papel internacional de la historiografía española

Nuestra tesis es que la historiografía española está en buenas condiciones -objetivas- para jugar un papel en la síntesis tradición/innovación que va a caracterizar a la historiografía del siglo XXI, adquiriendo así un perfil internacional propio; por las siguientes razones:

a) Ausencia de escuelas historiográficas propias. Lo que se suele citar como un handicap de la historiografía española se convierte en ventaja cuando las grandes escuelas (extranjeras) entran en crisis. El exceso de tradición también dificulta la renovación. Las trabas que han encontrado la dirección de *Annales* para avanzar en su *tournant critique*, iniciado en 1989, a pesar de la voluntad de sus promotores, es un claro exponente de lo queremos decir.

b) Ausencia de movimientos pendulares extremos que, en la práctica historiográfica, hacen muy difícil la síntesis. Tal es el caso de la historiografía francesa cuando pasó tajantemente de la historia económica-social a la

---

* Desarrollamos en este texto la segunda parte del guión que hemos utilizado en la conferencia de clausura de las Jornadas "La historia en el horizonte del año 2000: compromisos y realidades" (Zaragoza, 11 de noviembre de 1995).

[1] Así como en los años 60 y 70 la nueva historia se impuso con cierto retraso en España, por razones en último extremo políticas, pensamos que en los años 90 y 10 del próximo siglo es posible, si se pone término a nuestra propia transición, avanzar en paralelo a la historiografía internacional.

historia de las mentalidades[2]; o de la historiografia norteamericana al transitar de la cliometría al "giro lingüístico". La renovación cautelosa o el conservadurísmo de enfoques, según se mire, rasgos peculiares de buena parte de la historiografía española, puede favorecer ese ineluctable equilibrio -porque la innovación ya no adelanta sin la síntesis- que a otras historiografías, que protagonizaron anteriores etapas de cambio historiográfico, tanto les cuesta. Sirva como botón de muestra de estos movimientos del péndulo la actitud hacia el marxismo de historiografías, como la francesa, que pasaron del enaltecimiento en los años 60 y 70 a la marginación en los años 80 y 90. Y, sin embargo, estamos convencidos de que haciendo tabla rasa del materialismo histórico la síntesis no es factible.

c) Ausencia de un centro internacional de avance historiográfico. Peter Burke argumentó en el Congreso "A histoira a debate" que la innovación va ahora por la periferia[3]. Nosotros iríamos más allá: la carencia de un gran foco reconocido internacionalmente en el presente (papel que ocuparon primero Alemania, desde el siglo XIX, y después Francia, en especial en las décadas centrales del siglo XX) nos conduce a una realidad tan multicéntrica (además de los países citados, habría que añadir: Gran Bretaña, EE. UU., Italia...) que cuestiona el mismo concepto-metáfora centro/periferia: todo el mundo puede ser centro, también España, y los países iberoamericanos[4]. En los años 90, la diversidad de focos historiográficos implica una gran oportunidad para historiografías nacionales antaño dependientes, donde la diversidad de influencias ha sido más notoria y fructífera. Probablemente, en ningún otro lugar sabemos mejor de dónde venimos, de dónde viene la historiografía internacional -la confluencia del marxismo, la escuela de *Annales* y la tradición neopositivista- que en España y determinados países latinoamericanos, lo cual es muy importante para saber adónde queremos ir.

[2] Hoy se está recuperando en Francia la historia económica, pero -y sin duda las causas ideológicas pesan- no ocurre lo mismo con la historia social, en su sentido más estricto.

[3] *Historia a Debate. I. Pasado y futuro*, p. 52.

[4] México, por ejemplo, con la historia regional.

d) El nuevo rol internacional de España. Justo es reconocer que, desde la transición a la democracia, la situación política de España en el mundo, y la imagen que en el extranjero se tiene de nosotros, han variado enormemente, gracias al ejemplo de la transición política[5] y las políticas seguidas en la pasada década. Paralelamente el idioma español ocupa un sitio preeminente, después del inglés, como lengua hablada y escrita, en el mundo[6]. En diversos campos de la cultura (ante todo, cine y literatura) se ha progresado en el mismo sentido: rompiendo la barrera autárquica y subdesarrollada heredada del franquismo, y ofreciendo productos culturales españoles que han alcanzado un eco internacional notorio. No se puede decir lo mismo de la historiografía española, prácticamente desconocida fuera de nuestras fronteras, salvo en ambientes hispanistas[7]: podemos considerar inexistentes las traduciones de libros de historia españoles a otros idiomas. Sin embargo, otras áreas de conocimiento de la universidad española -sobre todo científicas "duras"- están logrando ya ese reconocimiento internacional. Existen por lo tanto condiciones externas más que idóneas para que la historiografía española -y en general las ciencias humanas- ocupe un lugar más relevante en el concierto internacional, superándose así de una vez por todas la hipoteca de los largos años del franquismo.

e) La radicalidad de la situación social de la historia en España. El aspecto más alarmante de la crisis historiográfica en España es su dimensión social: la "mala fama"de la licenciatura de historia como una carrera "sin salidas", el desempleo de licenciados y doctores en historia, y la falta de

---

[5] Paradójicamente, conforme analizaremos después, la transición a la democracia no afectó excesivamente a las mentalidades y alienaciones de los historiadores españoles.

[6] Marqués de TAMARÓN, ed., *El peso de la lengua española en el mundo*, Madrid, 1995.

[7] Las valoraciones de la historiografía española por parte de colegas hispanistas tienen una triple ventaja: vienen de historiadores que conocen la situación real de las historiografías de sus respectivos países y pueden comparar mejor, suelen partir de sectores -sobre todo del hispanismo modernista- que han jugado una función destacada en la renovación española de los años 60 y 70, y, por último, son más conscientes que nosotros mismos de las posibilidades inéditas de España como potencia cultural mundial.

financiación para la investigación de temas "humanísticos". No obstante, esta situación adversa se puede metamorfosearse en un incentivo, mejor dicho, debe transformarse en un acicate para hacer valer la historia como una profesión socialmente útil y científicamente necesaria. Con lo que entramos en lo que llamaríamos -utilizando un esquema viejo pero todavía fértil- las condiciones subjetivas precisas, según nuestro parecer, para que la historiografía española alcance su plena madurez, donde veremos que, desde el punto de vista historiográfico, España vive una situación paradójica, llena de oportunidades, desde finales de los años 80: crisis social aguda de la historia y, sin embargo, fuerte revitalización historiográfica.

Rematar la transición

Es sabido que los avatares de la historiografía española -y por extensión de la universidad, la ciencia y la cultura- han estado tremendamente condicionados por los cambios políticos -radicales y contradictorios entre sí- que han jalonado la historia de España durante el siglo XX, a los cuales los historiadores no han sido ajenos, cuando no han sido sus víctimas[8]. Fueron dos las ocasiones (*1936* y la transición 1975-1978) en que acontecimientos políticos indujeron cambios historiográficos profundos en nuestro país:

A) La ruptura de la tradición historiográfica liberal a causa de la guerra civil y de sus resultados.

La historiografía liberal de las primeras décadas del siglo pretendía un nivel europeo para la historiografía española, la divulgación de la historia a través de la Instrucción Pública a fin de engendrar un público culto, y la elaboración de una historia nacional de España[9]. Objetivos que, salvo el segundo y por razones obvias, fueron en alguna medida alcanzados por los historiadores españoles en el exilio: sirva como muestra el prestigio

---

[8] Por ejemplo: Claudio Sánchez Albornoz, Pedro Boch-Gimpera, Manuel Tuñón de Lara.

[9] Gonzalo PASAMAR, "La historiografía profesional española en la primera mitad del siglo actual: una tradición liberal truncada", *Studium*, Zaragoza, 2, 1990, pp. 133-156.

internacional de Sánchez Albornoz y su célebre polémica con Américo Castro sobre la historia de España. En cualquier caso, en la posguerra española -y en cierta medida también en la posguerra europea-, nuestra historiografía se estancó desde un punto de vista metodológico y historiográfico, involucionando sobremanera en el interior de España, en relación con una historiografía europea que incubó en el periodo de entreguerras lo que ahora denominamos la revolución historiográfica del siglo XX.

Una vez restaurada la democracia, y la monarquía, la renovación historiográfica no enlaza con la tradición liberal-positivista sino que parte de las nuevas bases: las creadas por las nuevas tendencias internacionales, *Annales* y marxismo, que atraviesan los Pirineos.

Con todo, hay que decir que esta nueva historia española no ha conseguido aún: ni el pleno reconocimiento internacional, ni ocupar el terreno de la divulgación histórica -hegemonizado por escritores, periodistas e historiadores aficionados[10]-, ni la reelaboración y difusión de una historia de España que sea la historia de sus pueblos y no la proyección del hegemonismo castellano, como pensaban tanto Sánchez Albornoz, fuera de España, como Menéndez Pidal, dentro[11]; incluso la enseñanza de la historia -y, en general, los estudios humanísticos-, después del primer impulso inicial con democratización de la universidad, está retrocediendo -y no sabemos hasta dónde-. Por todo ésto, y por otras cuestiones que iremos desgranando, consideramos inacabada la transición historiográfica española, paralela a la transición política de la dictadura a la democracia al menos en parte (cuando cambia el régimen político ya la historiografía española había puesto las bases de su renovación), con la peculiaridad de que lo que queda por recorrer coincide con la transición paradigmática al siglo XXI. Vamos hacia una segunda "normalización académica" de la historiografía española (la primera tuvo lugar en los años 60 y 70).

---

[10] De la lista de diez libros más vendidos en el apartado de "no-ficción" según *El País* (6 de febrero de 1996), seis -entre los que se encuentran los cuatro primeros- son de historia -y no todos de historia inmediata-, y ninguno de ellos está escrito por un historiador profesional.

[11] Gonzalo PASAMAR, *op. cit.*, p. 150.

B) La transición política legitima la nueva historia española.

La sustitución de la historiografía tradicional -franquista en lo relativ a divulgación y enseñanza; positivista en cuanto al método- por la nuev historia ha tenido lugar en el marco de una apasionada lucha política contr la dictadura, en la que estaba muy implicada al universidad, dividid generacionalmente por dicha causa: estudiantes y PNNs demócratas por u lado, catedráticos y demás profesores del régimen, por el otro (salvo la consabidas excepciones que confirman la regla).

Estos orígenes políticos[12] marcan de forma endeleble la renovació historiográfica española, que se desarrolla en los años 60 y 70 gracias e empuje de jóvenes historiadores de influencia marxista y aun *annaliste*, y la ayuda, asimismo, de historiadores liberales o historiadores del régimen qu mantenían posiciones aperturistas[13].

Veamos pues qué virtudes y qué defectos supuso para la nuev historiografía española ese compromiso político con el antifranquismo de su sectores más avanzados.

Decimos virtudes porque la conquista de la democracia acelera e proceso de innovación historiográfica e institucionaliza la nueva histori como la historiografía oficial del nuevo régimen democrátic Simúltaneamente a lo anterior, se produce un rápido rejuvenecimiento de profesorado universitario, y la universidad -y dentro de ella los estudios d historia- crece enormemente, permitiendo el acceso de los hijos de las clase trabajadoras a la universidad, sin lugar a dudas uno de los grandes triunfo de los sindicatos democráticos de estudiantes de la época de Franco. No h sucedido lo mismo con otras reivindicaciones que enarbolamos en los añ

[12] Señalarlo no quiere decir, por descontado, que olvidemos las motivacione estrictamente académicas y profesionales (de puesta al día y homologación internaciona y las generacionales ya mencionadas, todas ellas bien entrelazadas con las políticas, que e aquellos años estaban en un primer plano.

[13] Al explicar el ascenso de la nueva historia se suele infravalorar el factor aperturist que no sólo fue clave en el plano político, una vez que se demostró inviable la ruptu democrática y se empieza a pactar la transición, sino también en el plano académic dónde se manifiesta con más facilidad ante las reorientaciones metodológicas de men connotaciones políticas como la escuela de *Annales* (el maxismo lo tuvo algo más difícil

60 y 70[14], como la lucha democrática por una universidad al servicio de la cultura y del pensamiento crítico, levantada contra la universidad tecnocrática del franquismo desarrollista de los años 60. Las políticas neoliberales de los años 80 han puesto objetivamente de actualidad, *mutatis mutandis*, la reivindicación del 68 de una universidad democrática, y en consecuencia crítica y humanística: otro argumento en favor de la transición inacabada de la historiografía española.

En el capítulo de los defectos historiográficos derivados de los orígenes militantes antifranquistas de una parte substancial de la nueva historia[15]- nos referimos a la historiografía marxista, en general, y al contemporaneísmo, en particular-, asumimos para nuestro análisis el concepto de "historiografía frentepopulista", acuñado por Ucelay da Cal[16] y de cierto uso entre los historiadores catalanes. De entrada puede parecer excesivo caracterizar la historia más progresista de la transición con un término vinculado a los años 30, a los tiempos de la guerra civil, pero por eso mismo el calificativo tiene su sentido y oportunidad. El franquismo "mantuvo frescos los puntos doctrinales y los rencores, que naturalmente volverían a florecer en los años 70 con la muerte del régimen dictatorial"[17], es decir, hablando claro, que mientras el país organiza la transición la historiografía mantiene vivo el espíritu de la guerra civil[18]. Partiendo de la idea de que la "historiografía

[14] En los años 1967 y 1968 el autor de este trabajo era delegado del SDEUM en la E.T.S.de Ingenieros Industriales.

[15] Igual que sucede en el ámbito internacional, militancia historiográfica y militancia política frecuentemente no coinciden (*Annales* vs. marxismo, Febvre vs. Bloch), veáse por ejemplo: Luis DOMÍNGUEZ, Xosé Ramón QUINTANA, "Renovación en la historiografía española: Antonio Eiras Roel y la recepción del movimiento Annales en Galicia", *Historia a Debate.I. Pasado y futuro*, Santiago, 1995, pp. 319-342.

[16] Enric UCELAY DA CAL, "La historiografía en Cataluña (1960-1980): marxismo, nacionalismo y mercado cultural", *Historia y Crítica*, 1, 1991, pp. 135 ss.

[17] *ídem*.

[18] Una forma de autojustificar los defectos "frentepopulistas" de la transición historiográfica española es echar las culpas a la... propia transición política, al hecho de que no hubiese una verdadera ruptura.

frentepopulista" es "el discurs dominant en el nostre món historiogràfic", la revista *L'Avenç* publica, en su número 189 (febrero de 1995), un editorial apuntando que el GAL, la "cultura del pelotazo", la corrupción política, significan la "mort de l'antiga esquerra" y por tanto el fin del "còmode consens frontpopulista imperant"[19]. Ojalá fuese así, pero nos tememos que la trasnochada división de los historiadores en "rojos" y "azules", que unos y otros practicamos más de lo que sería deseable en medios académicos, que sobrevivió a la política de reconciliación nacional (PCE, 1956), al pacto entre oposición de izquierdas y reformistas de derechas durante la transición, a la Constitución de "todos" de 1978, al ocaso de la guerra fría y la caída de los bloques militares en 1989, bien puede rebasar el "pequeño acontecimiento" del desencanto -de una parte de la izquierda- con el PSOE. Es menester algo más: un debate que cierre la transición de la historiografía de la era franquista a una historiografía realmente democrática; donde la lucha de ideas historiográficas ha de estar por encima de las posiciones políticas, las cuales no debieran de ser un obstáculo para la convivencia y la colaboración entre los historiadores[20]. El propio desarrollo y homologación internacional de la historiografía española hace necesario que adaptemos de una manera más plena el funcionamiento de nuestra comunidad científica al pluralismo democrático. Mientras las clasificaciones tácitas -que son las que funcionan- de los historiadores se refieran más a etiquetas políticas que a posiciones historiográficas, el debate no avanzará y la historiografía española seguira dependiendo el exterior, de historiografías más maduras. Y con toso ésto no queremos decir que las diferencias políticas no cuentan historiográficamente, por supuesto que cuentan pero no se pueden reducir a ellas las diferencias historiográficas, y menos aún si se parte de una maniquea bipartición en dos

[19] Claro que sería pasar de la sartén al fuego reemplazar las etiquetas supuestamente "historiográficas" izquiera/derecha por otras parecidas, o tal vez peores, como la clasificación de los historiadores en nacionalistas y no nacionalistas, véase Albert BALCELLS, *La història de Catalunya a debat. Els textes d'una polèmica*, Barcelona, 1994.

[20] Sin menoscabo de que cada uno de nosotros defienda, con toda la contundencia que se quiera, su particular concepción de la historia, y aun sus ideas políticas, filosóficas o religiosas.

"bloques" políticos -que ni siquiera se hallan en la España actual- que ocultan las diferencias realmente existentes en el interior de cada "bloque", tanto políticas como, y sobre todo, historiográficas: se puede ser políticamente de izquierdas e historiográficamente conservador - a muchos nos parece una contradicción, pero así es en bastantes casos-, y a veces inclusive sucede lo contrario[21].

Un ejemplo acerca de la cuestión del pluralismo historiográfico. Se dijo en estas Jornadas que, en lo tocante a revisionismo histórìográfico, aquí no se estaba tocando la figura de Franco, según lo visto en los congresos y coloquios hechos sobre el tema con motivo del centenario, pero ¿cómo va a haber un verdadero debate si no se invita al adversario revisionista con garantías -aunque sólo fuese por cortesía académica- de que no va a resultar satanizado[22]?

No se trata pues de relegar la memoria de la izquierda, frentepopulista, antifranquista, sino de hacerla valer -también historiográficamente- por medios democráticos, intelectuales, en positivo, de otra forma no resolveremos -nosotros, los que venimos de esa tradición- el problema de su olvido por parte de las nuevas generaciones, nacidas en la tolerancia y la libertad, como consecuencia del silencio que se impuso tácitamente, desde los primeros momentos de la transición, sobre todos aquellos recuerdos colectivos que pudiesen "dividir" a los españoles y evocar a la guerra civil. Así fue como los historiadores de izquierda "interiorizaron" su "frentepopulismo". Sólo un debate abierto y plural, con predisposición tanto a la controversia como al consenso, facultará la normalización académica plena de la historiografía española, y ello debería producirse mucho antes de que una generación nacida en la democracia tome el relevo.

---

[21] El caso de Philippe Ariès por ejemplo, por no poner otros ejemplos más cercanos.

[22] Javier Tussell se queja, justamente, de que no hubiese un debate sobre revisionismo en España como el de Alemania sobre el holocausto, los de Francia sobre 1789 o sobre la resistencia, etc., pero el mismo descalifica como indignas todas las obras revisionistas sobre la época de Franco, incluídas las del historiador Luis Suárez, "La dictadura de Franco a los cien años de su muerte", *Ayer*, 10, 1993, pp. 13-28.

En resumen, la fortaleza en profesionalidad y en producción de la nueva historia española contrasta con una relativa pero chocante inadecuación al marco político democrático que ella ayudó a crear, y, lo que es más importante, todavía no ha conseguido que "aprobemos" asignaturas pendientes -desde antes del 36- que hacen referencia a objetivos historiográficos claves: un mayor papel internacional, fundado en un mejor relación con la sociedad civil española, lo cual presupone avanzar en el camino de la alta divulgación histórica y de la redefinición histórica de eso que llamamos España.

Para cumplir dichas metas, poniendo en juego todas nuestras potencialidades, hay que dejar atrás aquellas cargas que son consecuencia del largo paréntesis de la dictadura y aun de las limitaciones de la joven historiografía de la democracia, hay que rematar la transición historiográfica, iniciada hace veinte años, superando otras actitudes también provenientes de la atmósfera mental del franquismo y del antifranquismo, o del desencanto ideológico posterior.

Antinomias improductivas

En cuanto a mentalidades colectivas que influyen en los historiadores, una herencia clara del anterior régimen consiste en juzgar la relación historiográfica con el exterior mediante la dicotomía provincianismo/mimetismo. La esterilidad reside en ambos los dos extremos: a) seríamos "provincianos" los que ignorantes y felices escribimos la historia al margen de la historiografía internacional, justificando el aislacionismo con argumentos anti-"modas" y anti-"colonización", negando la necesidad de salir al extranjero, practicando incluso cierto proteccionismo; b) seríamos "miméticos" quienes hacemos todo lo contrario, adorar todo lo que viene del extranjero -no se viaja, pero se procura estar al día- que de inmediato se copia sin más: sin atender ni al contexto de donde nace dicha nueva propuesta temática o metodológica, ni al contexto historiográfico donde se pretende

aplicar[23]. Con frecuencia los dos extremos se manifestan en una misma persona; todos hemos oscilado de una u otra forma entre ambas posiciones, que conducen al mismo sitio: la subalternidad de la historiografía española, "conservada" de esta suerte en una eterna minoría de edad. El problema es que no sabemos, todavía, combinar originalmente lo mejor de cada parte: la valoración de la historiografía española con las cada vez más imprescendibles conexiones exteriores. Somos, más inconsciente que conscientemente, prisioneros de las dos actitudes clásicas, heredadas de la época franquista, sino de antes, hacia las "modas" extranjeras, sobre todo parisinas: el "no" de los que no ven en ello más que peligros para el sistema establecido, y el "sí" de los que no ven en todo lo que viene de fuera más que aires nuevos, aires de libertad[24]. En fin, una antinomia propia de un tiempo distinguido, en España, por un arraigado subdesarrollo cultural, del todavía no hemos salido totalmente, al menos en el campo de las ciencias humanas y sociales, y que nos ha impedido seguir consecuentemente la vías abiertas en los años 50 por Vicens Vives y, posteriormente, por Tuñón de Lara, buscadores eficaces de equilibrios y síntesis entre la innovación que viene de fuera y la propia tradición, animadores de los dos intentos más ambiciosos y recientes de fundar una escuela historiográfica española renovadora.

De factura más reciente, fruto en buena medida de las vicisitudes de las transiciones que estamos analizando -políticas e historiográficas-, es el binomio pesimismo/optimismo proyectado sobre la situación actual y las perspectivas de la historiográfia española. Naturalmente, la ideología oficial es pesimista; y a ello no es ajeno ni el desencanto político -nacional e internacional- de la generación del 68 que ha protagonizado la "historiografía

[23] Una consecuencia de esta actitud seguidista es la fea costumbre de citar solamente a autores extranjeros, dando por sentado que las aportaciones nacionales, por el hecho de serlas, no tienen el mismo valor (lo contrario de lo que, verbigracia, quitando excepciones, hacen bastantes colegas franceses).

[24] Un curioso efecto de la vigencia de estas actitudes dicotómicas es la manera habitual que tenemos de debatir sobre historiografía en España: publicando libros y artículos -excelentes, muchos de ellos- sobre las historiografías francesa, inglesa, americana, italiana o alemana.

frentepopulista", ni la crisis general de la idea de progreso. La ideología oficial se refleja no sólo en los diagnósticos "negros" sobre la realidad historiográfica -nacional e internacional- y académica, sino también en la inexistencia de alternativas. Se trata de una representación mental negativista que constituye, sin duda, el mayor obstáculo -subjetivo- para lograr que la historiografía española haga uso pleno de sus facultades y posibilidades. Consideramos sinceramente vital que confrontemos, mediante el debate, nuestro imaginario fatalista -o el voluntarista, aunque menos frecuente- con la realidad objetiva, reemplazando los juicios de valor por el análisis concreto de las propuestas concretas, es decir, situando el debate sobre las alternativas, sobre el futuro, sobre las diversas respuestas a una pregunta clave: ¿qué hacer? En el terreno de las simples percepciones individuales, es de verdad complicado articular un debate y menos aún avanzar consensos, la objetivación es por consiguiente ineluctable.

Por descontado que hay datos objetivos sobre la situación historiográfica que avalan, tanto en España como internacionalmente, el "pesimismo" pero ¿y los que informan en sentido contrario, "optimista", sobre los que habríamos de incidir si lo que nos preocupa es el futuro, si queremos ser actores y no espectadores? ¿Vamos a renunciar al "optimismo de la voluntad" que Gramsci quería completar con el "pesimismo de la inteligencia"? En la justa dosificación de inteligencia y voluntad está la solución: estamos a favor de un optimismo realista, de una inteligencia voluntariosa -o, mejor aún, de una voluntad inteligente-, porque no renunciamos ni al progreso historiográfico ni al progreso en general, y bien sabemos que después de los monstruos engendrados por la razón moderna es preciso redefinir el concepto mismo de progreso.

Siguiendo con las falsas alternativas, que reemplazan con excesiva frecuencia los verdaderos debates -por déficit también de alternativas, reales y autóctonas, sobre las que discutir-, queremos referirnos ahora a la antinomia autoflagelación/autocomplacencia (planteada de algún modo en esta Jornadas por Julián Casanova al hacernos ver los límites de la autocomplacencia), y que no deja de ser una prolongación de las antinomias anteriores.

En orden a mentalidades colectivas de los historiadores españoles, lo muy corriente es todavía encontrarse con el problema contrario: la autoflagelación. Está demasiado presente entre nosotros cierto complejo de inferioridad -en relación con las historiografías extranjeras-, originado en el antiguo régimen, que, francamente, no se corresponde con la realidad del auge de la historiografía española de los últimos treinta años. En ningún otro periodo histórico creció tanto nuestra disciplina (la historiografía liberal-positivista se redujo a grandes personalidades). De forma que estamos en condiciones de hacer un balance global bastante sólido, pese al vacio de innovación de los años 80[25], que está ahora resultando contrapesado por la revitalización que la historiografía española vive en los años 90, manifestada en la proliferación de congresos[26], revistas[27] y asociaciones[28], y en el acortamiento de plazos a la hora de la recepción de innovaciones[29] y de las traduciones de obras extranjeras[30].

Muchos de los que participamos, en 1993, en el Congreso de Santiago, tal vez un punto de inflexión de este proceso, hemos sentido que algo estaba cambiando en la historiografía española, siendo el propio resultado del

---

[25] Con actitudes negativas e infructuosas como las mantenidas, por parte de algunos sectores, hacia la historia francesa de las mentalidades (véase la bibliografía de la nota 12).

[26] "Cincuenta años de historiografía española y americanista" (Madrid, 1989); "Encuentros por una Historia viva" (Bilbao, 1990); "Historia Social" (Zaragoza, 1990), "New History, Nouvelle Histoire: hacia una Nueva Historia" (El Escorial, 1992), "Historiografía contemporánea española" (Cuenca, 1993); "A Historia a Debate" (Santiago, 1993), "La Historia en el horizonte del año 2000" (Zaragoza, 1995).

[27] "La(s) Otra(s) Historia(s)" (Bergara, 1987), "Historia Social" (Valencia, 1988), "Revista d'Història Medieval" (Valencia, 1990), "Medievalismo" (Madrid, 1991), "Historia y Crítica" (Santiago, 1991), "Ayer" (Madrid, 1991), "Taller d'Història" (Valencia, 1993).

[28] "Asociación de Historia Social" (Madrid, 1989), "Asociación de Historia Contemporánea" (Madrid, 1990), "Escuela Libre de Historiadores" (Sevilla, 1990).

[29] Es el caso de la nueva historia cultural francesa, de la microhistoria italiana y del "giro lingüístico" norteamericano.

[30] Verbigracia, los últimos libros de Furet y Hobsbawm.

Congreso un mentís a las tesis "pesimistas" de las que partíamos[31] y una demostración de como en este momento marchamos más al paso de la historiografía internacional. Lo cual no quiere decir que estemos a las mil maravillas, sucede simplemente que las condiciones subjetivas han mejorado, las estamos haciendo mejorar; tendremos que ser prudentes en nuestras expectativas pero no pacatos, sobre todo a la hora de ser generosos y emplazar nuestro debate historiográfico en una perspectiva de futuro, a sabiendas de que serán otros quienes se beneficiarán -o resultarán perjudicados- de ello.

Dos son los protagonistas de este nuevo impulso de la voluntad inteligente en España: (a) el interés por la historiografía[32]-paralelo al existente en otros países, animado por el clima de debate, y por las asignaturas homólogas de los planes nuevos-, y (b) la nueva historia social[33]. En el primer caso, después de estar años quejándonos -y con toda la razón- de la ausencia de reflexión[34], el progreso es substancial, dada la escasez de tradición. El auge reciente de la reflexión historiográfica en España -antes sólo interesaba a individualidades aisladas- refleja el avance internacional del nuevo paradigma, demuestra que España está venciendo el retraso usual, si bien -

[31] "Presentación", *Historia a debate. I. Pasado y futuro*, Santiago, 1995, pp. 9-10.

[32] VV. AA., *La historia subversiva. Una propuesta para la irrupción de la historia en el presente*, Bilbao, 1990; VV. AA., *Tendencias en historia*, Madrid, 1990; Gonzalo PASAMAR, *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, 1991; Josep FONTANA, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, 1992; VV. AA., *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993; Pedro RUIZ TORRES, ed., *La historiografía*, Madrid, 1993; Enrique MORADIELLOS, *El oficio de historiador*, Madrid, 1994; Saturnino SÁNCHEZ PRIETO, *¿Y qué es la historia? Reflexiones epistemológicas para profesores de Secundaria*, Madrid, 1995; Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, *Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid, 1995; Julio ARÓSTEGUI, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, 1995.

[33] Para cuyo desarrollo ha sido importante el artículo de José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma: "Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?", *Revista de Occidente*, nº 12, 1982, pp. 19-41.

[34] Julio VALDEÓN, "La historiografía española a finales del siglo XX: miseria de la teoría", *Historia a Debate. I. Pasado y futuro*, Santiago, 1995, pp. 309-317.

reconozcámoslo- todavía es excesiva nuestra dependencia del "exterior" a causa de la superviviencia del complejo de inferioridad de origen franquista/antifranquista, sin anterior.

Para que de la revitalización en curso resulte el perfil nacional e internacional de la historiografía española que estamos propugnando, es menester -además de un pensamiento historiográfico autónomo- una mayor incorporación al debate y a la reflexión de los historiadores jóvenes[35], que en definitiva serán quienes van a desarrollar la historiografía española en el siglo XXI, y, por otro lado, la unificación del debate y de la reflexión entre las diversas áreas de conocimiento histórico[36], cuando menos entre medievalistas, modernistas y contemporaneístas, incrementando la comunicación inter-áreas, los congresos conjuntos (como el de Santiago y, en general, los que viene organizando de Zaragoza la Institución Fernándo el Católico[38]), etc. Para lo cual es imprescindible resolver otro problema, asimismo heredado de la transición: la primacía del contemporaneísmo[39] en el seno de la "historiografía frentepopulista", por cuanto conlleva la marginación de aquellas épocas históricas que fueron "ensalzadas" por el franquismo, la Edad Media y la Edad Moderna. Terminar, en este sentido, la transición historiográfica en España implica reequilibrar el interés público y académico -especialmente en la enseñanza media- en favor de la historia de España anterior a la república, guerra civil y dictadura franquista (y de la historia universal anterior al siglo XX o la II Guerra Mundial). Cuestión que

[35] En el Congreso de Santiago hemos constatado que ello es posible, "Presentación", p. 7.

[36] La creación de una nueva área de conocimiento sobre historiografía, con investigadores provinientes de las actuales áreas, coadyuvaría al objetivo de reunificar la comunidad de historiadores españoles.

[38] La verdad es que la participación de todos está más garantizada cuando la organización recae en medievalistas y/o modernistas; los colegas contemporaneístas suelen ser más "endogámicos", por el efecto del propio desarrollo del área desde la transición y de una mayor tradición en cuestiones de reflexión historiográfica, todo hay que decirlo.

[39] José Luis DE LA GRANJA, "La historiografía española reciente: un balance", *Historia a debate. I. Pasado y futuro*, Santiago, 1993, p. 301.

desborda, naturalmente, al ámbito historiográfico, pero no por ello su resolución es menos imperiosa. La homologación internacional reclama, también, una historiografía que cubra por igual todas las edades históricas[40], que sea capaz de recrear en los ciudadanos una conciencia histórica verdadera, profunda, esto es, que vaya más allá de las últimas contiendas civiles, del tiempo vivido por nosotros y por nuestros padres[41]. Sobre estas dos cuestiones, homologación internacional e historia de España, tan interrelacionadas, todavía añadiremos algo más, aun a riesgo de repetirnos, puesto que constituyen dos tareas fundamentales -junto con la incorporación de la nueva generación- tanto para poner término a la transición historiográfica española, como para lograr que la historiografía española juegue el papel que le corresponde en el proceso de formación del nuevo paradigma historiográfico.

Para nosotros no hay mejor índice de las posibilidades de homologación internacional de la historiografía española que la experiencia del Congreso Internacional que hemos organizado en julio de 1993 en Santiago de Compostela. Verificamos allí que vamos en el buen camino de la desmarginalización de la historiografía española, pero todavía falta un buen trecho por recorrer, en dos sentidos complementarios: (a) una recepción más crítica de las innovaciones que vienen de fuera; y, sobre todo, (b) un intercambio más igualitario con las historiografías extranjeras, que es lo más difícil: pensar con la propia cabeza. Para lo cual es condición necesaria, pero no suficiente, estar al día, potenciar las conexiones internacionales de la historiografía española, en lo que se ha progresado bastante en lo que va de década, antes nunca se había viajado tanto -sobre todo los jóvenes-[42]. Valoramos positivamente el dinamismo de la historiografia española y la

[40] Historiografías democráticas europeas -como la francesa- tienen más bien el problema contrario: predominio del modernismo y del medievalismo.

[41] Conforme el voto del miedo cuente menos en España, más fácil nos será a los historiadores liberarnos del "frentepopulismo" con su ultracontemporaneísmo anexo.

[42] Durante la renovación historiográfica de los años 70 se viajó mucho menos por las dificultades existentes tanto de tipo político como idiomático.

pronta recepción de novedades internacionales en lo que va de década, los pasos siguientes, en el horizonte del año 2000, han de dirigirse a que nos sostengamos con nuestros propios pies.

La cuestión ahora es, sobre todo, subjetiva: cambiar las actitudes colectivas, las propias y también las ajenas, al tiempo que las prácticas historiográficas. La tradición historiográfica española ha sido sucesivamente dependiente de Alemania, de Francia, de Gran Bretaña (años 80) y, últimamente, si bien en mucha menor escala ya que no han desaparecido los influjos anteriores, de EE. UU. y de Italia. De hecho sabemos más de las historiografías contemporáneas citadas que de la propia historiografía española (sobre todo de la segunda mitad del siglo XX), y no lo comentamos porque no valoremos el trabajo que se viene haciendo, y que habrá que seguir haciendo, por analizar, y difundir, desde España, las características y la evolución de las restantes historiografías europeas[43], sino por el coste que supone. Tratamos de orientar la historiografía española indirectamente, sin citar prácticamente autores españoles, por medio de estudios sobre historiografías extranjeras: una suerte de alienación historiográfica que pone de manifiesto las dificultades que tenemos para asumir nuestro pasado historiográfico, en definitiva la propia identidad, y hace que nos pasen despercibidas tentativas españolas valiosas de abrir originales vías de investigación, que habrá que redescubrir y animar.

La plena integración internacional de la historiografía española, basada en el intercambio, requiere en resumidas cuentas una mayor atención a la investigación de la historiografía española más reciente, un gran esfuerzo para la elaboración de alternativas historiográficas -desde España- sobre los problemas de la historiografía internacional, de modelos "exportables" de

[43] Nosotros mismos lo hemos intentado en relación con la última historiografía francesa, "La 'Nouvelle Histoire' y sus críticos", *Manuscrits. Revista d'Història Moderna*, n° 9, Barcelona, 1991, pp. 83-111; "El 'tournant critique' de Annales", *Revista de Història Medieval*, Valencia, n° 2, 1991, pp. 193-197; "La contribución de los terceros Annales y la historia de las mentalidades. 1969-1989", *La otra historia: sociedad, cultura y mentalidades*, Bilbao, 1993, pp. 87-118.

investigación[44], recreando planteamientos "importados"... Formar a los jóvenes en esa dirección es vital, puesto que estamos hablado de metas historiográficas para el siglo que viene, y ello sólo será posible si superamos la nociva idea de que para reflexionar sobre metodología, historiografía -campo de investigación que de un modo u otro se está imponiendo- o teoría de la historia, o para hacer planteamientos temática o metodológicamente renovadores, es necesario tener años y años de experiencia, o, lo que es aún peor, determinado estatus académico: la experiencia de nuestra generación fue más bien la contraria.

¿Qué hacer con la historia de España?

El lugar en el mundo de la historiografía española guarda una relación más directa de lo que se piensa con el papel de la historia "en" España, y ésto a su vez tiene que ver con la atención que los historiadores prestamos a la investigación y difusión de la historia "de" España, y ahí damos en hueso.

La historia de España de Viriato, la lista de los reyes godos y el imperio hacia Dios, ha sido sustituída por la historia de Galicia, Euskadi, Cataluña, Murcia, Madrid, Castilla-León, Andalucia, Menorca y demás nacionalidades, regiones y localidades... de España. La transición política no influyó demasiado, según hemos visto, sobre las alineaciones -políticas- de los historiadores, pero sí sobre el distribución del poder político, que, pasando del centralismo franquista al Estado de las autonomias, determinó[45] el tipo de historia predominante en la España democrática: la historia nacional catalana,

---

[44] Nuestro hispanista Bernard Vincent, de la EHESS de París, lo planteó crudamente en Santiago: *Historia a debate. I. Pasado y futuro*, Santiago, 1995, p. 68.

[45] Algunas causas: interés de los gobiernos autónomos -de todos los matices políticos- por la historia propia, facilidades para la financiación de investigaciones y para la publicación de libros de materia regional-local, transferencias de las universidades a las Comunidades Autónomas, afán conmemorativo de las gestas locales, existencia de un público culto...

vasca y gallega, la historia regional y local[46]. España[47] como marco de investigación, de reflexión y de síntesis historiográficas, casi ha desaparecido entre los historiadores profesionales. Con lo que se ha roto, al mismo tiempo, con la historiografía franquista y con la historiografía republicana[48], y se prolonga, indebidamente, el envejecido paradigma compartido de las monografías regionales, cuando la tendencia dominante hoy es la pluralización de la escalas de investigación, desde la microhistoria a la historia comparada, así como el retorno del Estado-nación como ámbito historiográfico. A diferencia de otros aspectos mentados de nuestra inacabada transición historiográfica, aquí son las insuficiencias de la transición política las que inciden negativamente sobre el tránsito de la escritura de la historia, en España, de la época de la dictadura a la época de la democracia. Está claro que "el problema nacional" todavía no ha asumido entre nosotros su conformación definitiva, cuando menos en la plano de las mentalidades colectivas y de la cultura.

Se nos anima a investigar, desde España, la historia de Europa, Asia o África, a practicar un "hispanismo al revés", y no vamos a negar su necesidad, pero entre la historia regional-local y la historia de otros países, ¿quién escribe la historia global de España, además de los colegas hispanistas e iberistas?[49]

---

[46] Se denuncia esta marcada tendencia localista, y a la vez el desinterés por la historia de países extranjeros, en Juan PRO RUIZ, "Sobre el ámbito territorial de los estudios de historia", *Historia a debate. III. Otros enfoques*, Santiago, 1995, pp. 59-66.

[47] Ni siquiera se ha generalizado en los ambientes historiográficos de izquierda el sustantivo "España", todavía decimos "este país", el "Estado español", como hace veinte años; no ha pasado lo mismo en otros ámbitos culturales, en los medios de comunicación social o en medios políticos de todos los signos, incluídos nacionalistas antaño periféricos.

[48] Evoquemos aquí la polémica Sánchez-Albornoz / Américo Castro sobre las tres culturas y la formación histórica de España.

[49] Planteamos también este delicado problema al convocar el Congreso de Santiago (*El País*, 3 de julio de 1993; repoducido en *Historia a debate. I. Pasado y futuro*, pp. 17-18), si bien reconocemos que no le hemos dedicado la atención que se merece en el programa y, por lo tanto, en las Actas.

El abandono por parte de la mejor historiografía española, en los últimos veinte años, de los "temas españoles" ha traído como consecuencia un envejecimiento de los manuales para la asignatura "historia de España" de tal o cual época que, en el mejor de los casos, cuando se han renovado, consisten por lo regular en el yuxtaposición de historias o monografias regionales de historia económico-social (si se trata de historia política, cultural, militar, diplomática, biográfica: ni eso[50]). Y al desfase entre docencia e investigación, en lo tocante a historia de España, hay que añadir el desconcierto actualmente existente sobre la función social del historiador español más allá de su Comunidad Autónoma (que además entrñe un desconcierto político no es, desde luego, un consuelo). Para nosotros, no cabe duda: la marginación de la historia "en" España -y de las ciencias humanas-, y la marginación de la historia "de" España entre los historiadores españoles, es un mismo problema, o si se quiere son dos problemas que se alimentan mutuamente. El desinterés de los gobiernos centrales -empezando por los sucesivos ministros de Cultura y de Educación- habidos, desde la transición, por la reconstrucción democrática, multinacional y científica de la historia de España está intimamente ligado a la imagen de "inutilidad" de la profesión de historiador y de los estudios de historia en "este país".

¿Qué papel puede jugar la historiografía española en España y en el mundo si no conseguimos que los españoles conozcan, y amen, su historia común y diversa, si no les convencemos de que la "España" actual, democrática y plurinacional, no es la "España" del general Franco, de la Restauración y del absolutismo monárquico? Donde los dirigentes políticos están fracasando, ¿no tendríamos los historiadores que decir algo? ¿Cabe alguna duda científica sobre la realidad historiográfica de España? No, aunque lo que si caben son dudas ideológicas. Se puede comprender, políticamente, a un historiador que, apoyando una opción independentista, desee la desaparición del Estado español y de España como sociedad civil, tal como se ha constituído -bien contradictoriamente- los últimos cinco siglos,

[50] Todavía resulta imprescindible el *Diccionario de Historia de España*, publicado en 1952, en pleno franquismo, que detiene la historia de España... el 14 de abril de 1931.

y por lo tanto se desentiende absolutamente de la historia de España. Pero ese no es la caso de la inmensa mayoría de los historiadores gallegos, vascos y catalanes, por hablar solamente de las nacionalidades históricas, incluídos aquellos historiadores que se identifican con las opciones electorales nacionalistas mayoritarias (que para nada levantan la bandera de la independencia cuando piden el voto).

Planteando este dilema a debate en una clase de historiografía, uno de mis alumnos argumentó: "a historia de España que a fagan eles". Ahí se ve la justa indignación por siglos de absolutismo centralista, pero también la continuidad de las mentalidades heredadas. ¿Quiénes son, en este momento, "ellos", los "otros"?¿Castilla? ¿Madrid? Unos y otros están haciendo lo mismo que los demás: sus historias regionales y locales. ¿El gobierno? ¿El Estado? Pasan de historia y de Cultura con mayúsculas, esa es la pura la verdad. "Ellos" ahora somos todos: somos nosotros. Y lo mejor que puede suceder con la historia de España es que se reconstruya desde sus nacionalidades y regiones, y también desde la "historiografía frentepopulista" ahora ya tradicional. Es la mejor manera de evitar el resurgimiento del vetusto nacionalismo españolista de tan mal recuerdo (temor que está en la base de nuestras inhibiciones políticas e historiográficas al respecto, lo sabemos).

Así como estamos luchando por la normalización de las lenguas gallega, vasca y catalana, por la reconstrucción nacional o regional de nuestros respectivos países, dando clases y publicando en nuestros idiomas nacionales, investigando sobre nuestras historias nacionales o regionales, ¿no es hora ya de plantearse como objetivo -sin abandonar lo anterior, claro está- la reconstrucción historiográfica de concepto de España como nación de naciones? La pertenencia, objetiva y subjetiva, del ciudadano a la nación fue excluyente en el siglo XIX -cada nacionalidad, un Estado- pero se hizo inclusiva a lo largo del siglo XX. Nacionalidades medievales sin Estado, Estado-nación, Europa como nueva comunidad nacional en el horizonte: son los círculos concéntricos de nacionalidad que convierten en arcaico y decimonónico al nacionalismo insolidario, cuando no agresivo, que ha vuelto

por sus fueros intentando llenar el vacio dejado por el derrumbe del muro de Berlín.

Para no retroceder al siglo XIX, también en España, urge ayudar al joven régimen democrático a contestar, desde la historia, a la difícil pregunta de qué es España en el horizonte del año 2000. ¿Cómo se articula la historia de las regiones y nacionalidades con la historia de España? Respuestas que exigen ir más allá del 36 y de la Edad Contemporánea, y que condicionan además el rol futuro de la historia en la enseñanza, la investigación, la edición y los media de lo que antes llamábamos "este país".

El gran éxito de librería de la *Breve historia de España* (1994), de Fernando García de Cortázar y José Manuel González Vesga, añade una dimesión desconocida, durante los años 80, a la revitalización de la historiografía española: la historia tiene ya una demanda de "masas". Anteriormente, los escasos best-séllers de historia -y escritos por historiadores- solían ser obras de autores extranjeros (Georges Duby, John Elliott), y no siempre sobre temas españoles, y ahora tenemos autores españoles, y como tema la historia de España. Algo está cambiando en la historiografia española. Se retoma un género, las historias no centralistas de España, que tuvo ilustres precedentes, en vida de Franco: la historia de España de Jaime Vicens Vives (1952), la historia de España de Alfaguara (1973), la historia de España de Pierre Vilar (1975), y sus prolongaciones durante la transición: en 1976, sale *Historia 16*, y, en 1980, la historia de España de Tuñón de Lara. Después, un silencio de quince años[51], hasta la historia de España de Fernando García de Cortázar, quien en 1990 -a comienzos la década actual, decisiva una vez más para el futuro de la historia en España- aparecía como sostenedor de una publicación, "La historia

[51] Por supuesto que se publicaron infinidad de libros de texto, fascículos para preparar clases u oposiciones, importantes historias de España de gran formato, pero ya no historias de España como las citadas que fuesen igualmente proyectos historiográficos, culturales, incluso políticos.

subversiva. Una propuesta para la irrupción de la historia en el presente", y de unas jornadas, "Encuentros por una Historia viva", bien significativos[52].

Esta idea que estamos propugnando de redefinir España, a través de la historia común y diversa de sus pueblos, no va dirigida tanto al poder político como a la sociedad civil, que es donde se puede esperar una reacción contra la esquizofrenia actual[53]. Salvo la imagen del Rey -y eso gracias al 23F-, los restantes símbolos constitucionales que identifican legalmente a la España democrática, esto es, el himno, el escudo y la bandera, están casi totalmente marginados de la vida social, política y cultural: se usan exclusivamente en actos, edificios y despachos oficiales. En el campo político, ni siquiera el actual Partido Popular "centrado" hace ondear la bandera bicolor en sus mítines. Todos los partidos y sindicatos llevan a sus actos públicos la bandera propia con sus siglas (sobre un fondo blanco, normalmente), y la bandera de la nacionalidad o región respectiva. En la calle, la bandera nacional-española no está demasiado prestigiada, sigue teniendo una imagen franquista, como de extrema derecha, y no digamos el himno: cada vez que lo escuchamos ¿no nos retumba en los oídos la letra de "Franco, Franco..."?, ¿no continuamos "viendo" a los lados del águila del escudo constitucional el yugo y las flechas? El caso es que hubo tiempo para intentar cambiar estas representaciones sociales negativas: casi veinte años. En el Hotel Convención de Madrid hubo que aceptar la monarquía y los símbolos de la España franquista para dar luz verde a la España democrática, mas ahí se quedó todo, contentado el ejército y demás poderes fácticos, nadie más se volvió a preocupar del asunto. Pudo haberse puesto otra letra al himno constitucional; pudimos incluso añadir una banda morada a la bandera roja-y-gualda (del mismo modo que los algunos

---

[52] Y no es el único que, desde posiciones progresistas -y hasta federalistas-, plantea el problema de la desnacionalización de España -y la específica responsabilidad de la izquierda antifranquista-, César ALONSO DE LOS RÍOS, *Si España cae...*, Madrid, 1994; véase asimismo la nota ?.

[53] Dos ejemplos concretos: las televisiones gallega, vasca y catalana todavía no se pueden ver por los canales normales en toda España; hasta el día 23 de septiembre de 1995, en que un periódico distribuyó el nuevo mapa de España basado en las Comunidades Autónomas, hemos seguido utilizando el mapa de la España provincial...

nacionalistas gallegos ponen una estrella roja a la bandera gallega); pero nada se hizo, ¿por qué no interesaba?, ¿para no molestar a los aliados nacionalistas catalanes y vascos? En todo caso, lo creemos muy sinceramente, porque no se sabía, por ignorancia o dejadez. No se sabía, y sigue sin saberse, que toda transformación política del presente que no transforme la percepción del pasado, cava su propia tumba en un terreno nada despreciable: el imaginario colectivo de unos pueblos que, con o sin ayuda de la historia, siguen viviendo juntos, y se sienten "gallegos y españoles", "vascos y españoles", etc.

Las limitaciones de la transición política inciden negativamente en la transición historiográfica. Al margen de las carencias culturales de los políticos gobernantes, la responsabilidad de los historiadores es llevar buen puerto la transición inacabada de la historiografía española, coadyuvando así a poner fin a la transición política[54], superando dialécticamente las dos historias de España, la "roja y separatista" y la "fascista y nacional", asumiendo para ello el espíritu reconciliador de la transición poítica -hasta donde lo permita el rigor y la cientificidad de nuestro trabajo- y, haciendo caso omiso de la dimisión al respecto de algunos poderes públicos, dotando a los pueblos de España de una conciencia histórica, común y diversa, que vaya más allá de la guerra civil y de sus resultados. También para esta tarea es imprescindible incorporar a los jóvenes historiadores, a las generaciones que nacieron con la democracia y que, por lo tanto, para bien y para mal, no tienen ningún referente "frentepopulismo" o franquista que dejar atrás.

La crisis laboral de los jóvenes historiadores

Afrontar en España la crisis laboral de los jóvenes historiadores como un problema propio, institucional, de todos los historiadores, es una cuestión urgente, por varios motivos:

---

[54] La estructura tendencialmente federal del Estado democrático español no será irreversible hasta que diversidad y unidad no se consoliden en el plano de la cultura, de las mentalidades, de las emociones y de los símbolos, impediremos de este modo que algún día puedan volver las "banderas victoriosas".

1) Porque son nuestros alumnos, y el primer compromiso social, como profesores e investigadores, ha de ir dirigido hacia aquellos jóvenes que estamos formando sabiendo de las escasas posibilidades que van a tener para trabajar en su profesión. Por no hablar del problema que supone dicha inestabilidad laboral para la continuidad de los equipos de investigación.

2) Porque la crisis laboral es inseparable de la crisis epistemológica. La crisis de nuestra disciplina es global: social (laboral e institucional), propiamente historiográfica (de escuelas y paradigmas compartidos), e ideológica y filosófica (crisis del marxismo y demás filosofías de origen ilustrado que conforman el substrato teórico la historiografía del siglo XX).

La gravedad de nuestra crisis laboral, doblemente social -desempleo de jóvenes titulados, y escaso papel de la historia y los historiadores en la sociedad-, hace, como ya dijimos, de la historiografía española un escenario ideal para comprender, y afrontar, la crisis finisecular de la historia. Siempre y cuando, los historiadores instalados, más allá de toda autocomplacencia como funcionarios y miembros de la academia, seamos solidarios con los empiezan[55], y sepamos ver, con lucidez, que el debate historiográfico no tiene salida fuera del debate social, profesional. La crisis de la historia tiene una base social y material más que evidente. Nuestro entramado académico e instucional, cimentado en la funcionarización, puede soportar la crisis epistemológica pero no la crisis laboral, social; de hecho si esta continuase agravándose, ¿podemos excluir en el futuro "reconversiones" que nos afecten muy directamente? De continuar la crisis de historiadores la marea acabará por alcanzarnos a todos, y, precisamente, hay crisis de historiadores porque hay crisis de la historia, la peor crisis de la historia.

Cuando en la calle -y en los despachos oficiales- se comenta que la carrera de historia no tiene salidas, que no sirve para nada, se cuestiona su utilidad social y, en último extremo, su cientificidad, ¿podemos permanecer los historiadores de oficio de espaldas a esa preocupación? Las preguntas que nos hacemos sobre la utilidad y la cientificidad de la historia como disciplina

---

[55] Un ejemplo a seguir: la participación escrita de José Luis Martín en la mesa redonda "La historia en las universidades", *Histoira a debate. I. Pasado y futuro*, Santiago, 1995, p. 63.

tienen mucho que ver, seamos o no conscientes de ello, con lo que piensa la sociedad y los poderes públicos de los profesionales de la historia, entre otras cosas porque nos incumbe materialmente: a menos prestigio social menos alumnos de historia, menos plazas de profesores-investigadores, menos medios para la investigación. Separar las condiciones materiales y sociales del ejercicio intelectual de nuestra profesión, la crisis laboral de la crisis de identidad, la crisis de los historiadores de la crisis de la historia, es caer en el autoengaño.

3) Porque afecta al relevo generacional. La revitalización historiográfica de los años 90 coincide -otra vez la paradoja que posibilita la intervención de la voluntad inteligente- con la congelación de plantillas en las universidades españolas, y en la enseñanza media -en buena parte de las autonomías-. Si la situación no cambia -o sea, si no la hacemos cambiar- en los próximos años[56], la perspectiva es que estaremos impartiendo docencia -y en su caso investigando- las mismas personas los próximos 20 o 30 años, con todo lo que eso puede conllevar de estancamiento y ruptura de la cadena de transmisión de conocimientos, sobre todo en el actual momento de transiciones historiográficas. La historia no tiene futuro si los historiadores que comienzan no tienen futuro.

4) Porque implica la desprofesionalización creciente de nuestra disciplina. Cada vez son más los jóvenes colegas que trabajan en cualquiera otra cosa, y, no obstante, investigan, publican y hacen su tesis, cuando no son ya doctores y bedeles, carpinteros o vendedores. El coautor de la *Breve historia de España*, José Manuel González Vesga, historiador-guarda jurado, es el ejemplo más conocido, pero hay más: los miembros de la Escuela Libre de Historiadores de Sevilla, y tantos otros, el fenómeno no ha hecho más que empezar.

No vamos a negar que esta desprofesionalización de la historia tiene sus cosas positivas -un mayor contacto que los profesores universitarios con la realidad social, por ejemplo- pero, globalmente, es un retroceso al siglo XIX,

[56] Los cambios políticos que se avecinan amenazan más bien con la congelación de la oferta pública de empleo.

es el retorno del historiador aficionado -sólo que ahora con una formación académica-, y guarda relación con las fuerzas que empujan la historia hacia la literatura, alejándola de las ciencias sociales. De nuevo la degradación de la concepción de la historia y el deterioro de su base material, van juntos, se retroalimentan.

Esos jóvenes historiadores que hacen su tesis sin beca, que investigan sin cobrar, que dan clases de historia en asociaciones de vecinos y centros de la tercera edad, sometidos a menudo a una doble jornada laboral, sabiendo que todo ese esfuerzo no les van a permitir -hoy por hoy- trabajar en lo suyo, en aquello para lo que fueron formados -con el dinero público-, muestran una ilusión por la historia encomiable, dan la medida de la vitalidad que se puede esperar de las nuevas generaciones de historiadores.

Aunque sobre el dinamismo de las nuevas generaciones también se pueden esgrimir argumentos en sentido contrario. Lo vemos todos los días en las clases: conformismo; conservadurismo metodológico e historiográfico; individualismo y competitividad ambiental; desinterés de muchos estudiantes de historia por una carrera que no fue elegida entre las primeras opciones, etc. Con todo, tal vez habría que recordar aquí que los jóvenes, y más en un tiempo en que no hay lucha generacional, reflejan lo que les enseñamos, son a su modo fieles a su época, a la sociedad que nosotros mismos hemos construído.

En adelante, la decisión que debemos tomar los profesores numerarios, y a pesar de ello sumamente inquietos por la situación de nuestra disciplina, es en qué parte de los jóvenes historiadores nos vamos a apoyar para luchar por el futuro de la historia. Tampoco hay demasiadas opciones.

Ciertamente, estamos enfocando el problema laboral de los historiadores en formación desde el punto de vista de los historiadores establecidos, ¿qué papel le corresponde a los propios jóvenes licenciados, o doctores, en este crucial "combate por la historia"[57]? El de tratar de coger su

[57] Los "combates por la historia" de Lucien Febvre eran historiográficos, contra una historia tradicional, positvista, "historizante", hoy, particularmente en España, son también, y sobre todo, contra la subalternidad de la historia y las ciencias humanas en una sociedad que muchos quieren regida por el "pensamiento único".

destino en sus manos[58]. No es otra la enseñaza que les podemos legar la generación del 68 -cualesquiera que fuese la derivación ideológica posterior de parte de sus miembros- a los jóvenes actuales, y más aún a los jóvenes venideros. A sabiendas de que los contextos históricos, sociales e ideológicos, no son los mismos. Pero hay verdades que permanecen: que nadie espere sentado a que le resuelvan su problema, corre el riesgo de morir de inanición, y no todos lo jóvenes son fatalistas, ya lo hemos visto, no se debería generalizar a la hora de hablar del conformismo social de los jóvenes de hoy.

En 1989 hubo ya movilizaciones de los estudiantes italianos en defensa de los estudios de letras. El 21 de noviembre de 1995[59], decenas de miles de estudiantes franceses se manifestaron, junto con los profesores, en demanda de más plazas de profesores universitarios y de más dinero para la educación superior, siendo las facultades de letras de las más afectadas por los dificultades económicas, que, por lo demás, son generales -dieron lugar asimismo por esas fechas a movilizaciones en Bélgica y Holanda-, y consecuencia de políticas ultraliberales aplicadas por doquier[60], desde los años 80, que amenazan con mermar severamente los gastos sociales en educación, sanidad y pensiones a finales de los años 90[61].

El desempleo masivo de los jóvenes licenciados de historia, y la falta de plazas para los jóvenes historiadores con vocación y formación de investigadores, remiten a dos problemas más generales que se presentan agravados en España: el paro y la financiación de la investigación científica. Soportamos más de un 22 % de paro, el mayor de la Unión Europea, el doble

[58] Un ejemplo a seguir: la comunicación presentada en Santiago por la Escuela Libre de Historiadores, "La universidad más allá de la institución. La historia más allá de la universidad", *Historia a debate. III. Otros enfoques*, Santiago, 1995, pp. 257-264.

[59] *El País*, 22 de noviembre de 1995, p. 26.

[60] La universidad abandonada al mercado, sucumbe, porque la ley de la oferta y de la demanda desvirtúa su principal función: la cultura, el pensamiento crítico, la investigación.

[61] No es casual que los estudiantes franceses fuesen la avanzadilla -como en Mayo del 68, aunque en otros y capitales aspectos las diferencias son notables- de una huelga obrera paradigmática -en diciembre del 95- en defensa del Estado de bienestar.

que en Alemania y el cuádruple que en EE. UU., y un gasto del 0, 8 % del PIB en investigación, un tercio del 2, 5 % de Norteamérica.

Hubo un momento, en la década pasada, en que el paro ha dejado de ser un problema obrero y prinipió por concernir seriamente a las clases medias[62], principalmente a los jóvenes titulados universitarios, dentro de los cuales los investigadores -escogidos entre los mejores expedientes- hace bastante tiempo que han dejado de ser unos privilegiados. Fijémonos sino en el caso de los becarios de investigación, pre y posdoctorales, del CSIC y de las universidades, frecuentemente educados en el extranjero, y abocados salvo excepciones al paro o a la emigración, después de años y años de formación a cuenta del Estado[63]. Y, dentro de esta difícil problemática, los investigadores en historia, y demás ciencias tenidas por "inútiles" y/o "inexistentes" según la ideología dominante, están peor que los aspirantes a científicos aplicados y tecnólogos. No tenemos más que ver las áreas prioritarias de investigación I + D, tanto en la Unión Europea como en España; las ciencias humanas y sociales están prácticamente ausentes, y en el caso de la historia la omisión es total. Otro punto de conexión entre la crisis del paradigma común de los historiadores del siglo XX (la historia científica) y las endebles realidades materiales, en este caso como furto directo de las políticas científicas oficiales, generadoras de desempleados de lujo, en el sentido de que es un lujo para la sociedad prescindir de sus servicios.

También sucede que cuando los parados o investigadores son de la carrera de historia, los problemas crecen, por una cuestión de imagen: los licenciados de letras no están mucho más parados que los de otras carreras -teóricamente con más salidas, pero también más masificadas-, pero lo parecen. Las representaciones colectivas generadas desde el poder nos juegan aquí una mala pasada. Las políticas educativas, culturales y científicas de tipo tecnocrático aplicadas en España, desde principios de los años 80, han

[62] En las dificultades crecientes de las clases medias está, sin duda, una parte de la explicación del ascenso electoral del centroderecha en España.

[63] El año pasado se recortó todavía un 8,5 % el presupuesto dedicado a investigación científica "en solidaridad con otras políticas", según el secretario de universidades en el Congreso de Diputados (10 de octubre de 1995).

marginado y desprestigiado a las ciencias humanas y sociales de tal modo, que podemos "presumir" de una situación "especial" en el conjunto de Europa. Gran Bretaña, Alemania, Francia[64], empiezan a estar de vuelta del economicismo en el campo de la educación y la investigación.

El futuro de las ciencias humanas

Naturalmente, las "humanidades" han venido reaccionando contra las políticas tecnocráticas, remozadas por el posmodernismo, en su aplicación a la enseñanza secundaria. En la década pasada, la historia[65], ahora mismo los estudios clásicos y la filosofía. Los argumentos son semejantes: contra la "robotización" de la sociedad, enseñar a pensar críticamente; enseñar a pensar históricamente, diríamos nosotros. En la campaña electoral del 3 de marzo de 1996, que se inicia cuando estamos acabando este texto, los partidos políticos hablan incluso del "empobrecimiento alarmante de la formación en materias humanísticas y científicas"[66], pero después todo sigue igual, o sea mal, o peor, porque son promesas electorales[67], porque -en España- los contenidos de la educación, y demás temás de "alta cultura", no suelen interesar a los presidentes de gobierno, y porque los sectores sociales y culturales interesados no presionamos lo suficiente, y lo suficientemente unidos. En algún momento habrá que abrir un debate público sobre el papel

[64] Los estudiantes franceses escogen hoy los estudios de letras (entre los cuales la historia sigue representándose como la primera entre las ciencias humanas) y de ciencias en una proporción semejante, en la enseñaza media y en la enseñanza universitaria, de forma que los problemas de los jóvenes historiadores son menos distintos de los que tienen los demás.

[65] Julio VALDEÓN, *En defensa de la historia*, Valladolid, 1988.

[66] José María Aznar en un acto explicativo del programa electoral del PP en el campo de la educación (resumen de agencias de prensa: *Faro de Vigo*, 15 de febrero de 1996; también *Gaceta Universitaria*, 21 de febrero de 1996); parecidas preocupaciones se pueden encontrar en el programa electoral del PSOE en la campaña electoral de 1993.

[67] ¿Quién no asume, por ejemplo, que España debe pasar del 0,8 % al 2%-la media europea- del PIB en investigación?; lo dice Carlos Robles Piquer, presidente de la Comisión Nacional de Investigación del PP, en una carta a *El País* el 15 de febrero de 1996.

de la historia, y de las ciencias humanas, y de la Cultura con mayúsculas, en las aulas, en la sociedad, en la investigación, en los medios de comunicación..., y en las Cortes que tengan que decidir los presupuestos del Estado; un debate nacional sobre si la integración en Europa es principalmente una cuestión de comercio y productividad, como se viene diciendo, o es también una cuestión de cultura y de educación, de competividad intelectual además de tecnológica. La verdad es que, en números relativos, estamos hoy más lejos de la Europa de la Cultura que hace diez o quince años. ¿Cuántos intelectuales o investigadores españoles son traducidos al francés, inglés o italiano? ¿En qué cabeza cabe que el desarrollo económico, social y político de un país puede realizarse sin un desarrollo cultural serio, profundo?

"El siglo XXI será posliberal, quizás incluso antiliberal", escribía el pasado mes Alain Touraine[68]. En esa misma dirección, la Comisión de Cultura y Desarrollo de la UNESCO recomendaba recientemente modificar las estrategias de desarrollo, definiendo de nuevo la noción de desarrollo, de modo que se tenga en cuenta su dimensión humana, aseverando que "los viejos modelos de desarrollo basados únicamente en el crecimiento económico y la satisfación material" estaban "condenados al fracaso"[69]. La sociedad civil francesa, fiel barómetro -desde los tiempos de Marx- de las corrientes sociales e ideales, anticipa tal vez el futuro al mantener y/o reponer el papel de la historia y las ciencias humanas en la enseñanza, al tiempo que reacciona contra la reducción de los gastos estatales en educación, y se enfrenta al neoliberalismo rampante, anunciando -según Touraine- su fin.

El lector se preguntará por qué establecemos una relación tan directa entre una política económica, el neoliberalismo, y la situación social y académica de la historia y las ciencias humanas. Pensamos que la vuelta del liberalismo económico -el liberalismo político es otra cosa- entraña el retorno de una concepción economicista, materialista vulgar, de la vida político-

[68] *El País*, 7 de enero de 1996.

[69] *La Voz de Galicia*, 11 de noviembre de 1995.

social, y cultural, que las ciencias humanas y sociales habían ya sobrepasado[70]. Por ello el futuro de éstas depende del fracaso de aquél en favor de otras políticas, que tengan en cuenta al hombre y a la cultura.

La universidad no puede estar al servicio de la economía, sin más. En España, se están alzando voces lúcidas que piden "un debate serio y riguroso sobre la misión de la Universidad" a la vez que se lamentan de que el Ministerio de Educación y Ciencia, "que se ha quedado prácticamente vacío de competencias administrativas y de dinero", no haya sido "el impulsor y el promotor de ese debate". Debate que ha de centrarse en la Ley de Reforma Universitaria, que, nacida en plena euforia neoliberal, se propuso adecuar las enseñanzas universitarias "a las demandas del sistema productivo, a las demandas de la empresa". La universidad "tenía que preparar a la gente para los empleos que existían en el mercado, sencillamente". Y la "consecuencia de pensar en ella como una una fábrica de empleados" es su conversión en una "fábrica de parados". La propuesta del autor, que nosotros asumimos, es que "la LRU necesita, más que una reforma, un nuevo espíritu, un nuevo impulso", que permita recuperar la función eminentemente cultural de la universidad: "la función de la Universidad como principal agente de la cultura en su sentido más amplio ha quedado relegada, cuando precisamente ése es uno de sus objetivos esenciales". El hecho de que el autor sea el director de la Fundación Universidad-Empresa, concede si cabe más fuerza a la argumentación[71].

Si la historiografía española, e internacional, se enfrenta a las puertas del siglo XXI a una transición paradigmática es también porque la sociedad está cambiando. La sustitución, parcial pero significativa -porque atañe a los jóvenes-, del éxito individual, el poder y el dinero, como creencias dominantes, por la solidaridad, la ética y los valores humanísticos, produc

[70] El hecho de que el economicismo regrese a finales del siglo XX, cuando las ciencias sociales estaban ya de vuelta y redescubrían el sujeto, confirma la tendencia apuntada a la síntesis objeto-sujeto.

[71] Antonio SÁENZ DE MIERA, "La misión de la Universidad", *El País*, 5 de septiembre de 1995.

mejores condiciones para que la sociedad vuelva a interesarse por su pasado, como medida de su ilusión de futuro.

¿En qué podemos contribuir los historiadores a la metamorfosis de valores que vive hoy la sociedad española? Potenciando la investigación de la historia, su función social y cultural. Para lo cual hay que cuestionar dos presupuestos políticos que obstaculizan el apoyo institucional a la investigación histórica en España: a) la ausencia de la historia, y de las ciencias humanas, en las líneas de investigación I + D, determinantes de la orientación de buena parte de la investigación pública y también privada; b) el propio modelo aplicado en España para combinar la investigación y la enseñanza.

Difícilmente se podrá mejorar ese raquítico 0,8 % del PIB en investigación científica mientras ésta pase por el cuello de botella de la universidad. Las necesidades docentes y de investigación, en principio no tienen porque coincidir, pero habitualmente se crean plazas universitarias para investigadores sólo si hay alumnos, si hay plazas para profesores. La investigación va de este modo, irremediablemente, por detrás de la enseñanza. Si no hay "mercado", es decir, una demanda de estudiantes, para tal área de conocimiento o línea de investigación, no se ofertan plazas y puede acabar decayendo dicho campo la investigación.

A los profesores universitarios, como es sabido, no se nos exige lo mismo como docentes que como investigadores. Lo milagroso en estas circunstancias adversas es que, pese a todo, se investiga mucho y bien en las universidades españolas. Pero para multiplicar por tres el esfuerzo y colocarnos al nivel de los países desarrollados, no alcanza: hay que cambiar el modelo. Pasar del modelo actual que concentra la investigación en los profesores de universidad, a un modelo mixto que potencie, junto a la universidad, una red de centros dedicados exclusivamente a la investigación y a formar investigadores, tanto en ciencias "duras" como en ciencias "blandas", siguiendo la experiencia de otros países económica y culturalmente más desarrollados.

El establecimiento paralelo a la universidad de estos centros, además de posibilitar el incremento rápido de los resultados de la política científica,

absorvería el excedente de jóvenes investigadores en la actualidad abocados al paro. Abriría perspectivas de futuro para la investigación en general, y para la investigación de nuestra historia en particular.

5. El retorno del sujeto social en la historiografía española*

Pretendemos repasar sumariamente la historiografía sobre conflictos sociales, revueltas y revoluciones, desde la eclosión de los años 70 hasta la recuperación actual del género, tomando en cuenta dos puntos de vista:

1) Interhistórico[1]. Intentando ligar la evolución de la temática en las diferentes áreas académicas de conocimiento histórico (especialmente: historia medieval, moderna y contemporánea), desigual -en historia contemporánea, sin duda, se reflexiona más- pero siempre paralela, interrelacionada, en tanto que responden a condicionamientos comunes, internos (disciplinares) y externos (mentales, políticos, sociales).

2) Desde la historiografía española[2]. Porque la historiografía española tiene al respecto una rica tradición (algo parecido se puede decir de Latinoamérica), desde principios de siglo XX[3] hasta las últimas décadas, que nada tiene que envidiar a la mayor parte de las historiografías extranjeras, cuya influencia benéfica en algunos casos (escuelas *Past and Present* y *Annales*) seguimos reivindicando, a sabiendas de que sus aportaciones renovadoras a la historiografía de los conflictos sociales, sin estar agotadas, más bien lo contrario, nos retrotraen varias décadas atrás; y porque estamos convencidos

---

* Ponencia presentada en el III Congreso de Historia Social, *Estado, protesta y movimientos sociales*, Vitoria (España), 3-5 de julio de 1997.

[1] Véase la tesis 11 de "La historia que viene", *Historia a debate*, I, Santiago, 1995.

[2] A fin de ser consecuentes con nuestras afirmaciones en "Inacabada transición de la historiografía española", *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº 24, Bordeaux, 1996.

[3] Anselmo LORENZO, *El proletariado militante*, 2 vol., 1901-1923; Manuel NÚÑEZ DE ARENAS, *Algunas notas sobre el movimiento obrero español*, 1916; Juan José MORATO, *Historia de la Asociación del Arte de Imprimir*, 1925; Manuel RAVENTÓS, *Assaig sobre alguns episods històrics dels moviments socials a Barcelona en el segle XIX*, 1925; Juan DÍAZ DEL MORAL, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas-Córdoba (Antecedentes para una reforma agraria)*, 1929.

de que hoy es posible, además de necesario, que reflexionemos, y que debatamos, sobre la situación de la historiografía española, directamente, sin la habitual mediación de autores y escuelas de otros países, en todo caso referencia imprescindible, en estos tiempos de globalización historiográfica, que exigen, más que nunca, cuidar el perfil historiográfico propio[4], como único modo de estar presente en los actuales procesos de recomposición de la comunidad internacional de historiadores.

Entre los historiadores contemporaneístas se ha generalizado, en los años 80, la denominación -importada de la sociología- "historia de los movimientos sociales" para, trascendiendo la historia del movimiento obrero, ampliar el interés del investigador hacia otros movimientos populares, interclasistas, religiosos, políticos, etc. Sin embargo, esta etiqueta es difícilmente exportable al conjunto de los periodos históricos. ¿Qué nos encontramos durante la mayor parte de la historia? Grandes y pequeños conflictos y revueltas, más que movimientos sociales con cierto grado de organización, ideología y continuidad. Es por eso que sostenemos, para no limitarnos al tiempo histórico más inmediato, la vieja -y para nada ambigua- denominación común de conflictos sociales, revueltas y revoluciones[5], al objeto de poder referirnos de forma interhistóricamente homologable a esta importante faceta del sujeto histórico-social. La historia social ha rehabilitado, hace ya tiempo, las formas de protesta social tachadas de "primitivas", "apolíticas" o "espontáneas", que han dado pié, asimismo, a los más valiosos esfuerzos de innovación historiográfica, ingleses y franceses, en el campo de la historia social[6]. La tendencia actual de la sociología ha vuelto, por lo demás, a definir los movimientos sociales en función de las acciones

---

[4] El retorno de los conflictos sociales, menos notorio en otros países con historiografías de más peso internacional, y la capacidad de autoreflexión demostrada, evidencian la autonomía y la identidad de la historiografía española.

[5] Hobsbawm, en 1971, escribía atinadamente: **los numerosos estudios sobre el conflicto social, desde las revueltas hasta las revoluciones**, "De la historia social a la historia de la sociedad", *Historia Social*, nº 10, 1991, p. 22.

[6] Carlos GIL ANDRÉS, "Protesta popular y movimientos sociales en la Restauración", *Historia Social*, nº 23, 1995, p. 123.

colectivas y los conflictos generados, vinculándolos con el concepto de cambio social[7].

El auge de los años 70

La homologación de la historiografía española con las corrientes historiográficas más avanzadas, del otro lado de los Pirineos, que tiene sus inicios a los años 50 (Vicens Vives), se consolida en los años 70 y 80 con el relevo generacional -el ascenso de la generación del 68- en los cuadros del profesorado universitario y supone la ruptura -la "primera ruptura"- con la historia tradicional: política, institucional, biográfica. Una de las ramas más productivas de esta nueva historia económico-social es la historia de los conflictos sociales. Sin duda la más radical políticamente (y también historiográficamente al proponer lo que después se llamara "la historia desde abajo"). La lucha por la renovación historiográfica, la lucha por la reforma democrática de la universidad, y la lucha contra la dictadura franquista, iban juntas en aquellos lejanos tiempos. Una buena parte de los jóvenes -y menos jóvenes, pensemos en Tuñón- historiadores que investigan en los años 70 la historia del movimiento obrero, los conflictos y las revueltas, en la historia de España, estaban próximos a los partidos de izquierdas, marxistas y comunistas, que hegemonizaban el ambiente político en las universidades de la época. La participación, más o menos activa -la carrera académica y la militancia política se compatibilizaban mal-, en el potente movimiento estudiantil, antes y después de 1968, y la simpatía hacia un emergente movimiento obrero[8], coadyuvaron a introducir los movimientos sociales históricos como objetos de tesinas y tesis de doctorado, lo cual se veía a su

[7] Manuel PÉREZ LEDESMA, "Cuando lleguen los días de la cólera' (Movimientos sociales, teoría e historia)", *Zona Abierta*, nº 69, 1994, pp. 59-69.

[8] Oficialmente también las ciencias sociales se preguntaban: ¿adónde va el mundo del trabajo?, *Los conflictos sociales en Europa (Coloquio de Brujas, 1964)*, Madrid, 1974.

vez favorecido por la influencia creciente en la academia de las "modas"[9] historiográficas del momento: *Annales* y marxismo.

El redescubrimiento[10] de los conflictos, las revueltas y las revoluciones[11] forma parte, entonces, de la revolución historiográfica, española e internacional, del siglo XX. En 1944 firma Jaume Vicens Vives el prólogo de su *Historia de los remensas en el siglo XV* (tema al que ya dedicara su atención durante la república) y, en 1954, publica *El gran sindicato remensa (1488-1508)*. Su inquietud por abrir espacio a la historia contemporánea conduce a Vicens Vives[12], y su grupo, de las revueltas medievales al movimiento obrero: en 1959, se publica *Orígenes del anarquismo en Barcelona* de Casimir Martí[13], quien, en 1960, elabora, junto con Vicens y Nadal, *Los movimientos obreros en tiempo de depresión económica (Las huelgas: 1929-1936)*. Pero será, como sabemos, en los años 70, cuando fructifican y se generalizan en toda España las nuevas formas de hacer la historia, en general, y la historia social, en particular.

Una obra colectiva representativa del empuje de la nueva línea de investigación es *Clases y conflictos sociales en la historia* (1977), resultado conjunto de un seminario y una semana de metodología histórica en Oviedo,

---

[9] Las comillas son debidas a que nos resistimos a la usual y abusiva identificación entre "moda" e "innovación", en perjuicio de esta última.

[10] Los historiadores románticos-liberales del siglo XIX ya habían descubierto las revueltas medievales y modernas, y los precursores de la historia del movimiento obrero, desde Fernando Garrido y su *Historia de las clases trabajadoras* (1860), las huelgas obreras y las "agitaciones campesinas" (véase la nota 3).

[11] Joan Reglà dedica, por ejemplo, en 1970, buena parte de su *Introducción a la historia. Socioeconomía-Política-Cultura* (edición catalana en 1968) a las revoluciones y los "procesos acelerados" de la historia, siguiendo naturalmente a Jaume VICENS VIVES, *Ensayo sobre la morfología de la Revolución en la Historia Moderna*, Zaragoza, 1947.

[12] Su moderación de burgués reformista (Josep M. MUÑOZ I LLORET, *Jaume Vicens Vives. Una biografía intelectual*, Barcelona, 1997) subraya la estrecha relación -más allá de las posiciones políticas- entre renovación historiográfica e historia social "dura", entre revolución historiográfica y sujeto colectivo.

[13] Con todo, en este mismo congreso, el autor ha matizado que Vicens Vives conoció su trabajo ya terminado.

durante el curso 1974-1975, donde participan J. M. Blázquez (h. antigua), J. Valdeón (h. medieval), G. Anes (h. moderna) y M. Tuñón (h. contemporánea)[14]. Julio Mangas (h. antigua), en el prólogo, parte de una afirmación categórica, sin duda compartida por la mayoría de los autores: "El materialismo histórico se presenta en mi opinión, como la única metodología que dispone de un aparato conceptual preciso y congruente"[15]. El libro termina con un apéndice, elaborado por los alumnos, sobre "Modos de producción capitalistas", deudor de las *Formaciones económicas pre-capitalistas* (publicadas por Ciencia Nueva en 1967, y por Ayuso en 1975) de Carlos Marx[16], texto prologado por Hobsbawm, y deudor, sobre todo, del marxismo estructuralista de Althusser y Balibar, que se había convertido en referencia obligada, y entusiasta, de los jóvenes marxistas españoles: es de Althusser -más que del propio Marx- de dónde viene el aparato conceptual al que se refiere Mangas. La filiación estructuralista de la obra se desprende, por otro lado, del mismo título, que hace surgir los conflictos de la existencia objetiva de las clases (antagónicas). En los coloquios que siguen, a las exposiciones orales, le hacen a Valdeón una de esas preguntas que, por aquellos tiempos, tanto nos perturbaban: "A lo largo de su exposición y en el debate, he visto que las cuestiones de la marcha de la Historia se reducen a movimientos objetivos, independientes de la conciencia, de estructuras, ¿dónde, pues, situar el papel del hombre? ¡No se puede encerrar la historia del hombre en fórmulas matemáticas!"[17]. La respuesta lapidaria, habitual por aquel entonces[18], sería espetar que "el marxismo no es un humanismo", sin embargo, Julio Valdeón, y en general los historiadores -a quienes por oficio

---

[14] El carácter interhistórico de las iniciativas renovadoras de hace veinte años se ha visto sepultado, después, por lo que se ha llamado "la primacía del contemporaneísmo", de muy buenos y muy malos efectos (sobre todo en el campo de la educación).

[15] *Clases y conflictos de clases en la historia*, Madrid, 1977, p. 9.

[16] Se trata de una de las partes más divulgadas de los *Grundisse*, editados en español unos años antes, en 1972, por la editorial Comunicación.

[17] *Clases y conflictos de clases en la historia*, p. 89.

y formación mal les podía sentar un traje estructuralista negador, en puridad, del sujeto y de su historia-, matiza, "Yo no veo esa contradicción", aunque recae finalmente -fiel a su tiempo, de ahí su representatividad- en la determinación estructural, citando al Marx objetivista: "La conciencia del hombre está determinada por su ser social... 'el hombre hace la historia, pero en unas condiciones que él no ha elegido"[19]. Falta sorprendentemente -quizás no tanto- el Marx que escribió, para la Liga de los Comunistas, en 1848, que "la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases", o el Marx joven de los *Manuscritos: economía y filosofía* (Madrid, 1968)[20], o el Marx historiador de su tiempo presente de *Las luchas de clases en Francia* (Madrid, 1967) y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Barcelona, 1968). Más allá de la voluntad -y aun de la práctica- subjetivista y hasta globalizadora de los nuevos historiadores de los conflictos sociales, el medio ambiente político-intelectual impuso un enfoque económico-estructural[21] que acabó por relegar una línea de investigación que, llevada hasta sus últimas consecuencias, podría -todavía puede y debe- contribuir a la superación (dialéctica, si se me permite) de la escisión objeto/sujeto en la historia y en las ciencias sociales. Pero sigamos con nuestro repaso sumario.

En historia medieval el paradigma singular es *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV* (1975), de Julio Valdeón, que comienza asegurando que el conocimiento de los conflictos sociales "es imprescindible para una correcta interpretación del proceso histórico" y que

---

[18] Lo digo autocríticamente porque sería la que yo mismo habría dado.

[19] *Clases y conflictos de clases en la historia*, p. 89.

[20] El ejemplar de que dispongo -no lo adquirí en su momento, seguramente por falta de interés- está glosado por su anterior propietario, el cual añadió bajo el nombre del editor-traductor (Francisco Rubio Llorente), entre paréntesis, "socialdemócrata", lo cual sonaba a grave insulto político en las aulas universitarias españolas de finales de los 60.

[21] Modernidad economicista que entraba en contradicción con las obras pioneras de la historia de los movimientos sociales en España más atentas a la subjetividad social y cultural obrera, y popular, paradójicamente más cercana a Thompson que a la propia historia social española de los 70, Pere GABRIEL, "A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España", *Historia Social*, nº 22, 1995, pp. 47-48, 52.

los conflictos que interesan "son básicamente aquellos que reflejan las contradicciones fundamentales de la sociedad", es decir, las contradicciones antagónico-estructurales, "el conflicto entre señores y campesinos"[22], para concluir equiparando a Castilla y León con el resto de la Europa bajomedieval en cuanto a este fenómeno de la agudización de las tensiones sociales, aseveración muy innovadora si tenemos en cuenta que el paradigma establecido en aquel momento era negar el carácter feudal de la sociedad medieval castellana. Valdeón insiste metodológicamente en que hay que ir más allá de una mera tipología, conectando los conflictos con el contexto, introduciendo las luchas sociales, sobre todo las luchas antiseñoriales, en las interpretaciones históricas del final de la Edad Media castellana, ya innovadas por la dinámica burguesía/nobleza de Viñas Mey o nobleza/monarquía de Luis Suárez[23], planteamientos, a su vez influídos por la historia social, y que nuestro historiador marxista de los conflictos medievales no rechaza de plano. La novedad que aportó el trabajo de Valdeón -representativo y animador de una notable producción historiográfica sobre las luchas del sujeto social en la Edad Media peninsular[24]- trascendió al medievalismo y a la historia[25]. Si bien la losa del ambiente intelectual del momento, marxista y no marxista, se hacía notar. Julio Valdeón saluda el clásico esquema tripartito -y severamente unidireccional- crisis económica/desequilibrio social/guerra civil, o sea, economía/sociedad/política que -argumenta- aplica

---

[22] *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1975, p. 5.

[23] *ídem*, pp. 10-11.

[24] Isabel BECEIRO, *La rebelión irmandiña*, Madrid, 1977; Salustiano MORETA, *Malhechores-feudales. Violencia, antagonismos y alianzas de clases en Castilla, siglos XIII-XIV*, Salamanca, 1978; Esteban SARASA, *Sociedad y conflictos sociales en Aragón: siglos XIII-XV (Estructuras de poder y conflictos de clases)*, Madrid, 1981; véase asimismo la nota 32.

[25] Véase la reseña de Valeriano Bozal en *Zona Abierta*, nº 7, 1976, pp. 114-116; el marxismo compartido facilitaba en los años 70 la comunicación interdisciplinar, dentro de la historia y dentro de las ciencias sociales; el mismo papel de interfaz jugaba la escuela

Vicens Vives a la Cataluña del siglo XV, como el "camino correcto" para establecer un modelo de estudio de las tensiones sociales, a pesar de tener conciencia de algunos de algunos de sus fallos (el descuido de "aspectos tan importantes como las ideologías y las mentalidades colectivas", y el "determinismo" de la economía), remitiendo a las "estructuras de base" toda comprensión de las revueltas sociales[26], que de ese modo ven (auto)limitadas sus perspectivas historiográficas, más atentas a la búsqueda de causas[27] que de efectos históricos -sobre las estructuras sociales[28]-, los cuales son manifiestamente infravalorados[29], salvo -en esto se distingue Valdeón de otros historiadores marxistas españoles- en el campo, prácticamente inédito, de las mentalidades: "Evidentemente en ningún caso se produjeron cambios sustanciales en la estructura de la sociedad, a los sumo arrancaron algunas conquistas parciales los rebeldes. Pero la consecuencia esencial de las conmociones populares de fines de la Edad Media se registró en las mentalidades colectivas"[30]. Por todo lo cual la contextualización deseada del

---

de *Annales*, que al mismo tiempo compartía un terreno común -muy evidente en el caso de Vicens Vices- con la historiografía marxista.

[26] "Tensiones sociales en los siglos XIV y XV", *I Jornadas de metodología aplicada de las ciencias históricas*, II, Santiago, 1973, pp. 273-275.

[27] Veáse también Michel MOLLAT, Philippe WOLFF, *Uñas azules, jacques y ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1976 (París, 1970), pp. 237-241.

[28] La rígida teoría de la sucesión de modos de producción, de amplia resonancia entre los historiadores económico-sociales, impedía ver la relación conflictividad social/cambios estructurales, incluso cuando se abordaban las grandes transiciones, es por eso que armó tanto revuelo, entre historiadores no marxistas y aun marxistas, el herético artículo de Robert Brenner (*Past and Present*, 1976) sobre el rol de las clases y la lucha de clases en la transición del feudalismo al capitalismo, *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en el Europa preindustrial*, Barcelona, 1988, pp. 44 ss (se comprueba una vez más la tardía recepción en España de la historiografía marxista angloamericana, crítica con el estructuralismo y el economicismo).

[29] Otros explican los cambios sociales a largo plazo -estructurales- por la evolución lenta de las economías y las civilizaciones, más que por las revoluciones, Michel MOLLAT, Philippe WOLFF, *op. cit.*, pp. 273-274.

[30] "Tensiones sociales en los siglos XIV y XV", p. 279

actor social queda en suspenso, sin que se demuestre, al contrario, la "función motora" de la lucha de clases que Marx defendía en algunos de sus escritos, y en su práctica política. La tardía reacción de la historiografía marxista occidental contra el dominante estructuralismo -agravada en España por la tardanza de las traducciones al español[31]- llegó cuando la historia de los conflictos sociales iniciaba ya su repliegue[32]. En 1981 se publica, en castellano, *Miseria de la teoría* de E. P. Thompson, una crítica frontal al "nuevo idealismo marxista" de Althusser y sus epígonos locales, los sociólogos Hindess y Hirst, que escribieron algunas perlas que insurreccionaron al historiador británico: "La historia está condenada al empirismo por la naturaleza de su objeto (...) El marxismo, como práctica teórica y política, no se beneficia en nada con su asociación a la historia escrita y a la investigación histórica. El estudio de la historia no sólo carece de valor científico, sino también de valor práctico"[33]. Se puede decir que adoptando el estructuralismo, como las restantes ciencias humanas y sociales, los historiadores pusimos el zorro a vigilar las gallinas.

También en 1975, Ricardo García Cárcel publica *Las germanías de Valencia*. Libro -derivado de una tesis doctoral dirigida por Joan Reglà[34]- que juega el mismo papel de vanguardia historiográfica[35] que el trabajo citado de

---

[31] El retraso español y la autarquía académica provocados por el franquismo, la potencia de la escuela de *Annales* y la cercanía de Francia, el desconocimiento del idioma inglés, han coadyuvado a que se ignoraran, durante los años 60, las obras que jalonaron la renovación inglesa de la historia social de las revueltas, los conflictos y las clases; véase la nota 28.

[32] La segunda gran obra de historia medieval sobre conflictos sociales se edita en este momento: Reyna PASTOR, *Resistencias y luchas campesinas en la época del crecimiento y consolidación* de *la formación feudal Castilla y León, siglos X-XIII*, Madrid, 1980.

[33] Barry HINDESS, Paul Q. HIRST, *Los modos de producción precapitalistas*, Barcelona, 1978 (Londres, 1975), pp. 313-315; E. P. THOMPSON, *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981 (Londres, 1978), pp. 10-11.

[34] Véase la nota 11.

[35] Son memorables asimismo los estudios sobre las comunidades de Castilla: Juan Ignacio GUTIÉRREZ NIETO, *Las comunidades como movimiento antiseñorial (La*

Julio Valdeón[36], en el campo de los modernistas, y está por tanto sujeto a las mismas limitaciones que derivan de los paradigmas compartidos por el marxismo y las ciencias sociales de la segunda posguerra que se difunden en la España de los años 70. La obra de García Cárcel es la puesta el día -hoy todavía no plenamente superada[37]- de la investigación sobre la revuelta de las germanías, que tenía como precedentes los enfoques de la historiografía tradicional, desde el romanticismo liberal hasta el positivismo, para lo cual se sirvió del típico paradigma estructural-funcionalista de los años 60: precondiciones estructurales y coyunturales (subordinadas a las primeras) y pobres efectos históricos (en su conclusión habla el autor de "la 'poquedad' de la revuelta agermanada"[38]), y entre ambos extremos, tan desigualmente tratados, el desarrollo cronológico de los acontecimientos y la estructura geográfica y sociológica de las germanías.

Para la emergente historia contemporánea la referencia paradigmática es, sin lugar a dudas, Manuel Tuñón de Lara, quien, además de su obra -no sólo empírica, también volcada en la reflexión metodológica e

---

formación del bando realista en la guerra civil castellana de 1520-1521), Barcelona, 1973; Joseph PÉREZ, *La revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521)*, Madrid, 1977; y otros análisis históricos de conflictos sociales en el Antiguo Régimen como: Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Alteraciones andaluzas*, Madrid, 1973; J. M. PALOP RAMOS, *Hambre y lucha antifeudal. Las crisis de subsistencias en Valencia (siglo XVIII)*, Madrid, 1977; Bartolomé YUN, *Crisis de subsistencias y conflictividad social en Córdoba a principios del siglo XVI*, Córdoba, 1980.

[36] A la hora de elegir tres obras de referencia que nos permitiesen estudiar las bases paradigmáticas de la historia del movimiento obrero y de la conflictividad social, hemos tenido muy en cuenta el marxismo proclamado de los autores, que les hace mucho más representativos.

[37] El libro de Eulàlia Duran (*Les germanies als països catalans*, Barcelona, 1982) tiene parecida base teórico-metodológica que la obra de García Cárcel, si bien amplía el estudio al principado de Cataluña, etc.; lo mismo pasa con el libro de Stephen Haliczer (*Los comuneros de Castilla. La forja de una revolución, 1475-1521*, Valladolid, 1987 - Wisconsin, 1981-) que abraza de manera explícita los principios metodológicos del estructural-funcionalismo (*ídem*, pp. 22-23, 293), organizando su obra de manera semejante a los historiadores marxistas de influencia althusseriana.

[38] *Germanías de Valencia*, Barcelona, 1975, p. 240.

historiográfica[39], como en el caso de Valdeón-, lleva a cabo año tras año, a lo largo de la década de los años 70, una labor organizativa clave para comprender el auge en España de la historia social de los siglos XIX y XX: los Coloquios de Pau[40]. Su libro más significativo, a los efectos de esta reseña crítica de la historiografía de los conflictos sociales, es *El movimiento obrero en la historia de España* (1972), que sigue el consabido esquema tripartito - a veces cuatripartito, incluyendo la ideología-, es decir, la economía (estructura y coyuntura), la sociedad (condición obrera) y la política: de los acontecimientos (huelgas y conflictos), de las organizaciones y de ciertos hechos directamente políticos (elecciones y guerras); persiguiendo el contexto, en línea con el paradigma común, más por el lado de las causalidades que por el de los efectos, en cierta contradicción con el título del libro, que constituyó en su momento -y todavía constituye hoy- una referencia monumental, y renovadora, una base sólida para lo que después será la historia del movimiento obrero en España[41].

---

[39] *Introducció a la història del moviment obrer*, Barcelona, 1966; *Metodología de la historia social en España*, Madrid, 1973.

[40] Véase José Luis de la GRANJA, Alberto REIG TAPIA, edits., *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, 1993.

[41] Josep TERMES, *Anarquismo y sindicalismo en España (1864-1881)*, Barcelona, 1972; Miquel IZARD, *Industrialización y obrerismo. Las Tres Clases de Vapor, 1869-1913*, Barcelona, 1973; Juan Pablo FUSI, *Política obrera en el País Vasco (1880-1923)*, Madrid, 1975; José ÁLVAREZ JUNCO, *La ideología política del anarquismo español*, Madrid, 1976; Juan José CASTILLO, *EL sindicalismo amarillo en España*, Madrid, 1977; Carlos FORCADELL, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español (1914-1918)*, Barcelona, 1978; José María MARAVALL, *Dictadura y disentimiento político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, 1978; Xavier PANIAGUA, *La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español (1930-1939)*, Barcelona, 1982; Aurora BOSCH, *Ugetistas y libertarios. Guerra civil y revolución en el País Valenciano*, Valencia, 1983; Santos JULIÁ, *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, 1984; Julián CASANOVA, *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Madrid, 1985; Manuel PÉREZ LEDESMA, *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, 1987; David RUIZ, *Insurrección defensiva y revolución obrera. El octubre español de 1934*, Barcelona, 1988.

Tuñón ha sido, también, un ejemplo -por su biografía, lo que es raro entre académicos, y por su trayectoria profesional- de algo que se ha ido perdiendo a lo largo de los años 80[42]: el compromiso del historiador ("la vida nacional no puede concebirse sin los obreros"[43], aseguraba, en 1972, pensando sin duda en presente y en futuro).

En sus trabajos metodológicos, Tuñón de Lara es explícito al hablar de sus deudas: Labrousse, Braudel y materialismo histórico. Factores determinantes, estructuras latentes, coyunturas manifiestas -con su funcionalismo detonante-, métodos cuantitativos y -en cierta contradicción con lo anterior- el principio de la centralidad de la lucha de clases[44]: "El estudio de los conflictos y de sus factores, a todos los niveles, constituye hoy la parte central e indispensable de la ciencia histórica"[45]. Sin que se llegue a reconocer abiertamente, como en el *Manifiesto comunista*, que esa constante histórica conflictiva es -o puede ser, no se trata de una ley de "cumplimiento obligatorio", añadiríamos nosotros- el "motor de la historia". Es imposible ver la incidencia de los actores sociales en la historia si éstos no se hacen mayores y no se "despegan" de las estructuras. Dificultad epistemológica que ha convertido, a menudo, los trabajos de investigación histórico-social en simples descripciones positivistas. ¿Cómo explicar el cambio social si los conflictos sociales no afectan a las estructuras sociales? Pues de dos maneras, y ambas marginan a la gente común, al sujeto social, mediante el cambio tecnológico-económico (respuesta estructural) o mediante el cambio político

---

[42] Casimir Martí remata su conferencia en este congreso (*Historia e historiografía del movimiento obrero: mi experiencia*) preguntándose si "la exorcización de todo concepto inspirado en alguna utopía ética o política, incluso en el caso de ser asumido como hipótesis de trabajo" no equivale en la práctica a "dar vida a una historiografía útil al orden, o desorden, establecido".

[43] *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, 1972, p. 12.

[44] Hay que advertir que el término "lucha de clases", mientras existió la censura, se sustituyó normalmente por el de "conflictos sociales".

[45] Manuel TUÑÓN, "Problemas actuales de la historiografía española", *Sistema*, nº 1, 1972, p. 44.

(respuesta tradicional). La síntesis, averiguar el interfaz histórico sujeto/objeto, es todavía tarea del futuro (inmediato).

Con todo, los trabajos pioneros que hemos analizado críticamente, y otros muchos que les siguieron, o que les antecedieron, han supuesto un paso de gigante -hay que recordarlo porque se olvida- en la evolución historiográfica española, en cuatro sentidos: a) introducen en la universidad la historia del movimiento obrero y de las revueltas sociales, temas que, hasta los años 70, estaban marginados académicamente; b) contribuyen a divulgar -o rememorar- fuera de la academia tradiciones de luchas sociales, por una vida digna y por la libertad de las personas[46], que estaban olvidadas por sus protagonistas y herederos (la historia al servicio de la recuperación de la memoria colectiva); c) permiten la superación crítica de los viejos enfoques romántico-liberales que fabricaron mitos persistentes sobre dichos acontecimientos; y d) aportan nuevas explicaciones económico-sociales, pueda que incompletas pero científicamente superiores a las descripciones eruditas o a las vetustas interpretaciones de tipo conspirativo sobre "la manipulación de las masas" por parte de líderes, organizaciones y partidos de "intereses oscuros"[47]. Explicaciones económico-sociales que serán, simultáneamente, la gran aportación por su novedad y el talón de Aquiles por su determinismo de la historiografía social de los años 70.

La gente común, los obreros, los campesinos, no existían para la historia que se escribía hasta que un grupo de jóvenes y menos jóvenes historiadores -principalmente marxistas y *annalistes*-, pronto instalados

---

[46] Rogelio Pérez Bustamente escribe en el prólogo al libro de Javier Ortiz Real,: "Es algo más, pienso yo, que una lucha de clases que enfrenta a los señores y a los campesinos..., se trata de defender los más importante de todo, la libertad frente al régimen señorial... con la facultad de romper en cualquier momento su vínculo de dependencia", *Cantabria en el siglo XV. Aproximación al estudio de los conflictos sociales*, Santander, 1985, p. 16.

[47] Cuando se publicaron en España los primeros estudios históricos sobre conflictos sociales imperaba oficialmente -¡y tenía su influencia en la universidad!- la teoría de la conspiración judeo-masónica-comunista para "explicar" los movimientos sociales tachados de "subversivos"; el riesgo permanente de la historiografía renovadora era, y es, en contraposición con lo anterior, negar el rol de los líderes, organizaciones sindicales y partidos en las luchas sociales...

académicamente, decidieron ocuparse de ellos. No es poca cosa considerando que, mientras tanto, la sociología, la ciencia política y la psicología trataban las revueltas como "comportamientos desviados", obra de delincuentes sociales[48], y a sus protagonistas como masas movidas por motivaciones irracionales[49]. La historia se anticipó, pues, a la sociología y a otras ciencias sociales en la recuperación del sujeto social, antes de mayo del 68, y ahí reside el problema, porque las otras ciencias humanas ahogaron la prematura subjetividad de la nueva historia, que no pudo exportar su experiencia a contracorriente por diversas razones, en primer lugar por algo que nuestra disciplina arrastra desde la primera revolución paradigmática, el positivismo: cierta incapacidad teórica.

Resumiendo: los propios pecados de la historiografía y la influencia de la economía, el estructural-funcionalismo y el cientifismo, dictaron una lectura objetivista y economicista de la práctica histórica, a partir de la II Guerra Mundial[50], que diluyó nuestros tempranos esfuerzos historiográficos en favor de una historia con sujeto, es decir, de enfoque más global[51].

El papel tan secundario que el paradigma objetivista dominante hacía jugar al sujeto de la historia lleva casi a su desaparición de la escena historiográfica. El mismo Hobsbawm, en su conocido artículo, "De la historia

---

[48] Un panorama ilustrativo al respecto son los manuales de sociología y politicología manejados en la España de los años 70, Manuel PÉREZ LEDESMA, "Cuando lleguen los días de la cólera' (Movimientos sociales, teoría e historia)", *Zona Abierta*, nº 69, 1994, p. 52 n 1; cuando el sociólogo Alain Touraine , a finales de los 70, principia a trabajar sobre los movimientos sociales, ya estaban puestas las bases historiográficas, en francés y en inglés, años 50 y 60, de la nueva historia social, *ídem*, pp. 53-54.

[49] Julio SEONE y otros, "Movimientos sociales y violencia política", *Psicología política*, Madrid, 1988, p. 201.

[50] Carlos BARROS, "El paradigma común de los historiadores del siglo XX", *Estudios Sociales*, nº 10, Santa Fe, 1996, p. 39.

[51] Josep Fontana, siguiendo a los historiadores marxistas ingleses, quiso esbozar una vía distinta, no estructuralista, en la historiografía española, que no tuvo continuidad, para "la averiguación de los nexos que enlazan los hechos económicos con los políticos o los ideológicos",, *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Barcelona, 1973, p. 5.

social a la historia de la sociedad" (1971), nostálgico de una historia total que no llega[52], mantiene la idea de un fuerte "vínculo entre historia social e historia de la protesta social", que "sigue constituyendo un laboratorio perfecto para el historiador", pero toma nota ya del "predominio de lo económico sobre lo social" a causa de la influencia del marxismo y de la "escuela histórica alemana", "de la absoluta superioridad de la economía sobre las otras ciencias sociales", y del "consenso tácito de los historiadores" de partir del estudio de la estructura económica y social "hacia afuera y hacia arriba", asegurando que "soy la última persona que desearía desanimar a los interesados en estos temas [las revoluciones], no en vano he dedicado buena parte de mi tiempo profesional a ellos. Sin embargo...", y aconsejando finalmente que se inserten las revoluciones en periodos temporales más amplios, persiguiendo "la comprensión de la estructura"[53]. Lo cual no está mal si no no fuese porque, acusando el impacto objetivista sin luchar frontalmente contra él (como hará Thompson más tarde), se favorece, cualquiera que sea la intención del autor[54], el relegamiento de la acción colectiva en la historia, el academicismo y la hostilidad a la teoría[55].

¿Cuál es el problema? Que el estructural-funcionalismo fue pensado para integrar productivamente el conflicto social en la estructura y evitar, en

---

[52] Esta idea de alargar el concepto de historia social hasta confundirlo con la noción de historia global, identificando sociedad con totalidad, que también sedujo a Lucien Febvre, no nos ayuda mucho a los que creemos que el problema historiográfico y teórico de la historia global sigue sin resolver.

[53] *Historia Social*, nº 10, pp. 5-7, 15, 22-23.

[54] Ya hemos hablando de la tardía reacción de la historiografía occidental, a los ataques del estructuralismo -y sus aliados objetivos- a la disciplina histórica, y ésto en el mejor de los casos -la historia social inglesa- porque en Francia, en tiempos de Fernand Braudel y los segundos *Annales*, no sólo no se reaccionó sino que se llevó hasta sus últimas consecuencias, para bien y para mal, la adaptación a los paradigmas objetivistas: geohistoria, larga duración, etc.

[55] Para paliar todo ésto, entre otras cosas, surge en los años 70, en Gran Bretaña, el movimiento del *History Workshop* y la "historia desde abajo", Raphael SAMUEL, edit., *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, 1984 (Londres, 1981).

lo inmediato, la posibilidad de un cambio social radical[56]. Su hegemonía en las ciencias sociales de la posguerra potenció la difusión del Marx maduro del prólogo a la *Crítica de la economía política* (1859), que veía la revolución social como resultado de las contradicciones (objetivas) entre fuerzas productivas y relaciones de producción, en detrimento del Marx joven del *Manifiesto comunista* (1848) que veía la historia de la humanidad como resultado de la lucha de clases, con lo cual no sólo el marxismo quedó desnaturalizado, *handicapé*, sino que el conjunto de los historiadores sociales se encontraron, casi sin percatarse, por causa de los "consensos tácitos" propios de la academia, que tan bien explicó Kuhn y que refleja el citado artículo de Hobsbawm, sin temas tan sustantivos de investigación como los conflictos, las revueltas y las revoluciones. Pero la historia no puede prescindir del sujeto sin suicidarse como disciplina, por algo regresó con tanta fuerza -tentando ocupar el sitio que dejó libre el actor social- el sujeto tradicional: individual, político, narrativo.

El giro de 1982

En 1982, dos jóvenes historiadores sociales, José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma, publican un artículo "Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?"[57] que por su osadía y ambición[58],

[56] *Tendencias de la investigación en las ciencias sociales*, Madrid, 1982 (UNESCO, 1970), pp. 362-363.

[57] *Revista de Occidente*, nº 12, 1982, pp. 19-41.

[58] El hecho de que el término "ambicioso" -al igual que "optimista"- haya adquirido connotaciones peyorativas entre no pocos historiadores -por ejemplo, a la hora de evaluar un proyecto de investigación-, prueba cierto agotamiento generacional de ideas y de ánimos, y no sólo en España.

representatividad[59] y consecuencias, merece figurar destacadamente en los anales de la reflexión historiografía autóctona[60].

Los autores dicen no renunciar a "la centralidad de las luchas obreras", afirman que "se puede seguir haciendo historia del movimiento obrero, pero con nuevas orientaciones", que "nadie puede ignorar su decisiva importancia en los últimos ciento cincuenta años de historia europea. No hicieron la revolución que soñaban, pero forzaron una serie de cambios que han marcado profundamente las sociedades", cambios que "se ven curiosamente minimizados por la 'historia del movimiento obrero' clásica que, de esta forma, tira piedras contra su propio tejado"[61]. Pero dicha centralidad, se quiera o no, resulta menguada al negársele, a la historia del movimiento obrero, el "estatuto epistemológico privilegiado" de que disfrutaba y al sustituirla por la "historia de los movimientos sociales"[62].

Las críticas que se hacen a la historia del movimiento obrero de los años 70 son de tres tipos: a) una historia militante, semi-clandestina[63], teleológica, obrerista, beaturrrona[64] y autocomplaciente, puro "realismo social"; b) una historia simplificadora, determinada por la economía, basada en esquemas preconcebidos que excluyen las hipótesis previas, dominada por

---

[59] Pere Gabriel lo ve como el resumen final de una serie creciente de posiciones críticas, como el fin de un ciclo, "A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España", *Historia Social*, nº 22, 1995, pp. 45, 52.

[60] Uno no deja de sorprenderse que se haya dejado pasar la ocasión del nº 10 de *Historia Social* (1991), dedicado a "Dos décadas de historia social", para reeditar este trabajo, entre otros; al final va a tener razón Santos Juliá cuando critica a esta publicación -la mejor de la que disponemos- por no publicar más que traducciones sobre cuestiones de teoría e historiografía, "La historia social y la historiografía española", *Ayer*, nº 10, 1993, p. 44.

[61] *Revista de Occidente*, nº 12, pp. 38-39.

[62] *ídem*, pp. 38, 40.

[63] Otros han llamado a esta historia supercomprometida, nacida de la militancia antifranquista, "frentepopulista", Carlos BARROS "Inacabada transición de la historiografía española", *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº 24, Bordeaux, 1996, p. 474.

[64] Santos JULIÁ, "Fieles y mártires. Raíces religiosas de algunas prácticas sindicales en la España de los años treinta", *Revista de Occidente*, nº 23, 1983.

el marxismo vulgar[65]; c) una historia tradicional, centrada en el estudio de las ideologías, las instituciones -sindicatos y partidos obreros- y los individuos -dirigentes obreros-[66]. El exceso de la crítica y su unilateralidad[67] es tan obvio como seguramente necesario: no se hace una tortilla sin romper algunos huevos.

Las propuestas de los dos autores son, consecuentemente: despolitizar la historia social española, hacerla más académica, liberarla de apriorismos ideológicos, renovarla temática (estudiar a los trabajadores y sus condiciones de vida y de trabajo, otros movimientos sociales y políticos, la patronal, partidos no obreros, la relación de las clases con el Estado) y metodológicamente (aprendiendo de la sociología y otras ciencias sociales, y de la historiografía inglesa[68] y francesa -historia de las mentalidades[69]-), en

---

[65] La reacción contra el marxismo vulgar no supuso, por parte de los renovadores españoles, en contraposición con lo sucedido en Inglaterra, la proposición alternativa de "otros" marxismos, empezando por los que están en el mismo Marx: el éxito político del PSOE, una vez abandonado el marxismo, digamos que no ayudó nada, en este aspecto, al rearme intelectual de los historiadores sociales.

[66] Se sobreentiende que la crítica es también autocrítica; los propios autores, antes y después de su artículo-manifiesto, se dedicaron brillantemente a estos géneros tradicionales: José ÁLVAREZ JUNCO, *La ideología política del anarquismo español*, Madrid, 1976; Manuel PÉREZ LEDESMA, *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, 1987; José ÁLVAREZ JUNCO, *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, 1990 (véase la reseña laudatoria publicada en la revista dirigida por Tuñón de Lara, *Historia Contemporánea*, nº 5, 1991, pp. 247-239); Manuel PÉREZ LEDESMA, coord., *El Senado en la historia*, Madrid, 1995.

[67] Con toda evidencia, se tira piedras en el propio tejado al no valorarse mejor el papel renovador de la historia social en la España del tardofranquismo y la transición.

[68] Las obras principales inglesas sobre movimientos y revueltas sociales fueron traducidas al español, en los años 70 y 80, por las editoriales Siglo XXI y Crítica, sin que -hasta los años 90- hayan influido demasiado en la historiografía social española.

[69] Sobre su tardía recepción en España, véase Carlos BARROS, "Historia de las mentalidades: posibilidades actuales", *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, pp. 59 ss.

suma, "salir del marco, a veces asfixiante, en que se han movido hasta ahora los estudios de historia del movimiento obrero"[70].

Como programa renovador lo dicho sigue vigente: quedan no pocas cosas que innovar en la historia los movimientos sociales en España, sobre todo ahora que retornan historiográficamente los conflictos sociales, pero también mucho que superar del planteamiento hipercrítico, iconoclasta, de 1982.

Lo primero apoyar si cabe más decididamente el resurgir de la historia de conflictos y revueltas, que los excesos renovadores de los años 80 han contribuido a marginar, pese a la mejor intención de sus promotores: como historiadores sabemos que los resultados históricos, y también los historiográficos, son, en buena medida, involuntarios, entran en juego otros factores, internos y externos, además de nuestra "elección racional".

Lo segundo hacer justicia historiográfica -el reconocimiento personal ya la han hecho los propios autores en el artículo de marras[71]- a Tuñón de Lara después de la inevitable "muerte del padre" ejecutada por nuestros críticos. No parece que sea de recibo aplicar a Tuñón de Lara el retrato dogmático, teleológico y tradicional, salvo los condicionamientos y las limitaciones historiográficos e ideológicos de la época, tanto más si no se deja claro su papel esencial en la "primera ruptura"[72]. La temática de huelgas y conflictos, de ideologías sindicales y políticas, de sindicatos, partidos y líderes obreros, sabemos hoy sobradamente que no decide por si misma si una historia es vieja o nueva, es la innovación de los enfoques -amén de la calidad de los resultados- lo que vale[73]. Además, acaso no escribía el propio Tuñón, autocríticamente, en 1973, que "El enfoque episódico de la historia laboral

---

[70] *Revista de Occidente*, nº 12, p. 40.

[71] "Tuñón de Lara, maestro y amigo de toda esta generación, incluso de quienes discrepamos a veces de sus planteamientos", *ídem*, p. 20; veáse la nota siguiente.

[72] Cosa que, sin embargo, si se hace, después, en Manuel PÉREZ LEDESMA, "Manuel Tuñón de Lara y la historiografía del movimiento obrero", *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, 1993, pp. 204 ss.

[73] Tesis 8 de "La historia que viene", *Historia a debate*, I, 1995, pp. 104-105.

(es decir, un contenido relativamente nuevo y preciso, pero con métodos antiguos), en el que todos hemos incurrido en mayor o menor escala, parece que está en trance definitivo de superar"[74]. No ha sido así, pero las culpas sería injusto cargárselas todas a Tuñón -ni tampoco los efectos últimos de la renovación a los citados autores-, que tenía clara -no era otra su experiencia- la necesidad de abrirse a nuevos métodos y temas para tratar la historia del movimiento obrero, como reconocen -y citan- sus propios críticos para afianzar sus planteamientos[75], y, en concreto, abrirse a la historia de las mentalidades sociales[76]. Cierto que si dejásemos de lado la historia del movimiento obrero[77], la cuestión cambia, entonces, la obra de Tuñón de Lara -y la de los propios autores del artículo-, nos sería menos útil.

Lo tercero que queremos hacer es criticar que los defensores de la "segunda ruptura" se hayan concentrado justamente en la renovación temática y metodológica, y hayan dejado el paradigma subyacente incólume. Porque la debilidad de la historia social de los años 70 está principalmente en el paradigma economicista, estructuralista y objetivista que la informó, la contradijo y la refrenó. Cuestionan los autores el reduccionismo económico, pero nada dicen del corsé estructural y objetivista[78], lo cual concuerda con la conclusión final de nuestra crítica (de la crítica): se quiera o no se echó el niño por el agujero de la bañera junto con el agua sucia. A pesar de la centralidad formalmente proclamada de las luchas sociales, la ampliación temática y la emergencia social e ideológica de lo que -años después- Ignacio

---

[74] *Metodología de la historia social de España*, Madrid, 1973, p. 91.

[75] *Revista de Occidente*, nº 12, p. 38.

[76] Que hoy sigue estando muy ausente de la historia contemporánea de los movimientos sociales pese a Tuñón, Álvarez Junco y Pérez Ledesma.

[77] En cierto sentido, así fue, como se reconoce en Pere GABRIEL, Josep Ll. MARTÍN, "Clase obrera, sectores populares y clases medias", *La sociedad urbana en el España contemporánea*, Barcelona, 1994, pp. 134-135.

[78] A pesar de que, en 1981, se había publicado *Miseria de la teoría* y de que los autores habían sabido identificar, como ya vimos (nota 33), una de sus consecuencias más negativas: la infravaloración de los resultados históricos de los conflictos.

Ramonet llamó pensamiento único, relegaron, en la década de los 80, la investigación académica de los movimientos obreros, conflictos, revueltas y revoluciones[79]. Esta tendencia objetiva del contexto socio-político, esto es, la ola neoconservadora liderada por M. Thatcher y R. Reagan, ha sido factor decisivo en el retroceso del sujeto social de la realidad y de las investigaciones históricas. Ahora bien, faltó esa función crítica del historiador insistiendo más en aquellos temas que, siendo pertinentes científicamente, podían resultar desfavorecidos por la coyuntura político-ideológica.

La necesidad de renovación temática y metodológica manifestada en el artículo de *Revista de Occidente* era compartida, a principios de los años 80, por una gran parte de los historiadores sociales[80]. En el nº 2/3 (1982) de la revista *Debats* se publica una mesa redonda sobre "Movimientos sociales", aprovechando el primer encuentro de historiadores sociales en Valencia, en 1981, con la participación de J.J. Castillo, J. Termes, P. Gabriel, J. Álvarez Junco, S. Castillo, S. Juliá, C. Forcadell, M. Pérez Ledesma, J. A. Piqueras, A. Bosch, J. Paniagua, M. Cerdá y S. Forner. Las conclusiones son parecidas a las del trabajo anterior, se añaden líneas renovadoras como la historia oral

---

[79] Afortunadamente no del todo (véanse las notas 41, 113, 114, 117).

[80] Las primeras críticas fueron tradicionales, en favor del empirismo, y contra el "sentimentalismo obrerista", Juan Pablo FUSI, "Algunas preocupaciones recientes sobre la historia del movimiento obrero", *Revista de Occidente*, nº 123, 1973, pp. 358-368 (también *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, 1975); asimismo contra el moralismo, y el peso de los dirigentes y de los acontecimientos, Josep FONTANA, *La historia*, Barcelona, 1973, pp. 33 ss; se hizo ver la desatención hacia el movimiento campesino y popular, Jaume TORRAS, *Liberalismo y rebeldía campesina*, Barcelona, 1976, pp. 9-11; Miquel IZARD, "Orígenes del movimiento obrero en España", *Estudios sobre historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, I, Madrid, 1981, pp. 294-297; se dijo que había que "bajar del grupúsculo a la clase social", Josep TERMES, prólogo a F. BONAMUSA, *Andrés Nin y el movimiento comunista en España (1930-1037)*, Barcelona, 1977; se propuso desideologizar la historia del movimiento obrero y reemplazarla por una historia de las *industrial relations*, Ignacio OLÁBARRI, *Relaciones laborales en Vizcaya (1890-1936)*, Durango, 1978; "Las relaciones de trabajo en la España contemporánea: historiografía y perspectivas de investigación", *Anales de Historia Contemporánea*, nº 5, Murcia, 1986; y, por último, se ofrecieron alternativas teóricas revisionistas al marxismo clásico: Santos JULIÁ, "Marx y la clase obrera de la revolución industrial", *En Teoría*, nº 8/9, 1981-1982, pp. 99-135; Ludolfo PARAMIO, "Por una interpretación revisionista de la historia del movimiento obrero europeo", *ídem*, pp. 137-183.

y la historia de las mujeres -aún hoy poco desarrolladas-, y se matiza bastante el llamamiento a la ruptura del artículo de Álvarez Junco y Pérez Ledesma en el sentido que venimos de anotar. Carlos Forcadell prefiere hablar de "segunda recepción" de la historiográfia europea del movimiento obrero, considerando que -en comparación con Europa- la historia del movimiento obrero español era todavía débil: "incluso remitiéndonos al plano institucional, al estudio de los partidos, de los grupos dirigentes". Santos Juliá a continuación insiste: "como ejemplo de que aquí no se ha hecho historia institucional, recordemos que no tenemos una historia del Partido Comunista como la que los italiano tienen [y seguimos sin tenerla]. Me da la impresión de que estamos apurando una historia que no hemos hecho"[81].

Se hacen en esta reunión otras proposiciones interesantes: la edición de una revista[82], la elaboración de modelos propios de investigación[83], la necesidad de una sociología del historiador "analizando la clase social de la que procede, la ideología en que se ha formado, y, lo que sería más complicado, a quién ha servido esta historia"[84], argumenta Álvarez Junco, el cual, más adelante, reconoce sincera y proféticamente que "nosotros, urbanos, clase media intelectual, que queremos el poder y estamos rivalizando con otros que lo tienen en este momento"[85].

Santiago Castillo se queja en Valencia de que la mayoría de los que están allí "tienen que trabajar en una cosa que no tiene nada que ver con la

[81] *Debats*, nº 2/3, p. 96.

[82] Que será, seis años depués, *Historia Social,* como recuerda la presentación del primer número (1988).

[83] Se entienden aún menos las reticencias posteriores de *Historia Social* a publicar reflexiones teóricas o historiográficas de autores españoles (véase la nota 60)

[84] La verdad es que a los historiadores nos turba en exceso que sean conocidos públicamente nuestros condicionamientos sociales, ideológicos y políticos, claves esenciales para la interpretación de nuestro trabajo de investigación, *Debats*, nº 2/3, p. 120; el mejor ejemplo internacional, en sentido contrario, *Essais d'ego-histoire*, París, 1987; Santos Juliá sigue insistiendo en lo interesante que sería una sociología del historiador en "La historia social y la historiografía española", *Ayer*, nº 10, 1993, p. 46.

[85] *Debats*, nº 2/3, p. 132.

investigación histórica, dedicando su tiempo libre a este tipo de estudios. Además dedicando parte de los pocos ingresos estables a fichas, folios, fotocopias..."[86]. Bueno, haber investigado y renovado la historia en esas condiciones es todo un ejemplo para las nuevas generaciones, que desde luego lo tienen más difícil[87]. Así y todo, la mayoría de los participantes en la reunión de *Debats* eran, todavía, profesores adjuntos de universidad[88]. Añadimos "todavía" porque, en aquel momento, buena parte de los nuevos historiadores de la economía y la sociedad, en las áreas de conocimiento histórico más tradicionales, y de la misma generación, habían logrado ya la "consolidación funcionarial"[89], algunos incluso la cátedra. La verdad es que ser contemporaneísta y marxista no facilitaba las cosas, de entrada, en la universidad española de los años 70[90]. El viraje dado, en este aspecto, en la década de los años 80, gracias a la renovación historiográfica y a la transición, al acceso al poder del PSOE y a la consolidación de la democracia, dentro y fuera de la universidad, fue tan espectacular que ahora estamos obligados a rectificar: llevando el péndulo a una posición más centrada[91] y ayudando en el relevo generacional.

---

[86] *ídem*, p. 100.

[87] Un muestra de sus opiniones es la comunicación de la Escuela Libre de Historiadores de Sevilla en el Congreso de Santiago: "La universidad más allá de la institución. La historia más allá de la universidad", *Historia a debate*, III, 1995, pp. 257-264.

[88] *Debats*, nº 2/3, pp. 134-135.

[89] Término empleado en el editorial del nº 1 de *Historia Social* para referirse de nuevo a la situación que tenían en sus orígenes los promotores de la revista.

[90] La dedicación a la militancia política, y la represión de la dictadura, dificultó la carrera académica -y en el mejor de los casos la retrasó- de aquellos universitarios de los años 60 y 70 más consecuentes con su compromiso político y moral: el paradigma singular, aún perteneciendo a la generación anterior, es, otra vez, Manuel Tuñón de Lara y su tardía incorporación a la universidad.

[91] No sólo reorientando la investigación, también reequilibrando, en la universidad y más aún en la enseñanza media, la atención concedida a las diversas edades cronológicas para contrarrestar los efectos negativos de la primacía del contemporaneísmo; es valioso

La coyuntura política es, en efecto, vital para comprender el giro historiográfico y académico focalizado en el año 1982. No es casual que la primera gran victoria electoral por mayoría absoluta del PSOE, que tres años antes abandonara el marxismo[92], tenga lugar este mismo año de 1982. No se trata tanto de una influencia directa, pues el cambio historiográfico que estamos analizando es anterior al cambio electoral favorable a la izquierda, como del hecho de que ambos acontecimientos, de características manifiestamente distintas, comparten una misma coyuntura intelectual y mental. La historia es hija de su tiempo, y sufre, como todas las ciencias humanas y sociales, los cambios "climatológicos", especialmente en un terreno tan sensible como la historia del movimiento obrero y de los conflictos sociales, que fue, en un principio, "una forma de militancia antifranquista" [93].

En 1982 se consolida, por lo tanto, el cambio de hegemonía en el campo político-social, y también cultural, de las izquierdas, del PCE al PSOE[94], de las luchas sociales de los años 70 a las luchas electorales de los años 80. Antes ya se había producido la frustración (pactos oposición antifranquista/reformistas franquistas) de los impulsos revolucionarios nacidos en la universidad de los años 60 y 70, y la casi desaparición de una serie de partidos (PTE, ORT, MCE, LCR...) que tuvieron gran influencia entre los estudiantes universitarios y cultivaban un marxismo clásico con buenas dosis de esquematismo y dogmatismo, paradójicamente tanto estructuralista como voluntarista[95]. El fin de la transición conlleva la desaparición paulatina de la escena política de unos movimientos sociales -el

---

el esfuerzo que se trasluce, en este sentido, en el libro: Manuel PÉREZ LEDESMA, *Estabilidad y conflicto social. España, de los iberos al 14-D*, Madrid, 1990.

[92] José Antonio PIQUERAS, "El abuso del método, un asalto a la teoría", *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991, p. 99.

[93] Miquel IZARD, "Orígenes del movimiento obrero en España", *loc. cit.*

[94] Es entonces cuando el término socialdemócrata recobra cierto prestigio (véase la nota 20), para ser, pasando el tiempo, motivo de añoranza.

[95] No mucho más que entre los militantes del hegemónico PCE, a pesar de su política "reformista" y "revisionista", según las acusaciones típicas de los "izquierdistas" universitarios de los años 70.

movimiento obrero se institucionaliza, el movimiento estudiantil se eclipsa-, que cuando reaparecen, fugazmente, será para confrontarse justamente con la política laboral, económica y educativa de los gobiernos socialistas. Todas estas "frustraciones", lo que se llamó "el desencanto", la necesidad para algunos de "volver a empezar" profesionalmente, la "reconversión" ideológica de casi todos, acabó en los años 80 con el compromiso político del intelectual (el canto del cisne fue, sin lugar a dudas, el referendum sobre la OTAN de 1986) y coadyuvó a desideologizar las líneas de investigación académica más cercanas al marxismo proponiendo estas "segundas rupturas"[96]. Paradójicamente la moderación política e ideológica no acabó con el "frentepopulismo", anacrónico en el contexto político y universitario posterior a la transición, pero continuamente alimentado por las luchas de bandos por el poder académico y electoral, tendencialmente bipartidistas ("rojos" y "azules", y últimamente "nacionalistas" y "antinacionalistas").

En el contexto del regreso en los años 90 del interés por la historia de los conflictos sociales, fue retomado con fuerza el giro historiográfico de 1982 en diversas ocasiones[97], y reevaluado, por sus promotores -y por otros

---

[96] Con la claridad que les caracteriza, Álvarez Junco y Pérez Ledesma terminan su artículo así: "Ser infieles a nuestra juventud parece, en este caso al menos, una buena recomendación intelectual", *Revista de Occidente*, nº 12, p. 41.

[97] Manuel PÉREZ LEDESMA, "Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva medotología", *Studia Histórica*, vol. VI-VII, 1990; Guillermo A. PÉREZ SÁNCHEZ, "Una manera de hacer historia social o la confirmación de un nuevo enfoque", *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991; José Antonio PIQUERAS, "El abuso del método, un asalto a la teoría", *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991; Julián CASANOVA, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, 1991; Ángeles BARRIO, "A propósito de la historia social del movimiento obrero y los sindicatos", *Doce estudios de historiografía contemporánea*, Santander, 1991; Carlos FORCADELL, "Sobre desiertos y secanos. Los movimientos sociales en la historiografía española", *Historia Contemporánea*, nº 7, 1992; Santos JULIÁ, "La historia social y la historiografía española", *Ayer*, nº 10, 1993; Manuel PÉREZ LEDESMA, "Manuel Tuñón de Lara y la historiografía del movimiento obrero", *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, 1993; "Cuando lleguen los días de la cólera' (Movimientos sociales, teoría e historia)", *Zona Abierta*, nº 69, 1994 (también en *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993); Pere GABRIEL, Josep Ll. MARTÍN, "Clase obrera, sectores populares y clases medias", *La sociedad urbana en el España contemporánea*, Barcelona, 1994; José ÁLVAREZ JUNCO, "Movimientos sociales en

colegas más jóvenes- replanteando[98] u "olvidando"[99] argumentos, continuando y reconstruyendo el discurso renovador, y/o reaccionado contra él, tratando, en resumidas cuentas, de orientarse en esta década y media caracterizada historiográficamente por la honda crisis del paradigma común de la posguerra -donde hay que insertar nuestro debate sobre la historia del movimiento obrero-, por la fragmentación galopante de objetos y enfoques, por el crecimiento desordenado de nuestra disciplina, por el retorno de los géneros tradicionales, por la emergencia de candidatos a nuevos paradigmas...

El balance del movimiento renovador de los años 80 es considerado negativamente por la mayoría de los autores que han vuelto sobre ello, entre 1990 y 1995. Ángeles Barrio habla de escasa fecundidad; Carlos Gil, citando a la anterior, entre otros, de que "los frutos de la ruptura no parecen haber alcanzado la altura de las expectativas creadas"[100]; Pere Gabriel reconoce que "pasada ya más de una decena de años, no puede decirse que ese empujón del péndulo hacia el otro lado haya producido resultados mejores"[101], que "no

España: del modelo tradicional a la modernidad posfranquista", *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, 1994; "Aportaciones recientes de las ciencias sociales al estudio de los movimientos sociales", *Historia a debate*, III, Santiago, 1995; Pere GABRIEL, "A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España", *Historia Social*, nº 22, 1995, pp. 43-53; Carlos GIL ANDRÉS, "Protesta popular y movimientos sociales en la Restauración", *Historia Social*, nº 23, 1995, p. 123.

[98] Se reformula la propuesta de 1982 sobre la historia del movimiento obrero, ampliando sugerentemente su temática, aprendiendo de medievalistas y modernistas, pero se sigue dejando fuera de la investigación las huelgas y los conflictos, vistiendo un santo para desvestir otro: primer círculo, organizaciones obreras y dirigentes; segundo círculo, afiliados y sus condiciones de vida y trabajo; tercer círculo, vida cotidiana y mentalidades de los obreros "conscientes"; y cuarto círculo, mentalidades y condiciones de vida y trabajo de los trabajadores en general, Manuel PÉREZ LEDESMA, "Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva metodología", *Studia Histórica*, vol. VI-VII, 1990, pp. 12-13.

[99] No comparto la idea de Santos Julia (*Ayer*, nº 10, pp. 39-40), y otros, de que los historiadores sociales de los años 60 y 70 no eran, en el método y la teoría, marxistas: los más importantes si lo fueron, y entre ellos están por supuesto los protagonistas del auge de la historia de conflictos sociales en los años 70, que estamos citando en este trabajo.

[100] Carlos GIL, *op. cit.*, p. 122.

[101] Pere GABRIEL, Josep Ll. MARTÍN, "Clase obrera, sectores populares y clases medias", *La sociedad urbana en el España contemporánea*, Barcelona, 199, pp. 134-135.

hemos hecho gran cosa", y condena el "cliché reduccionista" con que se enjuició la historia social 1959-1982[102]; Carlos Forcadell, que ya había hecho notar sus matices críticos en Valencia, insiste: "está muy extendida la sensación de que los frutos de los manifiestos metodológicos del 82, aun existiendo, van por detrás de las exigencias que planteaban"[103]; José Antonio Piqueras se interroga sobre cómo se hace la historia social en España y arremete en su respuesta contra "la entronización del empirismo y la 'desteorización' de la práctica histórica"[104]; José Álvarez Junco, en el I Congreso Internacional Historia a Debate, es el más claro y autocrítico, acepta el (relativo) fracaso del movimiento renovador[105] y pone el dedo en la llaga: "la rutina o la carencia de modelo alternativo con similar capacidad de explicación global hace del tratamiento historiográfico de los movimientos sociales en España siga proclamando su fidelidad a ese modelo [el paradigma heredado]"[106].

Hay mucho de verdad en esta crítica-autocrítica de uno de los firmantes del artículo de *Revista de Occidente*, los viejos paradigmas -y la nueva historia que llegó a España en los años 60 y 70 es ahora ya, la vida no perdona, un viejo paradigma- siguen vigentes mientras la comunidad de historiadores no los sustituye plenamente mediante el consenso. Pero se sigue, en nuestra opinión, planteando mal el problema. Si los historiadores sociales no aceptaron, hasta hoy, reemplazar netamente la historia del movimiento obrero por la historia de los movimientos sociales, si no se supo elaborar un paradigma alternativo global, es, en nuestra opinión y

---

[102] Pere GABRIEL, "A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España", *Historia Social*, nº 22, 1995, p. 45.

[103] Carlos FORCADELL, *op. cit.*, p. 111.

[104] José Antonio PIQUERAS, , *op. cit.*, p. 88.

[105] Nos quejamos constantemente de la falta de "escuelas" en la historiografía española y minusvaloramos fenómenos originales y autóctonos como Vicens Vives, Tuñón de Lara y el grupo de jóvenes historiadores sociales del 82 (con notables diferencias internas, pero no menos concomitancias y acciones conjuntas).

[106] José ÁLVAREZ JUNCO, , *op. cit.*, p. 101.

resumiendo, porque se cometieron algunos "errores": a) favorecer, voluntaria y/o involuntariamente, el abandono de una historia de la historia del movimiento obrero[107], imprescindible para una historia de los movimientos sociales que se precie, que, al ser negado en la práctica el primer impulso renovador de Tuñón de Lara y los Coloquios de Pau, tiende a volver por sus fueros verdaderamente tradicionales; b) dejar fuera de la crítica la distorsión estructuralista, objetivista y cientifista, del paradigma común de los historiadores del siglo XX, neutralizando así los esfuerzos propugnados para vencer al economicismo, para innovar temática y metodológicamente, para conservar el interés por los actores sociales; c) desconectar el debate sobre historia del movimiento obrero y de los movimientos sociales del debate historiográfico general -en cambio que se atiende mejor el debate de la sociología-, más allá de los historiadores contemporaneístas, toda vez que no pocos de los problemas suscitados sólo pueden tener solución si se sale del estrecho marco de los historiadores sociales de los siglos XIX y XX; d) olvidar la historia global, error compartido con casi toda la historiografía occidental de las últimas décadas, y de alguna forma justificado por el estrepitoso fracaso de la historia "total", concretamente de la lectura estructuralista y determinista que se hizo de este concepto historiográfico fundamental; e) haber considerado críticamente el contexto político que ha informado la "primera ruptura" (una historia repensada por la generación del 68 "de forma apresurada, semi-clandestina y con una utilidad en gran medida política"[108]), y no haber hecho lo mismo con las condiciones políticas,

---

[107] El actual florecimiento de la historia del movimiento obrero desmiente la idea de que se trataba de una temática agotada, a principios de los años 80, de que estaba la "misión cumplida" como ha recordado Manuel Pérez Ledesma recientemente, "Manuel Tuñón de Lara y la historiografía del movimiento obrero", p. 211.

[108] *Revista de Occidente*, nº 2/3, p. 41; se denuncia, por lo demás, en tono francamente "frentepopulista", el "contenido más político" de la "ofensiva" de Olábarri y Vázquez de Prada en favor de "substituir el concepto de 'movimiento obrero' por la forma más neutra de 'relaciones laborales'" (*ídem*, p. 21) que, a fin de cuentas, tampoco estaba tan distante de la propuesta, también a la ofensiva -¡cómo debe ser!- de nuestros autores, asimismo con pretensiones de neutralidad: "¿No habría que pensar una segunda ruptura, orientada ahora fundamentalmente por preocupaciones científicas?" (*ídem*, p. 41).

ideológicas y de mentalidad que coadyuvaron y alimentaron el giro del 82[109], y su posterior incidencia en la historia social de los años 80, sin lo cual no se comprende su relativo fracaso[110]. En fin, entrecomillábamos antes la palabra "errores" porque, hacia 1982, año de grandes ilusiones renovadoras, esto es, después del golpe del 23-F (1981) y de la toma de Valencia por parte de Miláns del Bosch, no era fácil preveer el apogeo de la posmodernidad historiográfica[111] o la vuelta de la historia tradicional, la caída del muro de Berlín o la negativa evolución política nacional[112]; y porque, en todo caso, es así, aprendiendo del pasado, como podemos elaborar propuestas más atinadas para el futuro (inmediato).

El retorno de los años 90

Aunque en los años 80 el interés de la historia en general, y de la historia social en particular, por los conflictos, las revueltas y los movimientos sociales, disminuyó notablemente, ello no quiere decir que no se continuasen publicando obras de investigación, algunas muy interesantes, en historia medieval[113], moderna[114] y historia contemporánea[115], como estela

---

[109] No es el caso de Piqueras, véase la nota 92.

[110] El mejor antídoto frente a las mayoritarias evaluaciones autocríticas, son los balances favorables, que reflejan igualmente la realidad: Manuel PÉREZ LEDESMA, "Manuel Tuñón de Lara y la historiografía del movimiento obrero", p. 214; Santos JULIÁ, "La historia social y la historiografía española", p. 40; Guillermo A. PÉREZ SÁNCHEZ, "Una manera de hacer historia social o la confirmación de un nuevo enfoque", pp. 429-431.

[111] Uno de cuyos exponentes más lúcidos -la propuesta tiene sus cosas buenas y malas- es Santos JULIÁ, "¿La historia en crisis?", *Historia a debate*. I, Santiago, 1995, pp. 143-145.

[112] OTAN, FILESA, GAL, ROLDÁN, RUBIO ...

[113] José María MONSALVO ANTÓN, *Teoría y evolución de un conflicto social. El antisemitismo en la Corona de Castilla en la Baja Edad Media*, Madrid, 1985; Javier ORTIZ REAL, *Cantabria en el siglo XV. Aproximación al estudio de los conflictos sociales*, Santander, 1985.

del empuje anterior y/o por la decisión de algunos historiadores que, más allá de la "moda"[116], siguieron -seguimos- considerando de sumo interés historiográfico el estudio de la parte más dinámica de la histórica. Predominan los artículos[117] sobre los libros -frutos acostumbrados de tesis de licenciatura y doctorado que escasean sobre estos temas en los años 80- y, en general, los trabajos de historia local, en consonancia con la creciente marginación del ámbito español[118] y de la historia de España[119]. en las investigaciones académicas.

---

[114] Eulàlia DURAN, *Les germanies als paisos catalans*, Barcelona, 1982; Martín ALMAGRO, *Las alteraciones de Teruel, Albarracín y sus comunidades en defensa de sus fueros durante el siglo XVI*, Teruel, 1984; J. VIDAL PLA, *Guerra del segadors i crisi social. Els exiliatis Filipistes (1640-1652)*, Barcelona, 1984; P. ÁLVAREZ FRUTOS, *La revolución comunera en tierras de Segovia*, Segovia, 1988.

[115] Véase la nota 41.

[116] El debate ejemplar que tuvieron los historiadores del movimiento obrero, hacia 1982, no se correspondió con otros parecidos entre medievalistas o entre modernistas, y menos aún tuvieron lugar debates conjuntos, no obstante la evolución de la temática fue bastante parecida, lo cual nos conduce a dos conclusiones: la importancia de los factores condicionantes externos, y la urgencia en reforzar la sociabilidad horizontal, la convergencia entre especialidades históricas y la intervención colectiva de la comunidad de historiadores en su propio destino, incluso a a contracorriente de la evolución política.

[117] Por ejemplo, en historia medieval: J. PÉREZ-EMBID, "Violencias y luchas campesinas en el marco de los dominios cisterciense castellanos y leoneses de la Edad Media", *El pasado histórico de Castilla y León*, I, Burgos, 1984, pp. 161-178; Reyna PASTOR, "Consenso y violencia en el campesinado medieval", *En la España medieval. Estudios en memoria del profesor D. Claudio Sánchez Albornoz*, II, Madrid, 1986, pp. 731-742; María del Pilar GIL GARCÍA, "Conflictos sociales y oposición étnica: la comunidad mudéjar de Crevillente. 1420", *III Simposio Internacional de Mudéjarismo*, Teruel, 1986, pp. 305-312; J. PORTELLA, A. SANZ, "Reacción senyorial i resistencia pagesa al domini de la catedral de Girona (segle XVIII), *Recerques*, nº 7, 1986, pp. 141-151; artículos de José María Mínguez, Josep María Salrach, Eva Serra y Tomas de Montagut en el dossier sobre revueltas campesinas de *L'Avenç*, nº 93, 1986; Mercé AVENTIN, Josep M. SALRACH, "Le rôle de la monarchie dans les révoltes paysannes de la péninsule ibérique (XIV-XVe siècles)", *Révolte et Societé*, I, París, 1988, pp. 62-71.

[118] Juan PRO RUIZ, "Sobre el ámbito territorial de los estudios de historia", *Historia a debate*, III, Santiago, 1995, pp. 59-66.

El punto de inflexión tendrá lugar entre finales de los años 80 y principios de los años 90, y los primeros artífices -y a la vez síntomas- de este nuevo auge de la historia de los conflictos sociales -y del movimiento obrero- serán, principalmente, una serie de congresos, jornadas y seminarios, que tienden a adoptar un carácter interhistórico al participar historiadores de diferentes áreas de conocimiento histórico. Los congresos son ciertamente las actividades académicas que, por su inmediatez y carácter colectivo, mejor reflejan las coyunturas historiográficas.

Los tomos VII y VIII del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Toledo, 1988) están dedicados *Conflictos sociales y evolución económica en la Edad Moderna*, aunque el contenido no se corresponde bien con el título, problema que tendrán otros organizadores de congresos ante la falta de hábito de los historiadores de tratar, durante los años 80, dicha temática conflictiva.

En 1989 se realiza, en el marco de los cursos de verano de El Escorial, el seminario *Revoluciones y alzamientos en la España de Felipe II* (Valladolid, 1992), donde, de nuevo, no todas las contribuciones responden al título, lo que ya no sucederá con las reuniones de historiadores que vienen a continuación, sobre todo con las comunicaciones libres a los congresos. Conmemorando el bicentenario de la revolución francesa, se inauguran, este mismo año de 1989, la serie de Jornadas de Estudios Históricos, organizadas anualmente por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea de Salamanca, con un ciclo de conferencias sobre *Revueltas y revoluciones en la historia* (Salamanca, 1990). Con todo, el primer gran congreso en que se manifiesta abiertamente la vuelta de los conflictos es el organizado por al Institución "Fernando el Católico" en Zaragoza, asimismo en 1989, sobre *Señorío y feudalismo en la Península Ibérica* (Zaragoza, 1993).

En 1990, son cuatro las reuniones académicas sobre revueltas y conflictividad social: un curso de verano de la Universidad Complutense en El Escorial sobre *Resistencias hispánicas al imperio: comuneros, agermanados*

---

[119] Carlos BARROS, "Inacabada transición de la historiografía española", *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº 24, Bordeaux, 1996, pp. 481-486.

y erasmistas; un seminario de la UIMP en Cuenca sobre *Asociacionismo y conflicto agrario en España (ss.* XVIII-XIX-XX); y el I Congreso de la Asociación de Historia Social, también en Zaragoza, sobre *La historia social en España: actualidad y perspectivas* (Madrid, 1991), con contribuciones mayormente de historiadores contemporaneístas[120] . Habría que añadir, este mismo año, dentro de los "Grandes Temas" del 17 Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Madrid, las comunicaciones de Gonzalo Bueno, Julián Casanova y Julio Aróstegui sobre *Revoluciones y reformas: su influencia sobre la historia de la sociedad.*

En 1993, Ignacio Olábarri y Valentín Vázquez de Prada organizan, en Pamplona, las V Conversaciones Internacionales de Historia, *Para comprender el cambio social. Enfoques teóricos y perspectivas historiográficas* (Pamplona, 1997), con la intención explícita, dicen en el prólogo, de "resucitar una de las grandes preguntas de la historiografía de mediados de siglo -la explicación del cambio social-, sabiendo que no disponemos de 'ismo' alguno que ofrezca una respuesta a la cuestión" a fin de poder hacer frente al posmodernismo extremo volviendo "a las metodologías 'socio-científicas' de probada fecundidad en nuestro siglo".

En 1995 se llevaron a cabo dos congresos y un seminario importantes: el VII Congreso de Historia Agraria en Baeza, organizado por el Seminario de Historia Agraria, sobre la conflictividad rural en la Edad Media, Moderna y Contemporánea (publicado en *Noticiario de Historia Agraria*, nº 12 y 13, 1996 y 1997); el II Congreso de la Asociación de Historia Social, en Córdoba, sobre *El trabajo a través de la historia* (Madrid, 1996), con una parte importante de las comunicaciones dedicada a la historia del movimiento obrero y la conflictividad social[121]; y el seminario de la UIMP de Valencia sobre *Conflictividad y represión en la sociedad moderna*, publicado en el el nº 22 (1996) de la revista *Estudis. Revista de historia moderna*, fruto de un

[120] Ramón del Río, Joseba de la Torre, Pedro Carasa, María José Lacalzada y Miquel Izard.

proyecto de investigación (1992-1995) sobre *La dimensión conflictiva de la sociedad valenciana moderna*.

Por último, en 1997, donde ahora estamos, en Vitoria, el III Congreso de nuestra Asociación de Historia Social, sobre *Estado, protesta y movimientos sociales*, que nos ha obligado a reflexionar sobre los precedentes, la situación actual y las perspectivas de nuestro campo de investigación que, para bastantes colegas, pertenecía a una historiografía, la de los años 60 y 70, que jamás volverá, lo cual en rigor es cierto, y además ni siquiera es deseable, cuestión aparte es que sus objetos de investigación siguen ahí, son incluso imprescindibles para que la historia deje atrás la presente crisis paradigmática y entre con fuerza en el nuevo milenio.

En cuanto a revistas, la palma se la lleva, naturalmente, *Historia Social* de Valencia que, así y todo, ha dedicado cinco dossiers a la historia del movimiento obrero, los conflictos y las revueltas sociales: nº 1, 1988, "Anarquismo y sindicalismo"; nº 5, 1989, "Huelgas"; nº 15, 1993, "Estado y acción colectiva"; nº 17, 1994, "Conflictividad obrera y conducta social"; nº 20 y 22, 1994 y 1995, "Debates de historia social de España" (con artículos sobre conflictos, revueltas, revolución y "lucha de clases" de R. García Cárcel, M. Chust, J. Casanova y P. Gabriel)[122]. Resulta paradójico que los dos historiadores sociales, Santos Juliá y Carlos Forcadell, que, en el encuentro valenciano de 1981, fueron más reticentes a la "segunda ruptura", defendiendo "que estamos apurando una historia que no hemos hecho", esto es, del movimiento obrero, los partidos obreros, sus grupos dirigentes[123], infravaloren ahora como "historia social clásica", sin entrar para nada a analizar si sus enfoques son tradicionales o renovados, los notables dossiers

---

[121] Ángel Rodríguez, David Ruiz, Juanjo Romero, Frances-A. Martínez, Carlos Sola, Mercedes Gutiérrez, Carlos Gil, Antonio Barragán, Ángel Smith, Carlos Hermida, Roque Moreno, José Goméz, Carme Molinero, Pere Ysás y Ramón García.

[122] Además se pueden encontrar artículos sobre conflictos sociales en los nº 2, 3, 8, 13, 14 y 16.

[123] *Debats*, nº 2/3, p. 96.

de *Historia Social* sobre movimientos, conflictos y revueltas sociales[124]. Para nosotros, porfiamos, no son los objetos -los necesitamos todos- quienes definen la validez de una investigación histórica, son sus métodos y sus resultados[125]. Internacionalmente está ya agotada la vía de renovar la historia cambiando o ampliando solamente la temática, descubriendo nuevos objetos, ahora toca innovar de la manera más difícil y también más decisiva: mediante el método, la historiografía y la teoría. Nos vamos a encontrar con temas viejos tratados de manera nueva o con temas nuevos tratados de forma vieja: qué cada barco se agarre a su vela.

Otras revistas se han preocupado por descontado, últimamente, por el sujeto social y su historia. Los nº 3 y 4, ambos del año 1990, de *Historia Contemporánea* (dirigida por Tuñón de Lara), que tratan monográfica y respectivamente de *Movilización obrera entre dos siglos, 1890-1910* y *Cambios sociales y modernización*. El nº 4 de *Ayer*, de 1991, dedicado a *La huelga general* por considerarlo "un tema de actualidad. Su proclamación en la Federación Rusa, en agosto de 1991; en Italia, Gaza-Cisjordania y Asturias en octubre o en la República de Sudáfrica en noviembre, son ejemplos contemporáneos". Los nº 56 (1991) y 69 (1994) de *Zona Abierta*, consagrados, respectivamente, a *Fluctuaciones económicas y ciclos de conflicto* y a *Movimientos sociales, acción e identidad*; la introducción al nº 69, subtitulada "algunas viejas razones", se enfrenta a los que "se unen para certificar la muerte de los movimientos sociales" y se posiciona por un "concepto de 'movimiento social' sin adjetivos" de "nuevo" o "viejo" que hay que redefinir. Están, además, los nº 12 (1996) y 13 (1997) de *Noticiario de Historia Agraria*, y el nº 22 (1996) de *Estudis*, donde se han publicado las actas de congresos y seminarios de los que ya hemos hablado.

---

[124] Carlos FORCADELL, "Sobre desiertos y secanos. Los movimientos sociales en la historiografía española", *Historia Contemporánea*, nº 7, 1992, p. 113; Santos JULIÁ, "La historia social y la historiografía española", *Ayer*, nº 10, 1993, p. 44.

[125] Tesis 8 de "La historia que viene", *Historia a debate*, I, 1995.

En cuanto a libros tenemos algunas novedades "fin de siglo" que avalan el nuevo impulso que está recibiendo la historia de conflictos y revueltas[126], de manos sobre todo de la nueva generación[127], si bien pensamos que -si nuestros datos y hipótesis son atinados- habrá en el futuro avances mayores porque los "despoblados" son numerosos y extensos, pensemos sino en las grandes revueltas, ¿no es acaso cierto que están por hacer investigaciones monográficas que apliquen las nuevas metodologías al estudio de revueltas tan importantes como los remensas, las germanías, las comunidades,

---

[126] Merece especial mención la obra de Manuel PÉREZ LEDESMA, *Estabilidad y conflicto social. España, de los iberos al 14-D*, Madrid, 1990, que incorpora la triple novedad de su carácter interhistórico -para nada habitual entre los contemporaneístas, como sabemos-, de su ámbito español y de su intención sintética; anotar igualmente las siguientes: *Revolts populars contra el poder de l'Estat*, Barcelona, 1992; Emilio CABRERA, Andrés MOROS, *Fuenteovejuna. La violencia antiseñorial en el siglo XV*, Barcelona, 1991; Salvador MARTÍNEZ, *La rebelión de los burgos*, Madrid, 1992; Juan DÍAZ PINTADO, *Conflicto social, marginación y mentalidades en La Mancha (s. XVIII)*, Ciudad Real, 1987; Jerómino LÓPEZ- SALAZAR, *Mesta, pastos y conflictos en el Campo de Calatrava (s. XVI)*, Madrid, 1987; *Rebelión y resistencia en el mundo hispánico del siglo XVII*, Lovaina, 1992; M. ORTEGA LÓPEZ, *Conflicto y continuidad en la sociedad rural española del siglo XVIII*, Madrid, 1993; J. OLIVARES, *Comunitats rurals i Reial Audiència 1600-1658. Aportació a una teoria de la conflictivitat social en el feudalisme a l'Edat Moderna*, Barcelona, 1995; Emilio MAJUELO, *Lucha de clases en Navarra: 1931-1936*, Pamplona, 1989; Joseba de la TORRE, *Lucha antifeudal y conflictos de clases en Navarra: 1808-1820*, Bilbao, 1992; Joan SERRALLONGA, *La lucha de clases: orígenes del movimiento obrero*, Madrid, 1993; Pedro RÚJULA, *Rebeldía campesina y primer carlismo. Los orígenes de la Guerra Civil en Aragón, 1833-1835*, Zaragoza, 1995; Carlos VELASCO, *Axitacións campesinas na Galicia do século XIX*, Santiago, 1995; Carlos GIL ANDRÉS, *Protesta popular y orden social en La Rioja de fin de siglo, 1890-1905*, Logroño, 1995; Guillermo PÉREZ SÁNCHEZ, *Ser trabajador: vida y respuesta obrera (Valladolid 1875-1931)*, Valladolid, 1996; Ángeles GONZÁLEZ, *Utopía y realidad. Anarquismo, anarcosindicalismo y organizaciones obreras, 1900-1923*, Sevilla, 1996; Pilar ROVIRA, *Mobilització social, canvi polític i resolució. Associacionisme, Segonda Repúbica i Guerra Civil*, Alzira, 1996; Pedro BARRUSO, *El movimiento obrero en Gipuzkoa durante la II República*, San Sebastián, 1996; Santiago de PABLO, *Trabajo, diversión y vida cotidiana. El País Vasco en los años treinta*, Vitoria, 1996; José Vicente IRIARTE, *Movimiento obrero en Navarra (1967-1977)*, Pamplona, 1996; véanse además las notas 41, 128.

[127] Aunque las generaciones aparecen modélicamente intercaladas y entrelazadas en este movimiento pro-retorno historiográfico de los conflictos sociales, observamos el predominio de los jóvenes -que tienen, también hay que decirlo, mayores necesidades curriculares- en la investigación, si bien en la reflexión, por ahora, se nota menos.

insurrecciones campesinas, obreras y populares contemporáneas...? Tal ha sido mi experiencia personal: he intentado reenfocar, en diversas obras[128], entrelazando los tiempos, desde el ángulo de la historia de las mentalidades, la historia oral y la historia de la criminalidad, la revuelta irmandiña (1467-1469), sus precedentes, su estallido y su impacto en la memoria colectiva (1467-1674).

Cuando, a mediados de los años 80, decidí eligir como el centro de mi proyecto de investigación una revuelta social[129], dando rienda suelta a mis "inquietudes innovadoras" sin renunciar a un tema "clásico", pero decisivo para una comprensión explicativa y global de la historia, tenía dos temores (que no me disuadieron de seguir adelante, obviamente[130]), quedarme sólo en tierra de nadie al ubicarme en el cruce de varias especialidades, y ser "el último de Filipinas" en hacer un tesis doctoral sobre una revuelta medieval, pero también una esperanza y una apuesta: contribuir al resurgir historiográfico, e histórico, del sujeto social. Prueba de que no me invento la incomodidad pasada es lo que Fernández de Pinedo escribe -en 1992-, en el prólogo a la tesis del Joseba de la Torre -leída en 1989 y dirigida por Fontana-, sobre la lucha antifeudal en Navarra: "da la impresión que escribir sobre luchas o conflictos sociales no resulta de buen gusto"[131]. En fin, que vale decir aquí lo de que "los últimos serán los primeros", es por eso que, cuando

[128] *Mentalidad justiciera de los irmandiños, siglo XV*, Madrid, 1990 (Vigo, 1988); *Mentalidad y revuelta en la Galicia irmandiña: favorables y contrarios*, Santiago de Compostela, 1989; *¡Viva El-Rei! Ensaios medievais*, Vigo, 1996, pp. 137-269.

[129] Los vasos comunicantes interhistóricos funcionaban hace diez años menos que hoy, desconocía -y no me preocupaban- los debates del 82 de los historiadores del movimiento obrero, pero era plenamente consciente de que nadaba a contracorriente tanto en la elección del tema (revuelta social) como en la elección de la metodología (historia de las mentalidades).

[130] Tan convencido -que no arrepentido- estaba de ello que no propuse, contra mis intereses personales, este tema de los conflictos como una cuestión a discutir en el I Congreso Historia a Debate de 1993, me equivoqué y espero que, en 1999, el II Congreso Historia a Debate rectifique este "error" y contribuya de este modo a consolidar recuperación del sujeto social de la historia, dentro y, con más razón, fuera de España.

[131] Joseba de la TORRE, *op. cit.*, p. 9.

me disponía a redactar esta ponencia, al ordenar mis fichas y hacer mis últimas lecturas, acordé cambiar el título de mi contribución a este congreso de la reivindicación ("Conflictos, revueltas, revoluciones. Por una historia con sujeto") a la constatación ("El retorno del sujeto social").

¿Por qué está renaciendo de sus cenizas, en España, la historia de los conflictos y revueltas sociales[132]? Se nos ocurren varias razones de tipo historiográfico: a) el buen momento de la historiografía española de los 90[133] tanto en productividad y crecimiento, pese a los problemas de inserción laboral de los jóvenes historiadores, como en espíritu renovador[134] y esfuerzo reflexivo[135]; b) vivimos un época historiográfica de balance y búsqueda de alternativas, hacia atrás y hacia adelante, donde todo se renueva y retorna, de manera que tenemos de "todo" encima de la mesa, también los conflictos, las revueltas y las revoluciones, que fueron -y son- acontecimientos históricos y dan pie a formas de escribir la historia muy importantes, junto con la biografía, la historia política y la narración, protagonistas hasta ahora de los retornos historiográficos; c) el relativo fracaso del inacabado giro del 82, que se difundió casi como una historia social sin sujeto, sin conflictos[136]; d) la influencia de la nueva sociología de la acción colectiva, de la acción racional, de los actores sociales, que redescubre el sujeto, bastante después de la

---

[132] Otro síntoma evidente es el hecho que ya apuntamos de que, diez años después, se haya relanzado la reflexión historiográfica sobre el movimiento obrero y la protesta social, véase la nota 97.

[133] Presentación de *Historia a debate*, I, Santiago, 1995, pp. 9-10.

[134] "Historia de las mentalidades: posibilidades actuales", *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, p. 65.

[135] "Inacabada transición de la historiografía española", , *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº 24, Bordeaux, 1996, p. 479.

[136] De hecho los primeros en animarse -y animar a otros- con el retorno de los conflictos y de la historia social son los promotores del giro, aunque no todos; es altamente significativo que las dos expresiones organizativas que tienen su origen remoto en el grupo del 82, la asociación Historia Social y la revista Historia Social, son paralelas al fenómeno de recuperación historiográfica del sujeto social.

historia, y nos lo devuelve por la ventana una década después de haberlo querido echar por la puerta.

Luego están los contextos, nacional e internacional, de los que no podemos prescindir, para entender la recuperación de la vieja tradición historiográfica española de conflictos, revueltas y revoluciones, a las puertas del siglo XXI.

En el plano nacional el factor más poderoso, en nuestra opinión, es la consolidación de la democracia bajo los gobiernos socialistas y, en consecuencia, la normalización[137] del conflicto y la huelga, incluida la huelga general, que pierden así el significado "subversivo" que tenían antes, con Franco, y aún durante la transición, lo cual facilita el regreso al mundo académico, y que se revaloricen los hechos sociales como temas de estudio por parte de las organizaciones sindicales de clase y las instituciones locales, que en ese intervalo de tiempo, han constituido fundaciones, centros de estudio e investigación, para recuperar su memoria histórica y legitimar sus respectivas identidades.

En el plano internacional hay que reconocer la espectacularidad de la acción colectiva en la historia en la última década del siglo XX. Consideraremos cuatro momentos: 1) <u>1989-1991</u>, revoluciones democráticas en el Este de Europa con un protagonismo decisivo de la multitud, empezando por los trabajadores industriales (Polonia), que utiliza todos los medios clásicos para hacer derrocar el llamado socialismo real: manifestaciones, huelgas generales, insurrecciones armadas (Rumania); 2) <u>1994-</u>, revuelta campesina de Chiapas, en el mismo momento de entrar México en el Tratado de Libre Comercio con EE. UU. y Canadá, que suscita una gran ola de simpatía dentro -y fuera- de México, provocando la vuelta al compromiso político no-partidario de una parte notable de académicos e

[137] "Los españoles comprensivos con los conflictos laborales", titula *El País* (9 de abril de 1990) la información sobre los resultados de un sondeo de opinión sobre las huelgas y otras cuestiones.

historiadores[138] (al igual que pasara antes en el Este de Europa); 3) 1995-1997, movimientos sociales (grandes huelgas y manifestaciones) en Francia de un envergadura desconocida, desde los años 60-70, primero contra la política neoliberal de Chirac y Jupe, y después, más a la ofensiva, en favor de los inmigrantes -y contra la *montée* de Le Pen- que arrastraron al compromiso político-social a un sector influyente de los intelectuales, dirigidos por los cineastas, escritores y artistas[139], y determinó la sorpresiva victoria de la izquierda el 1 de junio de 1997, y que se empiece a hablar de Europa social en las reuniones de la UE; 4) marzo de 1997, insurrección popular en Albania, que añade a su "clasicismo", radicalidad y espontaneidad[140], al igual que el caso francés, y salvando las distancias, el haber conseguido sus objetivos más políticos[141], derrocar a Berisha y colocar en el poder -eso sí, por medio de los votos- a la oposición de izquierdas dirigida por los ex-comunistas, con lo que se ratifica cierto cambio de signo

[138] Un símbolo de la nueva actualidad de las revueltas son las inmediatas reediciones (una de ellas por cuenta del ejército) de la tesis doctoral del profesor de la UNAM, y asesor del EZLN, Antonio GARCÍA DE LEÓN, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de historia*, México, 1985.

[139] El papel subalterno de los científicos sociales, concretamente de los historiadores, en las luchas sociales, a pesar del testimonio personal de Pierre Bourdieu, Alain Touraine y Jacques Derrida, evidencia una dimensión primordial de la crisis de las ciencias sociales en Francia, país que inventó y reinventó al intelectual comprometio (Zola, Sartre): la desconexión con la sociedad.

[140] Alain WOODS, "El significado de una revolución", *Viento Sur*, nº 32, 1997, pp. 41-50; el autor, presa fácil aún de esquemas preconcebidos, no le presta la atención debida al desencadenante del estallido, la quiebra de los bancos piramidales, en especial desde el punto de vista de las mentalidades colectivas de quienes -todo un pueblo, habría que decirse han sentido agraviados, económica y moralmente, al perder sus ahorros y al frustarse, por si fuera poco, la posibilidad imaginaria de hacerse rápidamente ricos.

[141] Cosa que todavía no consiguió la revuelta indígena y campesina mexicana, aunque hay avances serios hacia una transición política: ¿es qué alguien piensa que la victoria del Cuauhtémoc Cárdenas el 6 de julio en el Distrito Federal, después de fracasar dos veces en las elecciones presidenciales -una de ellas por fraude-, hubiera sido factible sin el acontecimiento-fundador del 1 de enero de 1994?

político de las intervenciones "de masas" -callejeras y electorales- en el Este de Europa.

El nuevo e inesperado papel de las revueltas sociales en la vida democrática[142], tal como se está manifestando en países tan distintos de Europa, como Francia y Albania, después del "fin de la historia" y del "pensamiento único", y, en general, el "regreso de la cuestión social"[143], plantea a la historia como disciplina, y al conjunto de las ciencias sociales, el desafío de tratar de comprender -históricamente- el mundo que viene. Para salir airosos es menester retomar y reformular la función científica y la sensibilidad social de la historia: volviendo a analizar el pasado para construir un futuro mejor; situando, antes que nada, en su contexto histórico, el incuestionable regreso de los conflictos, las revueltas y las revoluciones en el umbral del siglo XXI; asumiendo, en resumen, el cambio en el concepto del tiempo histórico que se deriva de estos acelerados acontecimientos fin de siglo, cuando lo que parecía el pasado resulta que es el futuro. Así pasa con los conflictos y las revueltas, desde el punto de vista de la escritura de la historia, vuelve el interés por estos temas al tiempo que adquieren una renovada actualidad. Si bien el caso de España es particular, salvo la huelga general del 14-D de 1988 y algunas movilizaciones de los estudiantes de secundaria, para nada estamos viviendo, como en Francia, un remozado protagonismo socio-político de lo que cuando éramos jóvenes llamábamos "las masas", a sabiendas de la tradición de lucha social que existe en nuestro país. Sin embargo, el retorno historiográfico de los conflictos es más notorio en España que en Francia[144]. Pueda que estemos ante una manifestación más

---

[142] No olvidemos que en el mayo francés del 68, paradigma de las revueltas occidentales, la lucha social no tuvo traducción positiva en el plano electoral: la reacción inmediata de los votantes fue contraria a los estudiantes y obreros *revoltés*.

[143] Es el título de los IV Encuentros de la Fundación Viento Sur que tendrán lugar en la Dehesa de la Villa de Madrid (11-13 de julio de 1997).

[144] Aunque también allí se nota que algo pasa entre los historiadores jóvenes: Alessandro Stella, investigador del CNRS, empieza con una confesión su gran investigación sobre los *ciompi*: "En los años 1970, yo he formado parte en Italia del movimiento político que sigue a la revuelta del 68", *La révolte des ciompi. Les hommes,*

de las diferencias de ritmo entre lo historiográfico y lo político-social; no obstante, si hay una historia hija de su tiempo esa es la historia de los movimientos sociales: o la aldea global hace que pierdan definitivamente peso las coyunturas nacionales, o nos estamos anticipando al porvenir nacional[145]...

La falta de tiempo y espacio -la ponencia rebasa ya, en folios escritos, el número habitualmente permitido- no nos va a permitir examinar, en esta ocasión, crítica y autocríticamente, las recientes investigaciones españolas sobre luchas sociales, ni conectar con más detalle este retorno de la historia de los conflictos con el debate historiográfico general, en pleno cambio de siglo y de paradigmas. Quiero dejar constancia, en todo caso, de la importancia de hacerlo. La dinámica de la historiografía de movimientos y conflictos sociales es harto significativa de la evolución de la historiografía en general, se trata de una temática "fuerte" cuyo auge y caída ilustran adecuadamente los cambios historiográficos e históricos. ¿Cómo va a ser, está siendo ya, o debe ser, la "tercera ruptura" en la historiografía de los movimientos y conflictos sociales? ¿Qué relación historiográfica guarda con el cambio global de paradigmas? ¿Qué papel va a jugar el sujeto colectivo en la construcción del nuevo paradigma de la historia?

les lieux, le travail, París, 1993; otro ejemplo, Jérôme Baschet, del grupo de antropología histórica del occidente medieval de la EHESS de París, quien se trasladará el próximo curso (1997-1998), como profesor invitado, a la universidad mexicana de San Cristóbal de las Casas, en el estado de Chiapas.

[145] Cuando el texto revisado de esta ponencia descansaba ya en un sobre postal -a nombre de Santiago Castillo, presidente de la Asociación de Historia Social- se han sucedido las manifestaciones de millones de vascos y españoles contra el terrorismo de ETA (10-15 de julio de 1997), desbordando en ocasiones a los políticos, ocupando las calles, al borde del motín frente las sedes de HB, demostrando en suma que, también en España, vuelve a la calle el sujeto de la historia.